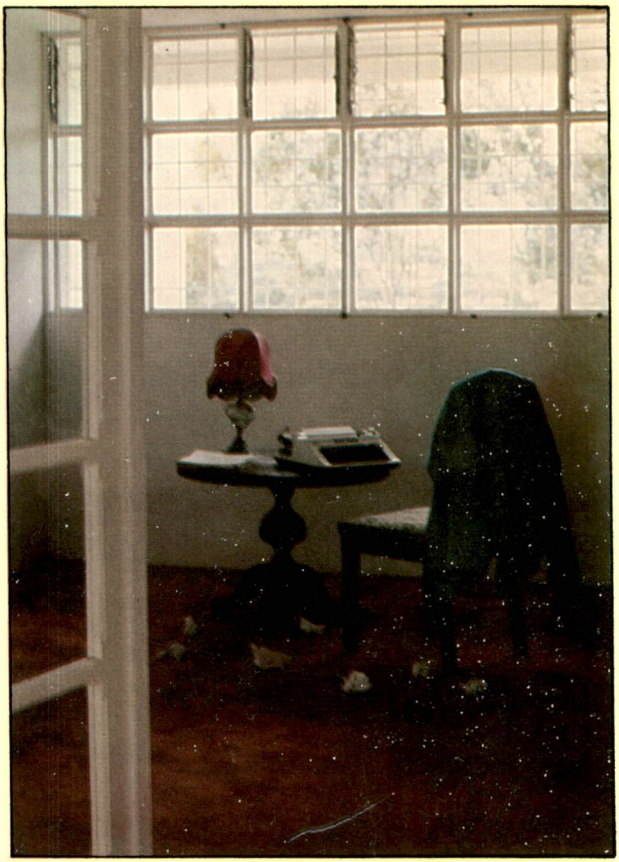
Premio de narrativa
Certamen UNA-PALABRA 1989

ROSIBEL MORERA

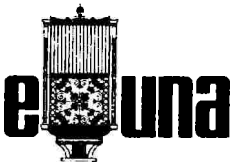
Historias de un testigo interior



e una

ROSIBEL MORERA

Historias de un testigo interior



Colección CORUBICI
Narrativa No. 1

HISTORIAS DE UN TESTIGO INTERIOR de Rosibel Morera Agüero, premio en la rama de narrativa del Certamen UNA-PALABRA 1989, organizado por la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje y el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional; patrocinado por el Consejo Universitario de la Universidad Nacional.

Comisión Organizadora: Seidy Araya Solano (presidenta), Olmedo España Calderón (vicepresidente), Faustino Chamorro González (secretario). Ileana Villalobos Ellis y Erika Scholz.

Jurado Calificador: Zoraida Ugarte, Rafael Pérez Miguel y Manglio Argueta.

Consejo Editorial de la UNA: Faustino Chamorro González (presidente), Adelaida Chaverri Polini, Jorge Gómez Casal, Benedicto Víquez Guzmán y Federico Güendel Umaña.

Primera edición, julio de 1990
Tirada de 1.000 ejemplares
En papel bond y cartulina barnizable

Cubierta de Rosibel Morera

(c) Editorial de la Universidad Nacional (EUNA)
Apartado 86 - 3000. Heredia. Costa Rica
Impreso en Costa Rica
Hecho el depósito de ley
Derechos reservados

CR863.44
M843h Morera Agüero, Rosibel, 1948—
Historias de un testigo interior (cuentos) / Rosibel Morera Agüero. — — 1. ed. — — Heredia, C. R. : EUNA, 1990.
196 p. ; 21 cm.

ISBN: 9977-65-037-3

1. Cuentos costarricenses. 2. Literatura costarricense. I. Título.

Impreso en el Departamento de Publicaciones de la Universidad Nacional

A mi madre Zahyra Agüero Solé.
A mi hermana Edda.
Inmemoriam

Y así, desde este
pasar,
donde lo suyo es
fijo y perenne,
me permito subir al
tragaluz de la vieja
memoria
de los viajes
nocturnales del alma
que se suelta
de asperezas y
nidos,
a estudiar los
enclaves secretos
donde han
permanecido sus
nombres personales
como señal de las
cosas,
como puertas fijas
allí, en la veleta,
en la Estrella del
Sur, en la Rosa de
los Vientos,
o sombreando las
estaciones
con su cuaternario
de juego con
espejos.

EL AGUERRIDO FUEGO

La celda estrecha maloliente iluminada por un tragaluz lateral el viejo colchón de paja arrollado sobre el camastro el lavatorio blanco costra el jabón reseco olvidado por el último que estuvo allí abierto en grietas mugrosas una mesa un banco acaba pronto el cuartito pensó Arturo Rubio Carvaca acomodó la escasa ropa en el armario de tablas brutas pintadas en negro por algún optimista olvidar el cepillo de dientes que pedirá a algún compañero cuando venga claro que vendrán a visitarlo mover el banco para trepar hasta la ventana recordó haber leído o visto en el cine decenas de descripciones como aquella lo intentó él nunca fue un forzudo como para sobreelevarse con la única fuerza de los brazos pospuso arrimar la mesita y encima el banco para otra vez recordó el fichaje siempre hay un negro escalofriante en prisión éste lo leyó al pasar *ya hablaremos* pareció decir (mirar) con absoluta paciencia pensar en lento a empellones *en prisión lo que sobra es tiempo* para conocerse para obligarnos a decir el carácter exacto de lo que hicimos para medir fuerzas si se es hombre de temer o uno de aquellos para quienes matar fue sólo un accidente. . . repasó la curiosidad descortés de los guardias y la atmósfera de novedad que le rodeó por algunos minutos sonrió al lado fichándose con él un reincidente a lo sumo de 45 años trataba con un revoleo de ojos el sube y baja de la voz y cierto aletear de las manos de demostrar cuan feliz estaba devolver y reía a lo Mae West mostrando su parda encía desdentada era La Pele la primera persona que le habló en prisión un pobrecito como de tercera aún dentro de aquella división de clases no por elemental menos cruel.

Por dentro eran como dos como tres Arturos Rubio Carvaca uno el minucioso capaz de planificar al detalle las piezas de cualquier engranaje otro el lector que nació allá en el pueblo después de que la maestra lo enseñó a leer ya grande como de once años en lecciones particulares en su casa para que no se avergonzara mientras podía asistir al aula única en donde se daba de primero a tercero en un sólo grupo le leía en alta voz libros para que puliera su espíritu decía a Fabián Dobles para que viera como era posible reflejar en los libros el río la montaña y los hombres a Roberto Brenes Mesén para que aprendiera que había un Dios que también se reflejaba en los libros y pedacitos de Omar Dengo que era su maestro decía y a tantos y tantos otros hasta que pudo leerlos solo

el primer libro que le prestó fue Hace Falta Un Muchacho de Arturo Cuyás

la mirada de la maestra lo hacía sentirse bien no era como la de tantos que él conocía cuando se topaba a la gente cuando arreaba una vaca lleno de piojos o cuando iba por leña y de costras y de granos vueltos a secar y vueltos a rascar y de camino se topaba a alguien con su nube de zancuditos minúsculos y jodedores detrás del aguilla sanguinolenta que le gritaba hey Zopilotillo por lo negro y por los pelos parados arrancados a rape con tijera por la tía que le dejaba como mordido de yegua para burla de los entendidos de la cantina riéndose siempre con los dedos descalzos hinchados por las niguas Zopilotillo El Malo le decían desde el día que lo descubrieron con la colección de ojos de pájaros y ojos de pez ensartados en ramas de bambú puestos a secar en fila empezó a hacerlo cuando la maestra le dijo que las aves y los peces eran *jeroglíficos vivientes del Verbo Divino* y le explicó que eso quería decir que eran palabras vivas de Dios desde entonces a él le había nacido aquel resentimiento tan grande contra ellos por ser ellos tan importantes y él en cambio una persona más que cualquier pez o que cualquier pájaro algo tan pobre algo tan poca cosa fue bueno conocerla recién llegada cuando le preguntó en la plaza si sabía leer y él le dijo que sí y ella le enseñó la tapa de un libro y él se le quedó mirando sin decir nada no sabés leer verdad y él callado podés venir a la escuela ya estoy grande le contestó y ella le habló hasta que aceptó

aprender en su casa después él siguió yendo por el café y el pan con jalea de tantas frutas que él mismo le llevó robadas a la huerta de todos que es el monte después cumplió quince años limpio y sin costras y se fue a vivir a Los Chiles con la plata de los sueldos ahorrados por trabajar de mesero barrepisos lavavasos mensajero y llevador de borrachos los domingos en la cantina en Los Chiles trabajó en la Pensión Las Brisas por la comida y la dormida hasta que consiguió trabajo de noche en el Necos Bar y con eso pudo estudiar presentar el examen de sexto grado ganarlo y sin vergüenza entrar al Colegio en las mañanas y ser aprendiz de electricista por las tardes con el nica Benjamín Alpízar.

Afuera en algún Norte el río de Los Impuros a cuya vera los arroja la riada a nacer como hierbajos anfibios enredados siempre estorbosos entre las piernas duras de frío de las lavanderas afuera en alguna parte el río lejano la correntada resonante en los ecos de la montaña como dos bordes como dos orillas una torrentosa la otra verde de escándolos mañaneros o nocturnos ruidosa vespertina entre ecos de congos y dantas y de pajareras multicolores donde Rubio no fue feliz

héroe bisarro cuya única virtud ha sido confundir su gloria con la de la república soñar que deja el anonimato que sale del nonatismo innato que padece desde que fue lanzado por alguna cigueña mestiza hija de garza y zopilote de buitre y paloma de lumpen y poesía a la hora de los ríos lodosos y asesinos de los montes ateridos de frío y de las tensas orquídeas en celo

afuera en alguna parte por algún Norte el río de Los Impuros a cuya vera nació él.

—Doña Juana recibía heridos en la Pensión Las Brisas así conocí la revolución les llevaba agua les cambiaba la sábana les daba de comer les llevaba el médico cuando urgía o bañándolos

ella recogía medicinas alimentos cobijas botas para los guerrilleros

el maestro también el maestro guardaba por pocos días eso sí cajas enormes que prefería no saber qué eran pero que todos sabíamos que eran armas

en esos y otros lugares en esas y otras casas la gente de Los Chiles y de la capital iba a dejar mensajes y recolectas casi todo el pueblo estaba comprometido en derrocar a Somoza como si Nicaragua fuera una parte nuestra

—Me hubiera gustado estar ahí. . .

—Y a mí.

—Qué lindo, mae. . .

. . .entonces fue la revolución ayudar a los "comandantes" así se les decía y asistir a las reuniones de los compañeros de colegio y de parque y de cantina que se fueron metiendo que se fueron filtrando en ayudar hacer viajes en tractor por la noche atravesar el suelo suamposo con paquetes o cajas hasta el río o hasta más acá o hasta más allá de los mojones de la frontera llevar y traer personas heridos casi siempre dar el santo y seña a los guardias civiles tres y dos tres y dos reflectores contra dos y tres contra dos y tres reflectores porque estaban de acuerdo llegar a los bordes de la selva que había entonces antes de la deforestación donde se dibujaban incandescencias fogonazos de tormentas lejanas bombardeos imaginaba él (escuchó sólo una vez el eco en ráfaga de una AK o de una M19 disparada supuso nerviosa y torpemente contra algo que se movió en la sombra) sentir toda la noche todo el trayecto aquel crescendo de humedad entre las piernas ríos de sudor como cuando de güila iba de cacería en las noches veraneras y alguno de los vaqueanos que le había permitido acompañarlos le prestaba una linterna por un rato para que se la pusiera en la frente y supiera lo que era alumbrarle los ojos a los zorros y saber distinguir sus bombillillos achinados y disparar en medio siempre en medio sin verlos nunca apagarse de

una vez casi simultáneo al disparo como decían aquella emoción era casi la misma tal vez por el olor a aceite de las armas ese perfume metálico azulado que forman el aceite y el acero cuando se juntan.

—Después me vine para San José y aquí comenzó todo.

La Pele era generoso. Una o dos veces por semana, remando caderas, con la mano izquierda en alto como si llevara numerosos brazaletes, hacía limpieza a fondo en el dormitorio común. Excusándose, escoba en mano revoleaba dos o tres trapos húmedos, ordenaba como escarbando los pocos trastos de cada uno cuidando eso sí de no herir susceptibilidades, hasta acabar agitado por el esfuerzo. Pocos, utilitarios, lo permitían, otros, desconfiados o alérgicos en extremo, lo lanzaban de sus dominios a empellones. Siempre volvía a intentarlo.

Con el tiempo y después de pasar el largo e inevitable ritual de los rechazos, para Rubio y sus compañeros llegó la aceptación de los demás y el acomodo. Una aceptación a medias, puesto que no eran prisioneros comunes. Eran, como ellos mismos se definían no sin cierto orgullo, "prisioneros políticos".

Fueron invitados a una "fiesta". Ninguno aceptó fumar. Rubio y Gustavo por educación revolucionaria aceptaron dos tragos de algún licor rasposo, y agradecieron que se los tomara en cuenta. Aprovecharon eso sí la circunstancia para improvisar una corta prédica sobre la necesidad de organizarse. Los revolucionarios auténticos no tienen vicios, dijo también Rubio a los nueve o diez miembros de la improvisada célula, buscan una sociedad nueva, un hombre nuevo. El licor y la droga son vicios de las sociedades en decadencia, vicios de la sociedad capitalista, explicó ignorando las encuestas mundiales sobre alcoholismo. Gustavo y los cinco compañeros que habían caído después, con la redada, apoyaron moviendo la cabeza. Pero el argumento no conmovió a Fajardo ni a ningún otro penitente. Escucharon las palabras como oír llover, un murmullo propicio para adormilarse. Rubio sin embargo, en esta y en futuras reuniones, siguió agitando sus breves discursos moralistas y organizativos, con su paciencia pedagógica y revolucionaria hecha a toda prueba.

Se vino de Los Chiles después del triunfo de la revolución y de gritar vivas y mueras en Managua, impactado por la euforia del pueblo en ese momento todo entero sandinista. Se vino a la capital porque en esos días, al calor de la inmensa fiesta, había tomado la decisión de unirse a los grupos que iban a hacer la revolución en Costa Rica, de buscar, de contactar con tanta gente que conoció en Los Chiles y que le hablaron, algunos, porque a la mayoría les tuvo vergüenza, de que él y todos los obreros y campesinos como él, eran los llamados a hacer los cambios, a ser los protagonistas de la historia, jefeados, guiados, orientados, por los teóricos de la revolución marxista leninista, gente como aquellos dos que le hablaron con tanta familiaridad con tanta simpatía, señalándole por primera vez su importancia. Dijeron pertenecer a un grupo que luchaba por los de su clase, uno médico y el otro militante de tiempo completo, según dijo cuando le preguntó en qué trabajaba. Nunca se sintió tan bien como con esos de San José, a vos te toca hacer la revolución, a vos y a todos los obreros y campesinos como vos, a los líderes políticos de los partidos revolucionarios sólo nos corresponde guiar y apoyar las luchas de la clase obrera, nada más. Y que aquí había que hacer lo mismo que se estaba haciendo en Nicaragua, que aquí los tiranos eran distintos, camuflados dijeron, amigos de los gringos y de los ricos, ese era el gobierno.

Por eso se había venido a San José. Llamó por teléfono. Le dijeron que sí, que se viniera. Santa Rosa de Cutris, Terrón Colorado, Boca Arenal, Muelle, Florencia, y diez, quince pueblos más. Largo el camino hasta la capital. Pocosol, Medioqueso, Coquillal, Cuatro Esquinas, se quedaron en la memoria, caseríos para ir con los amigos a "hembrear". Los siembros de arroz, los frijolares, las aves multicolores para enjaular, la cacería del caimán que los dejaban sin peces, la barra viendo las novelas de Canal 4 en la televisión. . .

Lo hospedaron en lo que supuso era la casa del Partido (después entendió que era una de tantas) donde vivía un matrimonio de compañeros. Le dieron de comer y le asignaron un cuartito, atrás, que tenía su propio baño. El cuarto de servicio. En la mesa les dijo, después de que lo presentaron con los compañeros, seis en total, que también comieron allí, que él venía a hacerse revolucionario.

A los pocos días aprende: lo dejarán estar allí, integrarse

al Partido, si está dispuesto a seguir las disposiciones del grupo. Le explican que hay tareas y estudios asignados, que el trabajo de masas está respaldado por un aparato militar que eventualmente pasaría a ser la parte más avanzada de un ejército del pueblo. Les dice que sí, que por supuesto, que le encanta, que a él le interesa prepararse militarmente, que a él, eso le gusta mucho. La parte política, le dicen es muy importante, él también debe formarse en lo teórico, para que entienda por qué se hacen las cosas, no somos terroristas, le dicen. El responde que sí, que entiende.

Desde el principio lo que él quería era pelear hacer parte de ese brazo militar del que le habían hablado por eso se quedó por eso se entusiasmó aunque a la final no le gustara mucho tanta actividad y nunca un arma nunca acciones reales pero se asimiló pronto lo asimilaron pronto él era uno de la clase obrero campesina legítimo lo estimaban lo trataban con condescendencia le explicaron con paciencia por ejemplo y ahora se ríe que los policías y los militares de la dictadura somocista no eran la misma cosa que eran trabajadores como él

—Me pusieron un sueldo les ayudaba con la propaganda siempre estaba para lo que fuera hasta guardaespaldas de los dirigentes fui ayudaba con las mantas para las manifestaciones de otros grupos a las que se las hacíamos como los sindicatos por ejemplo en las noches nos daban estudio y también les hacía trabajos de electricidad pero por ningún lado aparecía el condenado brazo militar

me gustaban las historias de los grupos de la América del Sur aunque ya casi no quedaba ninguno ellos los recordaban siempre y los ponían de ejemplo me gustaba lo de los secuestros y lo de los asaltos eran unos arrechos

hasta que por fin un día me invitaron el asunto iba de sábado a domingo.

nos entregaron un uniforme pero simplificado camiseta pantalón botas salveque y un cuchillo de cacha de venado para amarrarse al cinto

De camino preguntó hacia donde iban. El responsable se le acercó y le dijo que dentro del Partido uno de los elementos más importantes para escalar a prisa eran la discreción y la prudencia, que no preguntara. Creyó que se había enojado, pero ya en el ferrocarril, entre conversaciones y risas, entendió que no. La gente los miraba de arriba a abajo y sonreía. En el entrenamiento conoció compañeros que no había visto nunca. El responsable de grupo habló sobre armas y explosivos. Se alegró de comprobar que existían compañeros *duros,* y de que lo hubieran tomado en cuenta.

—Me sentí muy importante porque me habían dejado conocer la otra parte y porque vi que era cierto lo del brazo militar desde ese día traté de ser el mejor y el más duro del Partido y de estudiar más

les pedí que me dejaran ir a todos los entrenamientos yo quería ser un día responsable de grupo casi hablaba sólo de eso más de una vez me llamaron la atención. . .

Entonces ya era casi muda
por dentro y por fuera
aquí en la cárcel y allá afuera en la revolución de Rubio
muda en la casa en el Colegio y en la U
sin hablar por hablar
hablando poco
casi sólo con Mario
y en las reuniones
allí sí motivada apasionada
hablando largo y tendido
como si diera órdenes

ahora se tira en el camastro y hala con el pensamiento historias de atrás que se lo expliquen todo porque no quiere pensar ni en la matanza ni en aquella lujuria de cólera que la embriagó ni en Andrés ni en Rubio ni en Gómez ni en. . .

cómo estarán como sentirán este tiempo largo en la cárcel.

. . .imágenes que se le lanzan a la cara desde adentro desde el cerebro desde la espalda de la cara y se le vienen encima asustándola cuando se pregunta cómo es que se atrevió a tanto y piensa en la madre cara de tanto dolor cuando llegó a verla a la Comisaría y cuando viene a las visitas con su paquetito de frutas enlatadas y de Kótex y cigarros que ya no fumo mamá pero podés regalarlos y ganarte la amistad de las reas no se les dice reas mamá y galletas Familia esa cara preocupada y de curiosidad con que la observa haciéndose hueco en el cerebro tratrando de entender todavía se lo pregunta cómo se atrevió a aquello y donde importa su propia culpa porque ya se sabe que las madres siempre tenemos la culpa pero ella es todo silencio como siempre por fuera y por dentro

ahora hace esfuerzos hace memoria ella también huecos en el cerebro donde empezó todo porque no sabe si se asusta no sabe si se arrepiente sólo sabe que sigue muda por dentro y que no piensa y que una máquina puesta a conectar con ella marcaría ceros cero cero cero. . .

alguna vez quiso formar Los Halcones Negros porque era mejor en grupo y no como el Charrito de Oro que sólo tenía un amigo como de seis años y él como de once o como El Llanero Solitario y Toro uno para mandar y otro para obedecer y para salvarlo a uno cuando caía en las trampas del enemigo cualquiera de las dos cosas hubiera servido

Marvin tenía colecciones enteras de La Pequeña Lulú torres de papel de colores revistas de Superman nuevas y viejísimas de las primeras debían ser que con trabajo le prestaba mezquinándoselas hasta que entendió que lo que quería era besarla detrás la puerta allí las colocó allí las tenía su colección su torre de aventuras detrás de la puerta detrás de la puerta detrás de la puerta detrás de

Se levantó. Caminó a paso corto por la estrecha celda de seguridad. El castigo esta vez era por tres días. Poco para lo que andaba buscando con su mal humor y sus desplantes. Mes a mes. Un ciclo que tenía medido por sus breves menstruaciones que casi siempre ocurrían allí. Golpeaba a alguien, reventaba la vajilla contra la pared o contra el piso, se negaba a salir de la cama en la mañana, mandaba a la. . . a alguna celadora, para acabar allí, ahíta de pensamientos, hasta que todo otra vez repasado en la memoria se callara. No sabía qué buscaba con poner en fila india su vida, largo ahora que lo conocía el tejido de su historia, tal vez algún orden misterioso que la llevara a las causas remotas de aquello, (por qué matar se hacía después tan insoportable), que la justificara, que señalara la culpa o el perdón. Quizá saber si ella era una aberración o una justiciera.

Se asomó por la rejilla de la puerta. Nadie en los corredores. Escuchó el leve rumor de Ernestina en la celda de al lado con su rosario de hijueputas, malnacidos, espérense a que salga, perras, perras, hijueputas perras. . . Se apoyó en la pared *detrás de la puerta*. Regresó a la cama. Se tiró boca arriba. Lagrimeó un rato. Después volvió a la cabeza, haló los recuerdos.

. . .los torpes intentos de su primer noviecito por tocar alguna vez sus pechos le habían costado casi un dedo meñique que ella mordió y mordió entre alaridos y el rodar por el suelo ella mordiendo y mordiendo con tanta rabia en la mandíbula hasta que sangró hasta que traqueó el hueso en un giro en un golpe contra la pared cuando lo soltó como si aquel golpe en la cabeza la hubiera despertado

quería a sus compañeros de célula porque ninguno había intentado nada con ella ni se fijó en otra cosa que en sus pantalones eternos uno verde y uno lila ni la miraron nunca para adivinarla siempre como lejanos amigos fraternos

al que más quería era a Mario porque Mario hablaba sua-

ve casi sofocado ahogado por el asma y por las palabras que temían salirle de la boca como si se las tragara de lentas lo abrazaba a veces cubriéndole los hombros y le ponía la cabeza en las rodillas y se tomaban de la mano horas callados los dos arriba en el camastro allá en el garaje o en un parque

para él ella nunca tuvo sexo no era ni siquiera mujer era sólo corazón sólo inteligencia sólo alma. . .

Mario, otro de los compañeros ingresados a la cárcel, se recostó en su camarote. La camisa y los jeans sucios los acomodó en un rodete para usarlos como almohada. Pensó en Cecilia, ¿qué estaría haciendo? Pensando en él acaso. Qué ganas de saber si de verdad es cierto que cuando uno piensa en alguien, alguien piensa en uno. Ella le había preguntado un mes después de ingresada a la Universidad si era cierto que él era comunista. El le había dicho que revolucionario, y le había explicado lo de la Organización. Se conocían desde antes, en el barrio, desde que Cecilia se presentó con un emparedado y café un día en que él se ahogaba de asma sentado con las piernas colgando, arriba, en el camarote, tratando de jalar aire por la ventanilla que daba casi con el techo.

—Me contaron. . . —dijo al entrar—. Después lo ayudó a recostarse contra la pared helada, blanca musgosa, y lo hizo calentarse las manos con la jarrita de café, y tomarla, a sorbitos ciegos tomarla. Lo obligó a comerse el "sánguche", fraccionándolo en pedazos pequeños. Parecía adivinarlo todo, silenciosa al dolor, o silenciosa por la tragedia. A él no le pasaba el "sánguche" porque, con ella allí, que había insinuado saberlo todo, le daban ganas de llorar, arrojarse a sus regazos, y decirle me duele tanto. Pero ella lo obligaba a comer, que era como obligarlo a seguir viviendo.

Cecilia estaba allí porque alguien en la mesa dijo que Mario padecía hambre. Ahora confirmaba que vivía en el garaje. Era obvia la fragilidad de la cama. Mario la había sobreelevado con cuatro reglas para que le quedara a la altura de la única ventana, arriba, cerca del techo. Había perdido a su mamá y a su hermana al despeñarse el autobús en que viajaban, y que dejó muy pocos sobrevivientes. A raíz del accidente llegó a vivir a trescientos metros de Cecilia, cuando los tíos lo recogieron. Lo pasaron a vivir al garaje porque por las noches tenía grandes miedos, y lo visitaban su madre y su hermana, aunque eso era bueno, sobre todo cuando venían con sus cuerpos enteros, como eran antes de morir. Pero era horrible cuando llegaban desgarradas a girones de carne, empolvadas, como si acabara de ocurrir el accidente. Allí empezaban los gritos, que se confundían con los lamentos de sus sueños, tantos, porque tantos eran los del autobús que se murieron. Entonces lo sacaron de la casa y le dieron el cuartucho apartado en el garaje, porque sus gritos no dejaban dormir a nadie.

Rubio se quedaba horas en el polígrafo. Repartía junto con otros compañeros boletines en la explanada de Ciencias y Letras, y en las paradas de buses de la Universidad. Recibían cursillos de materialismo histórico, de guerra de guerrillas y de guerrilla urbana. Barrían, compraban o robaban comestibles, cocinaban, lavaban platos, y leían los libros de la pequeña biblioteca. Así se Templó el Acero, La Madre, Diario del Ché, Dialéctica de la Naturaleza, Manual de Marxismo Leninismo, El Papel de las Masas Populares y el de la Personalidad en la Historia, Cartas Intimas de Lenin, Correspondencia de Marx y Engels, Biografía de La Pasionaria y de Trotski, Obras Escogidas de Mao y Lenin. Recogían en la imprenta los volantes que iban sin firma ni organización responsable la más de las veces, pintaban mantas en ocasión de las elecciones estudiantiles, o de alguna marcha, en fin. Compraban en diferentes puestos de la ciudad pintura en aerosol para los compañeros que salían por las noches a hacer pintas, pasaban a máquina, con dos dedos, artículos de algún compañero para el periódico de la izquierda que a veces los publicaba, con seudónimo, denuncias casi siempre sobre las descaradas intromisiones de los gringos en la política del país y en la revolución sandinista, que había logrado su giro histórico trascendental al convertirse en una revolución proletaria y, en especial, señalaban las corrupciones del gobierno. Y algunos sábados, lo que más le gustaba, era invitarlo a los ejercicios de montaña. De madrugada casi y vestidos de verde oliva (nunca nadie los molestó, cosa curiosa) cinco o seis subían a los cerros de la cordillera central a hacer prácticas de tiro y de sobrevivencia dirigidos por algún compañero que, nadie sabía de donde porque nunca lo dijo, parecía estar bien enterado.

Porque me fui promoviendo aunque nunca llegué a saberlo todo nunca llegué a tener decisión sobre las cosas importantes simplemente participaba cumpliendo ejecutando órdenes nunca los conocí a todos ni entendí por qué no pude ser de los de arriba si siempre traté de hacer lo mejor ni por qué mis ideas sobre la necesidad de enfrentar al régimen con la subversión no eran tomadas en cuenta salvo dos o tres tres o cuatro del grupo cuando les decía mis dudas tal vez era eso debí quedarme callado dos o tres tres o cuatro de plano intermedio nunca un dirigente sólo Andrés pobre Andrés que estudiaba Sociología en la U que sí me apoyaba a veces cuando hablaba de tirar abajo nuestra falsa democracia títere fue cuando empecé a hablar para probar hasta dónde estaban dispuestos a llegar y me llevé tantas decepciones con los dirigentes arriba no encontré apoyo incluso duros con los que hablé muchas veces de las opciones militares creían estar en lo correcto no había que quemar etapas decían en las bases sí encontré mucha inquietud que ellos llamaban inmadurez política

Escuchó hablar muchas veces, planear operativos para *recuperar dinero* en algunos bancos, pero durante su militancia nunca se llevó a la práctica ninguno. Fue la época en que se le volvió obsesión conseguir libros y folletos sobre operativos de otros grupos en América. Más de una vez, durante tardes enteras, planificó hasta el detalle con sus inseparables, futuribles de asaltos y secuestros.

fue también después que empezaron las discusiones en los grupos de trabajo y me di cuenta de que me trataban como al *loquito* al que la inteligencia no le daba para más y que se dejaba guiar por sus sentimientos y sus manías se los dije y que pidieron disculpas y hablaron de crítica constructiva otros dijeron que era que yo me había quedado con fiebre de revolución después de la revolución sandinista y que de lo que se trataba era de encontrar la forma de hacer una revolución nacional al poco tiempo ya se había roto nuestra amistad el día que me atreví a enfrentar a uno de los compañeros en una

reunión de célula y a decir que eran una partida de flojos y que se fueran todos a la mierda pero eso fue cuando ya sabía que contaba con cuatro compañeros para formar una nueva organización que venía planeando y que entre todos ya teníamos casa comida y compañeros y que eso era más bien mucho para comenzar.

Les lanzó de una vez su reflexión más reciente: el *monte* era igual que la manzana del paraíso *el diablo se la ofrecía a los buenos con el cuento de hacerlos más buenos* ese era el punto porque si se las ofreciera diciéndoles que era una cosa mala los buenos no la cogerían era el engaño perfecto como la serpiente en el paraíso cojan la manzana cojan la manzana *seréis como dioses* lo mismo estaba pasando con los hippies les ofrecían la iluminación con la droga (de qué putas estaba hablando) viajar en la mente de Dios (en la cabeza de Dios dijo, como un piojo, mae, no sea bruto) encontrar la hermandad entre los hombres amor y paz y con eso los estaban convenciendo *seréis con Dios estaréis conmigo en el Paraíso* porque el Mal nunca le hablaba a uno como Mal el Mal le hablaba a uno disfrazado de Bien era la única forma que tenía de hacer caer a los hombres y a los ángeles enamorados de Dios como ya se sabe que son ellos...

El silencio lo rompió El Cuilo: puta mae, qué chiva nota agarró. Fajardo le ofreció la mano, iputa, qué buen espich, usté es toda mae, usté es toda!

Por supuesto el discurso no sirvió de gran cosa. A pesar de los buenos comentarios, la mayoría diez minutos después lo había olvidado. Fajardo, su primer discípulo en prisión, él sí, intentó durante dos días no fumar y hasta vendió la *grifa* que tenía para su uso personal. Lo hacía sólo en rueda, para no pasar por pendejo, es decir, cuando estaban en grupo. Sin embargo a los dos días olvidó por completo la *nota* del discurso, y volvió con fruición a sus hábitos de antes.

—Yo quería una Organización mejor que la de los tupamaros.

—¿Qué es eso?

—Un grupo revolucionario.

—¿De aquí?

—No, de aquí no, de Uruguay.

hablé con cada uno de los compañeros llegamos al acuerdo de que dos se quedaran en el Partido y los otros dos espaciados se salieran eso era para evitar sospechas para dedicarme a la revolución necesitaba un camuflage

—¿Qué es eso?

—Un disfraz.

lo mejor hubiera sido pasarcomoestudianteuniversitario pero yo sólo llegué a tercer año no podía estaba lo que sabía de electricidad eso era mejor porque me quedaba tiempo para formar el grupo Jorge trabajaba Peraza y su compañera también y me ofrecieron la casa con tal de que les ayudara con algo de plata puse un rótulo de electricista en la ventana y con eso camaroneaba a Andrés como llevaba dos cursos en la Universidad le quedó fácil encontrar gente para echar a andar la Organización también me ofreció que si se necesitaba él podía ponerse a trabajar como fotógrafo.

—¿Y de verdad funcionó, compañero?

—¿Vos que decís, Gómez?

—El compañero Fajardo no cree que la cosa fue tan fácil. . . pues no fue fácil compañero, pero tampoco tan difícil: la revolución es algo que está en la cabeza de la gente, dormida, es cuestión de despertarla, nada más. . .

Entonces llegan los pensamientos la humillación a que lo sometió el Héroe su héroe delante de todos y en especial delante de sus compañeros visitantes clandestinos en aquel Café donde la mayoría eran revolucionarios de Café menos él que a secreto de todos ESTABA PLANEANDO realizar asaltos amenazar de muerte a varios jurar venganza a otros él que a diferencia de aquellos PLANEABA CREAR su propio ejército y su propio arsenal sepultándolo en talegos en cafetales cercanos a la espera del momento que a diferencia de aquellos él PENSABA PROVOCAR bombas en autobuses bombas en embajadas para asustar para advertir para subvertir bombas en edificios públicos y pronto muy pronto su primera acción el asalto a una sucursal bancaria siguiendo la más pura tradición sandinista para allegar fondos a la causa.

Se volvió de cara a la pared en la pereza del tiempo eterno, y con el giro, de entre las manchas de aquel pizarrón de desesperanzas y obscenidades, regresó su odio contra el Héroe.

había corrido al Café de los revolucionarios de Café arriesgando su clandestinidad por verlo de cerca por hablarle por contarle sus planes lo que estaban haciendo cómo se estaban organizando y en el fondo anhelante por los rumores que sobre su retiro de las armas lo precedían soñaba al correr hacia allá Rubio me retiro ocupa mi lugar tú eres tú serás el hombre que me siga le había abierto el saco de sus confidencias aún a costa de las elementales normas de la prudencia de la discreción revolucionaria contándole confesándole sus proyectos sus tácticas sus propósitos un record aún imaginario pero del que algún día se sentiría orgulloso a cambio el Héroe lo había humillado lo había desautorizado lo puso en evidencia públicamente y ante sus hombres aquel cobarde Judas de la revolución quien no mostró empacho en decir a la prensa que dejaba las armas para irse a vivir con su mujer en una finca prestada

deseó que muriera de las entrañas le salió un deseo de puerco redondo de espinas y puñales imaginó soñando despierto un asesinato cuya publicidad fuera digna de su talento matarlo escribir Judas en la pared de la casa descuartizarlo de-

jar su cabeza de Gorgona a la entrada tirar sus miembros a la vera del camino y colocar su miembro en el copón de vino de una Iglesia de pueblo. . .

Tragó la abundante saliva que, como un voraz apetito, provocó su imaginación desbocada.

Andrés, Gómez y Gustavo. Les encargó recopilar datos y elaborar proyectos sobre posibles secuestros, robos, asaltos, y en especial sobre qué puntos era posible ejecutar pruebas de fuerza contra el gobierno, pruebas cuyo único fin sería el de fomentar la subversión, adquirir presencia y vigencia, para que todos supieran que existían como opción de izquierda. No pensó en ningún momento que los robos, asaltos y secuestros habían pasado, se habían ido junto con la revolución sandinista. Que para este tipo de actividades él había llegado tarde, incluso al Partido.

Entre los planes inmediatos que tenía para foguear a sus hombres antes de intentar operaciones mayores era robar un par de automóviles durante varias noches, y dejarlos abandonados en las afueras, a fin de establecer el pulso de la ciudad, probar la capacidad de reacción de la policía, precisar dónde estaban sus puntos fuertes, donde su mejor gente, y si tenían destacamentos o brigadas especiales.

—El asunto también es saber con cuanto tiempo contaríamos en el caso de llevar adelante algún tipo de acción en la que necesitáramos robarnos un carro —apoyó Andrés.

—O dos —bromeó Rubio.

—Dos grupos son suficientes, me parece.

—Vamos a ver como se nos comporta Cecilia.

—¿Siempre la vas a llevar?

—Sí, claro. Vos, Gómez y Gustavo.

—Deberíamos probarla primero. Es muy joven.

Pero Cecilia ya había sido probada. El personalmente lo había hecho: robó pequeñas cosas, hizo labor de espionaje, logró escapar las veces que se le hicieron pruebas de seguimiento, probó conocer la ciudad hasta en sus más pequeños rincones. No, en realidad la Organización no necesitaba probarla más.

Andrés y Rubio coincidían en cómo hacer la revolución, pero Andrés era un intelectual: sus puntos de vista por lo general iban un poquito más allá. Pensó en Cecilia como persona, y en las razones simplemente humanas que podría tener para haberse identificado así con la Organización y en especial con ellos, un par de hombres hechos y derechos que no tenían nada que perder. ¿Era su juventud, la soledad que aparentaba (nunca tenía prisa por llegar a casa, como si nadie la esperara), su insatisfacción crónica, la necesidad de afecto, la necesidad

de brillar aunque fuera para sí misma o para algunos cuantos clandestinos?

hilaré demasiado fino si pienso que todo tiene un nombre Rubio o soy un flojo un sentimental dónde calzo dentro de esta división que hemos creado los revolucionarios entre duros y flojos nos hemos quedado sin margen para cualquier sentimiento que no surja en nombre de la revolución

—O.K. Rubio, manos a la obra. Cuatro, entonces.

—Cinco, conmigo.

a los cinco años la violó el hermano mayor de la criada

en el excusado de hueco y de piso de tierra con zumbidos de moscas verdes rondándole la cara y olor a caca honda sumergida en aquel oquerón de sonidos pastosos

la violó de pie detrás de la puerta

su memoria más vieja se remonta a ese hombre llamado Jesús limpiándole las piernas de sangre o leche

lo demás es silencio vacío de la mente y de tres meses para acá imágenes de la matanza que vinieron a romper la habitual nube negra que era su memoria nada por decir nada por decir nada por decir

tirada en el camastro intenta en el tiempo largo de la cárcel una figuración en tiras cómicas y piensa en el Hombre Plástico y se dice que hubiera sido bueno conocerlo aunque probablemente habría terminado pidiéndole que se bajara los calzones como todos y allí se acaba la ilusión y ya no se esfuerza más con Plástico ni con el Charrito de Oro ni con la Mujer Maravilla y entonces vuelve el conteo a rebuscar y son todas memorias de lo mismo

tal vez suene a distinto el árbol de la cerca de jocotes cuando puso en la última rama la bandera hecha con una enagua para que Gilda que ya estaba convencida de fundar un Club de la Justicia encaramada al árbol más alto de su casa recibiera las señales pues ya se sabe que por aquellos tiempos en el barrio casi nadie tenía teléfono.

pero su memoria siempre vuelve a lo mismo (te voy a hacer unos pechitos preciosos para cuando seas grande)

por qué lo permitía tal vez porque nadie le hubiera creído quién le hubiera creído si él hubiera dicho que no o porque a uno siempre le da miedo lo que es malo y aquello era malo o porque le hubieran dicho cochina o porque por dentro uno no tiene sexo uno es como un ángel y todo le da igual.

Rubio salió a la calle y al sentir el aire frío de la noche pensó que aquella era la hora en que se sentía mejor y con mayor fuerza para hacer las cosas.

Eso de ser el jefe traía sus problemas, entre ellos tener que cumplir con todos. Pero ahora lo que quería era entrenar alguna gente que más tarde pudiera ocupar en acciones más serias. La Organización debía seguir creciendo como hasta ahora, con una infraestructura mínima, que demandara también gastos mínimos, autoabasteciéndose cada célula con lo que pudieran aportar sus integrantes, y preparando futuros guerrilleros, casi tan estrictamente como si vivieran clandestinos dentro de una dictadura militar.

Sería interesante salir con armas a la calle, que tuvieran la experiencia de andar armados, y de paso estudiar sus reacciones ante las diferentes situaciones que pudieran presentarse. Pero sólo tenía dos armas, una vieja Beretta y una Browning, que "no había devuelto", al Partido. Tendría que hablar con los dos compañeros que aún militaban camuflados, para que le suplieran dos más. Con cuatro era más que suficiente. Alguien se iba a quedar sin arma. Cecilia no: tenía un interés casi morboso en entrenarla. Tal vez Andrés, siempre trataba de entender las cosas, y de que no se exacerbaran los ánimos. Mejor Andrés. Al fin y al cabo la experiencia era para los muchachos. Y para él. Con cuatro o con dos armas, mañana en la noche llevaría a cabo el operativo. Los citaría a reunión, cada uno por separado, sin decirles. Hasta el último momento. Así era mejor. El era el más hábil para estas cosas, y el de más olfato.

Durante un husmeo por la mínima biblioteca personal de Rubio, de cuatro libros, El Manifiesto Comunista, El Diario del Ché, La Guerra de Guerrillas y Nosotros los Hombres de Jorge Debravo, obsequio del compañero Mario, allí mismo en prisión, y que en un año jamás había tocado porque la poesía era de maricones, según pensaba, Fajardo le había solicitado llevar libros a las "fiestas" para que les leyera, aunque sin confesar en ningún momento que no supiera leer. Fajardo, después de fumar fuerte como en todas las fiestas, y de escuchar en la sonora voz de Gómez, pausado, lento, casi eternos, los encadenamientos fraseológicos de Jorge Debravo cuya lectura, curioso, él mismo sugirió, lo hizo repetir, y otra vez repetir, intercalando, como graffitis ahumados en el aire, el asombro de sus irreverentes comentarios. Que llevara siempre un libro, le dijo después, el que fuera. Incluso el Manifiesto. No por lo que decían. No le interesaba entender. Tampoco quería que le explicara. El era un bruto. Era el sonido de las palabras, eso dijo, sus mezclas como pronosticadas, eso quiso decir, el llegar unas como arrastradas por las otras en el momento en que se las esperaba, eso era lo que a él le gustaba.

Fumaba succionando largos humos, aguzando la cara color tabaco, se le hundían ojos y mejillas en el esfuerzo, triangulándose, cual si le fuera en ello la inteligencia de las cosas o la vida. Preguntó una vez si los escritores escribían con hierba. Gómez, que también estaba allí, dijo que no sabía, supongo que no, dijo, porque leí en alguna parte que Beethoven tuvo que purificarse como se purifica un sacerdote, supongo que con todos los artistas verdaderos pasa igual.

Arturo Rubio Carvaca solicitó permiso para ir a la Biblioteca. Pidió los periódicos de la semana. Se estremeció. Noticias y fotografías sobre el hallazgo del cadáver del Héroe masacrado y profanado eran ofrecidas con todo detalle. Pidió los periódicos de la semana anterior. Completó la información. El Héroe había sido mutilado, masacrado. Su cabeza la habían dejado a la entrada, en una pica. El resto del cuerpo había ido apareciendo, por partes.

"Ya no se puede ni pensar", se dijo, "también somos culpables de nuestros pensamientos". Y dobló los periódicos.

Llegaron puntuales. La casa en que vivía Rubio tenía dos habitaciones. Hizo dos grupos. Supuestamente cada uno iba a realizar acciones diferentes. En uno irían él y Gustavo. En el otro Cecilia, Gómez, y Andrés dirigiendo. Rubio apartó a Gustavo, le explicó después, al final, los pormenores. El había decidido en qué zonas se robarían los autos. No admitió opiniones ni consideraciones. En una Organización militar eso debilita, dijo. El plan también era definitivo. Sólo Andrés lo conocía hasta ese momento.

Salieron a la calle con una hora de diferencia entre los grupos.

Rubio y Gustavo disfrutaron el asunto. No les costó mayor cosa. El automóvil, aparcado con dos llantas sobre la acera, era de cerradura simple. Lo rodaron cien metros. Rubio unió fácilmente los cables para el arranque. Como en el cine, pensó Gustavo, y debí hacerlo yo, también pensó, para poner en práctica lo que hemos aprendido.

Gómez, Cecilia y Andrés se deslizaron por la ciudad mucho más nerviosos. Cecilia violentó la cerradura. Gómez ató los cables. Andrés tomó el volante.

La policía estaba inquieta, como si respirara algo en el ambiente, como si ellos también estuvieran jugando. Al escuchar por la radio entre claves y palabras abiertas que varios hombres armados estaban disparando desde un automóvil, cundió la alarma. Que la Virgen de los Angeles y el Corazón de Jesús que tienen su altarcito en todas las Comisarías del país nos acompañen. Alaridos de sirenas y luces corrieron hacia el sector norte de la capital. La balacera fue corta. El automóvil blanco fue detenido.

La noche entera se hizo sospechosa. En cuenta el automóvil azul que estaba estacionado a la orilla de un parque.

—Andrés, es la policía, ya nos vió.

—Tranquila, no importa que nos vea, no estamos haciendo nada.

—Pero los documentos que andamos son falsos.

—Yo hablo con ellos, tranquila.

Cecilia estaba tensa. Gómez no acataba a respirar siquiera. Sólo Andrés, con la cancha que dan los años, se movía con naturalidad. La patrulla aparcó al lado. Cecilia alcanzó a escuchar por la radio la orden de disparar cuando vieran el automóvil, porque la gente que iba en él estaba armada.

Rubio, pensó, los descubrieron.

—Sus documentos por favor.

—Con gusto oficial. ¿Pasa algo?

—. . .

—Digo, como se oyen tantas sirenas.

—Una balacera, una gente en un carro.

—¿Cerca?

—Por el parqueo de El Ibis.

—Ah. . .

—¿Muy serio?

—Todavía no sabemos. ¿Le pasa algo señorita?

—Nada que le importe. . .

—. . .

—Es que no se siente bien, oficial.

—Yo sólo cumplo con mi deber. No tiene por qué enojarse.

—No se preocupe, nosotros entendemos.

—¿Profesor universitario?

—Sí señor.

—. . .

—. . .

—. . .

—Oficial, si todo está en orden yo le agradecería que nos dejara ir —voz firme y noble, sin fingimientos, especial para llamar a los desheredados a organizarse, pensó Gómez.

—Sí, amigo, continúe, todo en orden.

Arrancó sin prisas.

—Andrés, es Rubio, los van a matar —dijo Cecilia, nerviosa.

—¿Por qué? Podrían no ser ellos.

—Estoy segura. Y de que Rubio sí disparó. Nosotros en cambio parecemos unos niñitos lindos paseándose con sus carritos por la capital —descompuesta—. Somos unos flojos.

—No estamos en condiciones de seguir adelante —dijo

Andrés, frenando, muy serio—. Así como estás no podemos trabajar. Estás totalmente descontrolada.

—No es cierto.

—Oíste un medio mensaje en la radiopatrulla, y ¡ya!, pensás que es Rubio. ¡Ni siquiera sabés en lo que andan!

—Dejá de ocultarme las cosas, Andrés. No soy bruta. Rubio trata siempre de hacerse el intelectual, pero es un simple. Estoy segura de que andan en lo mismo.

—De todas maneras nos vamos, por hoy es suficiente.

Las radiopatrullas siguen pasando. Andrés gira hacia el sur. Circula despacio, intenta pensar. Gómez que hasta el momento no había abierto la boca, dice:

—Compañero, ¿por qué no buscamos noticias en el radio?

Cecilia lo hace. Sintonizan.

—. . .el enfrentamiento, los asaltantes están muertos, hay un radiopatrullero herido.

—Los dejo en la esquina, y después voy a perder el carro.

—A mí no me engañás. Vos sabés dónde están, y qué es lo que está pasando.

—En el radio dicen que están muertos —habla Gómez—, en serio, Andrés, ¿son ellos? Con todo respeto, compañero, yo considero que el compañero Rubio es uno de los más valiosos, ¿no podríamos. . .?

—Yo no sé nada, en serio, no sé nada —el corazón le camina violentamente. ¿Qué hacer? Rubio muerto. Gustavo muerto. ¿Cuánto valía la revolución ante esto? ¿Qué hacer en un momento así? ¿Qué decirles?

Hasta que sucedió lo irremediable: los volvieron a detener. Sólo que esta vez los patrulleros venían en una actitud diferente.

Mientras se acercaban, arma en mano, Andrés pensó en Rubio y en Gustavo. Cecilia en que esas muertes frenarían la revolución sólo por un tiempo, porque a la revolución nada la podía detener. Gómez se tiró de bruces sobre el piso.

—Son de los mismos, sargento, cuidado, están armados.

Y Cecilia, que desde hacía un rato no oía más, cargó el arma y salió del automóvil.

—¡Si nos hace algo lo mato! —gritó.

Andrés comprendió su torpeza, quiso protegerla, no salgás, temió que la mataran, en este país era poco probable, pero

ya habían matado a Rubio. Un sentir hondo, extraño, pequeño burgués, se apoderó de él. Y salió del auto gritando:

—¡Por favor, no disparen! ¡Nosotros nos entregamos, por favor, no disparen!

Pero los policías no escucharon. A la imagen de una mujer armada, totalmente inusual, que los había dejado perplejos, se sobreimpuso la de un hombre grande, fuerte, que sí era capaz de matar.

Los disparos salieron casi simultáneamente.

Cecilia disparó porque tenía que disparar, porque esa noche había salido a disparar, porque hacía meses estaba preparándose para disparar. Andrés ni siquiera traía un arma. Esa noche había salido a cuidarlos, porque quizás mejor que nadie entendía que se trataba de un juego, y porque desde hacía meses estaba preparado para morir. Su conciencia política lo había excluido de la sociedad, pero junto a Rubio había comprendido que tampoco tenía sitio en la revolución.

Gómez tirado en el piso, llora. Cecilia dispara hasta vaciar el magazín, a todo lo que ve, a cualquier sombra. No sabe que Andrés ya no está allí. Que los dos patrulleros ya no están allí, que se fueron los tres por un túnel verde, en un desfile de imagénes vertiginosas. Dos radiopatrullas desembocan violentas por ambas esquinas.

La gran mente colectiva revolvía sus pensamientos la mañana antes de salir. Sólo ella no pensó nada. No temió nada. Hasta después, ya en la cárcel, cuando empezaron a llegar imágenes a su memoria. Ni siquiera cuando disparó y se lanzó cubriéndose detrás del automóvil, disparó y disparó y siguió disparando después, mucho después de haber matado, cuando ya la tenían cercada, cuando llegaron las otras radiopatrullas, cuando ya no había nada que hacer, a las sombras, a todo el que se asomó, a todo el que cruzó la calle, a todo el que levantó la cabeza, hasta que se acabaron las balas de la Beretta, y de los magazines de la Beretta, a todos, porque estaba enfebrecida, porque ellos eran el enemigo y aquella la guerra que ella andaba buscando.

Entre desgarros y aullidos de radio patrullas un millar de almas dentro de Gustavo salieron despavoridas, porque desde mucho antes de salir de la casa le había estado espantando la idea de matar, desde el momento mismo en que Rubio entregó los revólveres señalando que eran para una emergencia, por si las cosas se ponían mal, y se entendió que aquello ya no era un juego y por qué de entre los nuevos los habían escogido a ellos, los más fríos, los más duros, los que, llegado el momento, estarían dispuestos a usarlas, al menos eso era lo que había dicho Rubio.

desde el momento mismo en que se la entregó se llenó la noche de pensamientos atropellados haciéndose eco unos a otros frente a Rubio antes de salir

. . .un arma es única y exclusivamente para matar no deberíamos llevar armas para qué sin miedo muchacho qué puede pasar mi familia los amigos si nos agarran es la oportunidad que estabas esperando no creo que pueda para futuras acciones que mala nota cuando realmente necesitemos robarnos un carro no me gusta para foguearte qué torta después viene nuestro primer asalto compramos más armas para qué me metí en esto mi mujer mi mujer nuestra revolución si tuviéramos que disparar y nos agarran nos vamos a la cárcel la guila si hay que disparar dispare yo no podría yo no podría si nos meten a la cárcel echarse a perder la vida por nada todo por la revolución matar es otra cosa es otra cosa es otra cosa Santo Dios que no haya que disparar para darle a los pobres una oportunidad quién necesita una revolución con fuerza y si tenemos que disparar sin miedo nunca podré hacerlo con orgullo revolucionario Señor o.k. vamos que no nos disparen rápido que no tenga yo que dispararle a nadie.

—Son ellos. Sólo andamos dos grupos. Nadie más sabía de esto —dijo Rubio a Gustavo, bajando el volumen a la radio.

—Por favor, Rubio, vámonos. Si nos paran nos registran. Tal vez no son ellos. Vámonos.

—No puedo.

—Por favor.

—Son mis hombres, no puedo dejarlos botados, compañero, no puedo.

Aceleró. El cordón policial empezaba a los doscientos metros. Se bajó del auto. Corrió hacia el foco giratorio de luces amarillas y rojas.

—No puede pasar.

Gustavo también se bajó del auto. Corrió, se deslizó, se tropezó, huyó, se deslizó, tropezó, huyó, hacia el otro lado de la ciudad.

Gustavo agazapado qué pasó huía Dios mío corría por qué despacio por qué dispararon deslizándose disimulando no hacía falta escondiéndose Dios mío como Caín no hacía falta con sólo verme la cara no se ganaba nada por las calles cara de culpa atravesar las esquinas quién se moriría escabullirse quién sería hacia el otro extremo tropezándose de la ciudad el corazón las piernas no hacía falta el autobús no el autobús sí una revolución así no hace falta. . .

Rubio avanzó despacio, enfebrecido, sudando, los ojos fijos, desorbitados, hasta el círculo más pequeño. Avanzó más. Nadie lo detuvo. Cecilia y Gómez estaban esposados en una radiopatrulla. No les prestó atención. El cadáver de Andrés, bocabajo, en el suelo. Dos cuerpos más tirados uno a cada lado del auto que tenía las puertas abiertas. Un oficial joven, a un costado, lloraba. Pocos hablaban, en voz baja. Las luces giraban, silenciosas, mortuorias. Nadie se movía. Esperaban a las autoridades judiciales para levantar el acta y disponer de los cuerpos. Rubio se acercó.

—¿Qué quiere? No puede pasar.

—¡Cobardes! Tantas patrullas contra un hombre desarmado.

Como sabía éste que el muerto estaba desarmado, pensó uno.

—Cuidado, puede ser de los mismos.

—¡Agárrenlo!

—¡Soy el jefe, hijueputas! ¡El jefe! —con la voz desgarrada, llorando— Soy el jefe. . . —en voz baja, casi un murmullo, ahogado. Avanzó hacia el cuerpo de Andrés —. . .y no pueden hacerme nada. . . —levantó las manos, en señal de rendición, el arma portada atrás, en el pantalón, se mostró nítida.

—Es un loco.

—No, está armado, miren.

—¡Estoy en un país libre! —gritó— ¡No pueden hacerme nada, me entienden, nada!

Se arrodilló cerca de Andrés. Cecilia y Gómez a veinte metros se revolvieron dentro de la patrulla para mirar. Rubio vivo. Tantos muertos y él vivo.

—No lo toque —le dice un policía a Rubio, mientras lo espera, no sabe por qué respetuoso, atrás, con las esposas abiertas en la mano.

Oscar les llevó la noticia. Cecilia había sido asesinada.

—Fue una tal Ernestina una enorme mujer de casi dos metros de estatura que dirige grupos de oración entre las prisioneras y que todo el tiempo tiene problemas porque se violenta por cualquier cosa según entiendo odia a los comunistas y odiaba a Cecilia por comunista por atea y porque Cecilia una vez se peleó con ella lengua de víbora le dijo con una mitad alabás a Dios y con la otra escupís a la gente

según dicen la fue a traer a los talleres de costura y le dijo que la necesitaban en la bodega

confesó que había caminado con ella por los corredores y que la acompañó hasta la puerta de la bodega

allí en la puerta la agarró le tapó la boca la empujó la metió a la fuerza detrás de unos sacos de arroz y la mató a golpes y con una cuchilla

también dijo que le había arrancado la blusa y a mordiscos los pezones y los había escupido.

después salió llena de sangre como estaba caminó hasta la cocina y con la boca roja y yo digo que salada le gritó a las que estaban allí por fin maté a esa hijueputa

por la confesión se supo que desde hacía meses lo que andaba buscando era matar a Cecilia.

La alarma rasgó el oscuro silencio de la cárcel en un largo campaneo minúsculo y alocado timbrando agudos contra la noche. ¡Una fuga!, fue el primer pensamiento, hasta que se oyó la explosión del tanque de gas en la cocina y el naranja reptante de sombras dispersas irrumpió por las ventanillas de arriba contra las paredes del cuarto. Es un incendio, dijo Fajardo, eléctrico, agarrándole el hombro. El Cuilo saltó. Empezaron los gritos, abran, abran, gritos enormes, naranja, desde los dormitorios y más allá, en las celdas, y más acá en los corredores, haciéndose eco unos a otros entre el *cuás creás chacs* y el soplido de viento del fuego que corría aplastándolo todo. Se quedó inmóvil. Alguna cosa enorme mordiendo, desgajando. Un animal gigante. Fajardo lo sacudió. ¡Viene para acá!, gritó el Cuilo. ¡Por arriba, por arriba, quiebren los vidrios! ¡Vos, subite vos! Quebrar los cristales. Subir sobre las mesitas y sobre los camarotes y sobre los hombros, salir por arriba, herirse el vientre contra los vidrios aún erectos, caer al pasillo de al lado y saber que por allí a los baños, por los baños la salida al corredor, y por allí a las rejas. Dale campo a Mario. No jodás. Está desmayado. A empellones. Fajardo lo alza. Nadie se lo sostiene arriba. ¡Por favor, alcen a Mario! Subímelo vos, y te ayudo, dice Rubio encaramado en la ventana, Mario como muerto, cerrado de bronquios por el humo quizás, o por el miedo, por los gritos que se le agigantaron en la cabeza desde el primer momento. Te vas a quemar Fajardo, dejalo ahí. Subilo te digo. Y Fajardo lo sube, empuja a Mario, lo apoya sobre los hombros, se le incendia la pierna, Rubio hala a Mario, y hala a Fajardo, Fajardo sube, no hay tiempo, pasa por arriba, no siente los vidriecillos, ni el golpe del piso, y revolverse, revolcarse para apagar el fuego. Rubio lo ayuda, Mario despierta, no comprende nada, Fajardo lo mira aliviado, la pierna derecha es una braza. El incendio sigue, lo consume todo, hay que salir a los baños, las puertas ya no existen, salen al corredor, los guardias abren la reja, después el patio. Los guardias tratan de sostenerlos, tratan de medir si el incendio saltará el patio, por temor a una fuga en masa, abrí no seas hijueputa, no ves que sigue, abrí, abren por fin, pasan otra vez a los corredores, hacia el oeste, se topan con otro grupo. Afuera redoblan la vigilancia, en los portones, por donde ya entran las máquinas de bomberos. Entran al patio oeste. El viento va para el otro lado, no hay problema dice el cabo

Gutiérrez, ya hay dos grupos más allí. Atiendan a Fajardo dice Gómez, está quemado. Mario le sostiene la cabeza poniendo las piernas como almohada. Gómez corre al portón, se le suma Rubio, es en serio sargento, está muy mal, fue de los últimos en salir. El guardia accede. Rubio hace señas, dos toman a Fajardo y lo llevan, abren, lo sacan, vos no, le dicen a Mario. Vení le dice Gómez, se va a poner bien, cómo te sentís, le pasa la mano por el hombro, sentate aquí, Mario tiembla como si tuviera frío. Se va a poner bien, no te preocupés, por dicha no le cogió la cara.

Se había despertado sudoroso y con miedo. Cerca del mediodía la madre de Cecilia llegó a buscarlo. Cecilia no había llegado a dormir. No, no señora, aquí no está, tenía que estudiar, seguro se quedó a dormir donde alguna compañera. Llamó a la Organización. Nadie respondió. La buscó toda la tarde. La buscó antes de ir a clase y después, en la Universidad. Viste, en la madrugada hubo una balacera, agarraron a unos maleantes. A las siete llamó a casa de Cecilia. Nadie contestó. Llamó de nuevo a la célula. Respondió una voz que no conocía. Preguntó por Cecilia. No aquí no está, quién habla, quién habla. Mario, y ayer, no la vieron ayer. No tampoco, Mario qué. Mario, compañero, el amigo de Cecilia. Colgó. Decidió ir a casa de Rubio, aunque no tuviera autorización para llegar. Si Cecilia andaba en algo, Rubio tenía que saberlo. Se iba a enojar, más le valía que Cecilia estuviera allí. Tal vez ya había regresado y había salido con su mamá, o lo andaba buscando. Tendrían que hablar seriamente. El no estaba de acuerdo con muchas cosas de la Organización, aunque se callaba. En cambio para ella todo era sagrado. Eso los alejaba. Si había un operativo, por ejemplo, por qué no le dijo nada. ¿En qué podía él ser indiscreto?

Llegó frente a la casa de Rubio, el compañero más importante de la Organización que él conocía, Cecilia sospechaba que era el número uno. Había luz. Llamó a la puerta.

—Buenas tardes —algún compañero que no conocía.

—Buenas, ¿a quién busca?

—A Cecilia.

—No está, ahorita viene.

—Yo sabía que estaba aquí. Tiene a todo el mundo preocupado, desde ayer no se aparece por la casa.

—Pase compañero —le enseñan una foto— ¿es esta Cecilia?

—Sí, pero ¿qué tiene en la cara? ¿Qué le pasó?

—Queda usted detenido. Somos de Seguridad Nacional.

Entonces empezó la cacería de brujas. Durante cerca de un año la policía realizó allanamientos sorpresivos en los lugares más disímiles, y tomó presos a casi veinte en sus casas, en el trabajo, en un cine... Casi todos permanecieron en las cárceles hasta después del juicio, y hubo quien, hallado inocente, debió purgar con anterioridad al fallo que lo eximía de toda culpa, dos años de cárcel. La conciencia colectiva pareció querer aplastar con saña aquel amago de terrorismo en Costa Rica. Se los persiguió hasta las últimas consecuencias. La policía judicial, convertida en su brazo ejecutor, y a la vez vengativo, no cedió un ápice.

Las primeras acusaciones fueron de tipo político: rebelión, instigación, conspiración, instigación para la rebelión, y otros más. La relación con actos terroristas anteriores, atribuidos en ese momento al grupo, no pudo ser probada. El único hecho atribuible era el crimen de Cecilia. Pero Cecilia ya estaba muerta. Y Andrés también.

Con el tiempo, y para el juicio, las acusaciones asumen el carácter de delitos comunes: asalto a mano armada, espionaje, falsificación de documentos, asociación ilícita (utilizada normalmente para la calificación de bandas), y por último, homicidio. Falsificación de documento aparece un año después. El proceso, con estos cargos, puede seguir adelante. Las acusaciones que dan cuerpo a la sentencia son formuladas, en general, un año después de los hechos. Las de espionaje y asalto a mano armada, no prosperan.

La totalidad de los apresados no tenían antecedentes penales. Por haber sido apresados en circunstancias diferentes y no mediar vinculación de hechos, ni hechos ilícitos propiamente tales, se los condena entonces por asociación ilícita, como cargo principal, con lo que se logra vincular a todos bajo una misma figura. Cuatro son absueltos, otros salen meses antes de iniciarse el juicio, se dice que por presiones.

Les imponen penas no menores de tres años y un día, a fin de que no puedan acogerse a la ejecución condicional de la pena, que les daría una libertad fácil, usual en las condenas menores de tres años. A Gómez y a Rubio los condenan a quince años de prisión.

Las cosas se facilitaron para mí y para los otros desde tu muerte, Cecilia. La gente se sintió un poco culpable. Cierta cosa especial nos rodeó desde que te mataron. Ahora están por conceder a los que quedamos diferentes beneficios. Al fin y al cabo lo nuestro es mínimo, asociación ilícita, casi todo. Lelio, Franklin, Gustavo y yo pronto saldremos con libertad condicional. A Rubio se la negaron. Algunos estamos estudiando. Dos de las compañeras ya están libres.

Con el incendio muchos fueron trasladados. Rubio, Gustavo, La Pele, El Cuilo, como decir la célula, por suerte no. En pocas semanas reconstruimos el pabellón. La Pele perdió todo, incluso quince mil pesos que tenía ahorrados para cuando saliera. Aunque en el fondo, sé que ni a él ni a su hombre les interesa realmente salir. A qué. A dónde. Esta llega a ser para muchos la única familia, los únicos amigos, las únicas personas a quienes se importa, ¿y puede haber algo mejor en la vida que importar a alguien? Algo tendrán que inventar para volver. Fajardo ya está bien. Estuvo un mes en el hospital. Por mil pesos conseguí que Culebrón aceptara cambiar de cama conmigo, para que nos tocara el mismo camarote, para cuidarlo. A Fajardo lo dejé abajo y yo arriba. Nunca olvidaré lo que hizo por mí. Tengo miedo de salir, Cecilia. Afuera no será mejor que antes, al contrario, será peor. Afuera no me espera nadie. Absolutamente nadie. Sólo la vergüenza. Antes pensaba que nos casaríamos, que nos iríamos a vivir lejos, y que tal vez hasta tendríamos hijos, eso si lo hubieras querido, porque si no, sabes que no te tocaría. Pero ahora no estás.

Ayer vi a dos compañeros que también están en libertad condicional. Su condena como la mía fue mínima. No dijeron ¡hola, Mario! No saludaron. No me conocieron. Aún se sienten avergonzados. El asesinato de los patrulleros fue asumido por la justicia y por el país como un crimen político, realizado por la Organización. Las bombas terroristas que habían sido colocadas en San José hacía dos meses correspondieron con materiales descubiertos en casa de Rubio. Ese detalle, las armas, los documentos comprometedores, la posibilidad de que fuéramos los autores de varios intentos de secuestro y asaltos ocurridos anteriormente, nos hundieron a todos. El desprecio colectivo nos cayó encima. El juicio. La condena. Lo sé. Ayer algo parecía haber cambiado en sus cabezas. Quieren ser bien mirados, estimados, un poquito respetados. No aspiran a más. Estoy seguro. Sobresalir significaría también resucitar el asunto en la memoria de la gente. Adivino un deseo imposible: que se vuelva a confiar en ellos. Ya viejos tal vez, me digo, les digo, les aconsejé mentalmente desde mi escritorio. Cómo son, qué sienten, qué piensan los asesinos, es la pregunta en el aire, y cómo se logra vivir, sobrevivir, bajo la mala vista de todos. Yo contesto que es el Limbo, no existes allí, nadie te ve. Cuando alguien pronuncia tu nombre surge el desprecio o el temor. Si pudieran se persignarían para alejar la peste. ¡Yeta, yeta! Sé lo que padecen. El Gran Acto fue terrible. Y no pasará, seguro que no pasará, es arrastrar para siempre una gran vergüenza. . .

. . .Fajardo tiene un mes de estar fuera. Vino a verme. Trabaja en construcción. Dice que resultó bueno en eso, y que se cambió de barrio porque no aguantaba las burlas: sus amigos se reían de que se hubiera hecho "decente".

. . .Me asignaron a una Unidad de Confianza. Pronto estaré durmiendo en mi propia casa y vendré sólo a firmar. No me aceptaron la libertad condicional. Pesa el hecho de que fuera el jefe de la Organización. Temen que el movimiento haya seguido adelante. Ignoran que soy el último revolucionario, y que los guerrilleros pasamos de moda. Héctor me consiguió trabajo en una imprenta. Vi a Fajardo. Sigue en construcción. Dejó la droga. Al fin y al cabo afuera no es tan fácil conseguirla sin arriesgarse a tener problemas. ¡Me siento bien, es prácticamente la libertad total!

LA AMOROSA TIERRA

Veinticuatro de abril. Un aniversario más, amor, doce años contigo. . . Me vivía en quejas de amor, que no eran nuevas, sino tan viejas, como aquella de que cuando llegaras tendrías que dar explicaciones por haber tardado tanto. Aunque no tuvieras la culpa. Y entender. Los miedos de dormir sola. El deseo de estar las veinticuatro horas con vos. El temor neurótico de perderte por una simple conversación callejera. Entender. Después. Que ya no me interesara la U. Que prefiriera pasármelas con vos. Pegada a vos. Vos mamá. Vos papá. Vos todo. Porque así entiendo el amor. Y encima este augurio de cansarte. Que te amaba, te lo dije. Ahogada de vergüenza y de miedo. Contigo, desde que te vi, Ricardo David Montalbán Angeletti mío, tuve la absoluta seguridad de mi pertenencia. Pero no me mirabas, amor, nunca me miraste. Pasaba, abanicando a puntillas los corredores, deseando sí, deseando no, que me miraras. Y no lo hacías. Eras mi fantasma favorito. Te hablaba a todas horas y en mi cuarto, por las noches, me encendía y me llenaba de rubores. Siempre estuviste allí, amor, bajo las sábanas.

En la reunión de ARES (Acción Revolucionaria Estudiantil) a Matilde y Rosita les explicaron que ALCOA, la Aluminium Company, era una compañía extranjera que a la fecha estaba buscando un contrato con el gobierno de la república para explotar la bauxita de San Isidro de El General, pero que el asunto implicaba enormes desventajas ecológicas y pocas ventajas económicas para el país. La juventud universitaria era la llamada a lograr la atención nacional sobre el problema. La contratación no se podía permitir: pretendían llevarse la bauxita arrasando montañas de tierra fértil y, para nosotros,

sin ningún beneficio significativo. Ellos iban a participar. El grupo ARES también se integró a la lucha. Aula por aula se llamó a los universitarios.

Por disposición de la Federación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica (FEUCR) 12.000 estudiantes del Alma Máter deberán entrar en huelga a partir de las siete de la mañana de hoy por tiempo indefinido. La huelga es la manifestación de oposición que la FEUCR hace ante el país por la aprobación en primer debate de la contratación ALCOA-Gobierno de Costa Rica. (LN 23 IV 70).

Matilde y Rosita escondieron la timidez. Megáfono en mano desde el segundo piso del edificio de Letras, llamaron a unirse a las manifestaciones, que iban creciendo, cada vez más grandes y acaloradas. Los profesores, los estudiantes de secundaria, y algunos diputados respaldaron la lucha. En una de tantas, un poeta gordo, fundador de un grupo de escritores noveles que a inspiración suya pintaban en las paredes de la ciudad "Lea Poesía", enardecido, se tiró a las calles a repartir un largo poema poligrafiado que llamaba a la liberación de América toda. La gente leía emocionada su gran poema continental.

Desde las tres de la madrugada de ayer algunos estudiantes de la Universidad de Costa Rica irrumpieron en el campus para levantar barricadas en la Facultad de Ciencias y Letras e impedir en esa forma el acceso de estudiantes y profesores. También bloquearon las vías de acceso a la Ciudad Universitaria atravesando automóviles y clausurando portones. (LN 24 IV 70).

Las actividades proliferaban. La Universidad entera estaba tomada por las actividades contra ALCOA.

Los desfiles se desarrollaron durante todo el día, desde las primeras horas de la mañana hasta bastante entrada la noche. Por la mañana los universitarios y colegiales bajaron la avenida Fernández Güell y se concentraron en el Parque Central donde hicieron discursos. Algunos grupos quisieron impedir la circulación de vehículos pero rápidamente volvieron al orden. (ibid).

El veinticuatro de abril, día del último debate, miles de costarricenses, en su mayoría estudiantes, nos dimos cita frente a la Asamblea Legislativa para gritar NO A ALCOA, seguros de ser atendidos y de que el proyecto no pasaría.

Pero ALCOA pasó. Con 41 votos a favor y 11 votos en contra, *en medio de una nutrida pedrea y con el salón de sesiones inundado de gases lacrimógenos,* ALCOA pasó. (LA NACION 25 IV 1970).

Desde temprano nos habíamos instalado en las afueras de la Asamblea. Los compañeros de la Federación pronunciaron varios discursos. La Guardia Civil protegía el ingreso al edificio. Cerca de las dos de la tarde varios compañeros intentaron entrar y fueron repelidos. Se lanzaron dos piedras que hirieron a un cabo y a un teniente. A las tres y media empezó la sesión. Varios dirigentes volvieron a hablar, entre ellos el vicepresidente de la FEUCR.

La votación se inició faltando poco para las cinco. La pedrea como una hora después.

La chispa que inició la violencia estalló a las 5,31 pm cuando un agitador desconectó la luz eléctrica de afuera. Trató un guardia civil de reconectarla y no lo dejaron. La masa se agitaba. Los de la camioneta con parlante dieron la orden: vamos hacia la avenida central a desfilar. "No, no, no, quedémonos aquí" fue la respuesta. No obstante los de la camioneta salieron hacia la Avenida seguidos de unos dos mil estudiantes. Todo estaba sincronizado porque cuando ya estaban cerca de Chelles, comenzó la pedrea contra la Asamblea por parte de los que habían quedado allí. Eran exactamente las 5,41 pm cuando tiraron las primeras piedras. (ibid)

Lluvia de piedras y palos. La Guardia Civil tuvo que retroceder hasta la puerta de la Asamblea. Acabó por entrar.

Un redactor de La Nación estaba allí con la Guardia Civil. Se produjo la siguiente situación: cuando el reloj marcaba 5,52 pm (ya eran once minutos de pedrea). Todos dentro de la Asamblea gritaban "gases, gases, qué esperan". Ya estaban en la puerta de la Asamblea y la Guardia Civil apretaba adentro impidiendo la entrada. . . A las 6,01 se les lanzó la primera bomba lacrimógena. . . La muchedumbre fue presa del ácido. Hubo varios desmayos. . . Dentro de la Asamblea la Guardia Civil con máscaras protectoras sacaba del lugar a algunos manifestantes. La sesión seguía desarrollándose en ese ambiente. . . (ibid)

Muchos diputados razonan su voto. Unos sencillamente dicen sí. Otros sencillamente dicen no.

Al empezar a hablar el diputado Villanueva Badilla sue-

nan explosiones de bombas lacrimógenas, y los policías con cascos esquivan las piedras en las barras, algunos de cuyos vidrios se quiebran. Nuevas explosiones y los conceptos del expositor no pueden ser escuchados. Algunas piedras, después de romper cristales, no llegan al plenario gracias a los vidrios que se afirman son a prueba de balas. El directorio pide calma. Unos muchachos despavoridos se escudan tras los asientos, pero la sesión está prácticamente interrumpida. Las sillas sobre las cabezas sirven de parapeto, y sobre el techo de la Asamblea caen docenas de piedras. La barra de prensa se llena de gases. . . Mientras tanto el diputado Villanueva Badilla vota "no". (idem)

Sigue la votación. Unos sí. Otros no. Otros sí. Otros sí.

El directorio a través de su presidente señala: "En consecuencia se tiene por aprobado en tercer debate este proyecto. Pasa a la comisión de redacción". (idem)

Alguien gritó "fue aprobado". Alguien repitió "fue aprobado", "fue aprobado", "fue aprobado". Un grito unánime, visceral, salió estremecido de todas las gargantas.

La pedrea arreció. Los gases lacrimógenos también. El asalto a la Asamblea se hizo la intención masiva. Romperlo todo, despedazarlo todo, los automóviles cercanos, incendiarlos, volcarlos.

Corrimos por las calles, hacia el centro de la ciudad, desesperados, furiosos, insultando a la policía que batoneaba a diestra y siniestra.

No quedó un cristal entero en las vitrinas. Los que dominaban mejor la capacidad de manipulación de la prensa, llegaron hasta los distintos medios, Radio Reloj, Radio Monumental y La Nación, que recuerde, a gritar y a lanzar piedras. Esa noche la ciudad se llenó de gases. Los comerciantes deben haber tomado ese día la decisión de colocar cortinas metálicas en sus negocios. La violencia recorrió la ciudad hasta muy entrada la noche.

A las diez de la noche se informó que había unos 200 detenidos. Muchos padres de familia llegaban a los lugares de detención a interceder por sus hijos. La mayoría de los detenidos, se dijo, son agitadores, de clara filiación comunista. Algunos ya han sido detenidos en otras oportunidades por la policía. (idem)

En la Detención General las lágrimas corrían, por el gas

y por el desencanto, o por el miedo. El día anterior algunos dirigentes habían explicado la necesidad de llevar a la manifestación pañuelos, y cómo colocárselos empapados no recuerdo si en agua o en vinagre, pero nadie creyó realmente que habría que usarlos.

Ahora en la Universidad hay una plaza que se llama "24 de Abril", fecha de los sucesos de ALCOA, y de cuando te encontré.

Cuando corría calle abajo fuera de mí, frustrada, violenta, indignada, perseguida por dos policías reales o imaginarios que intentaban arrebatarme el megáfono, alguien me tomó de la mano, me ayudó a correr, y me metió varias cuadras más allá en un Café. Eras vos. Con tu guerrera verdeolivo habitual, tus tenis blancas, tus jeans inevitables, tu pelo sobre la nuca, tu barba rojiza, tus ojillos escondidos tras los anteojitos a lo John Lennon, y aquella vergüenza terribe que me hacías sentir.

—Gracias.

—¿Cómo te sentís?

—Golpeada... y furiosa.

—Y triste.

—Ajá.

—No sirvió de nada, eso es lo peor.

—Sí sirvió. Nunca un movimiento estudiantil ha alcanzado tanta fuerza ...hasta los muchachitos de colegio estaban allí... y gente, gente común ...hasta los más fríos.

—Pero perdimos...

—Es increíble.

—¿Te golpearon?

—Aquí... y aquí...

—¿Te duele?

—No. Supongo que más tarde. Ahora no siento nada. Sólo cólera y ganas de llorar.

—No sabía que las mujeres pudieran ser tan peligrosas, tirando piedras y palos en media calle...

—Mujeres conscientes tal vez.

—Sin enojarse... Era una broma. Perdón.

—No estoy enojada, pero no debería burlarse.

—No me burlo. Yo también tiré unas cuantas piedras.

—Mmm.

—No me río, en serio, y menos de las compañeras. Te vi, todos estos días. Lo que pasa es que soy un poco escéptico. ¿Decime, qué logramos? Nada.

—¿Le parece poco? El movimiento estudiantil después de esto no volverá a ser el mismo.

—No sé.

—Estoy segura.

—Si vos lo decís. . . ¿Cómo es que te llamás?

—Rosita. Rosita Cisneros.

—Y yo Ricardo. Ricardo Montalbán.

—Sí, ya sé.

—¿Me conocés?

—Sí, de la U.

—Ahh. . .

Habría querido llamarse León Felipe, Octavio Paz, Edén Pastora, tener un nombre sonoro y llamativo, capaz por sí mismo de volverse al menos evidente, y ojalá famoso. Pero le habían dado un nombre repetido. Se llamaba Ricardo Montalbán, como el actor de cine.

Ricardo, alias David Angeletti —ese, decía, era su nombre verdadero, o al menos el nombre de su alma migratoria— descendió al matrimonio Montalbán en invierno.

Su abuela fue una italiana robusta de mejillas hilvanadas por pequeños cuadriculados púrpura, que cruzó el mar desde Italia con tres hijas en pos del marido, emigrante en Costa Rica desde hacía dos años, y de quien hacía ya largos meses no se tenían noticias. Lo encontró atascado en las faldas de una campesina de greñas sueltas cual gitana extraviada, puertas adentro de una casa esquinera, en el pequeño pueblo donde había sido destacado por la Curia para construir la iglesia parroquial. Conchetta se instaló con sus hijas sin dar mayores explicaciones sobre cómo había hecho para llegar, atravesando mares y océanos, hasta aquellos sitios de difícil pronunciación y peor acceso, sin hablar más que italiano.

Concepción (Conchetta) y Vittorino, se reunían con sus amigos los domingos al calor de un "Lacrima Christi" acompañado de una buena macarronada, de una "pizza" tensada al aire por Conchettina entre múltiples aplausos, o de algún "ravioli" sumergido en abundante salsa, a escuchar ópera en el viejo Philips de madera, o a Conchetta misma con su bella voz de tiple, quien tenía un dejo en la voz tan cadencioso, tan genuino, que bien podía compararse a un *aria* de Puccini.

Don Vittorino, ya anciano, don Juan verde e irreprimible, entregó el alma de bruces sobre una cerca de púas, una noche de luna y de requiebros, lanzado encima del animal encabritado por los bramidos del viento.

Desquiciada por la escandalosa muerte de su marido, Conchetta —quien adolescente había visto Roma y después morir— enmudeció para toda otra conversación que no fuera

sobre su tierra natal. Regresar, volver, empeñosa en fabricar a pura mente un barco de la vida, una cadena de circunstancias que la llevaran de regreso a Italia. Al final sólo recordó tres cosas: a Vittorino, Nápoles, y su paso por Roma. Murió rodeada de sus hijas mientras miraba un buque imaginario, boca arriba y boca abierta como una tortuga gigante de pelo gris, achatada y gordita, reducida de tamaño de tanto pensar e imaginar.

Salió del Teatro. Ya con la punta de los zapatos afuera tropezó con Nicanor Altamirano, de vista y de murmuraciones conocido. Le pareció que traía los ojos llorosos, y muy marcadas las arrugas de la frente. Lo saludó como si lo conociera. Altamirano sonrió, y se le abombaron dos bolsitas debajo de los ojos. ¿Buscás a alguien?, Ricardo preguntó, culpable casi. No, no, sólo pasaba por aquí. ¿Hubo una conferencia, no? Sí, rueda de prensa, muy importante.

Los locos interiores le habían dicho que lo acusarían de espiar (¿para quién?, no lo sabía); por eso no estuvo allí, porque, qué interés había mostrado él en los últimos años hacia los asuntos políticos o revolucionarios, ninguno; pero se calló y se vino, y ahora se limitaba a contestar con afirmaciones la palabrería con que éste que le salió a la puerta se lo estaba llevando al Café más cercano. Le dio un último empujoncito hacia la silla.

—¿Querés café? —preguntó Ricardo.

—Mjú —mudo gentil en sus concesiones.

—Tomá —le alargó una servilleta— uno no puede andar por la calle derramado de lágrimas.

Esperame un momentito, le dijo además, y se levantó al baño. Bajando la bragueta repasó: Nicanor Altamirano, ex vendedor de Enciclopedias, ex estudiante de literatura inglesa; hace 6 años, en la U, una cabeza brillante; bohemio irreprimido, bebedor, después caído socialmente en desgracia por las drogas; antes de eso enfant terrible y niño mimado de los catedráticos de más estima. Ahora nadie lo recuerda, peor aún, nadie lo escucha.

—¿Y tus poemas?, ¿cómo van tus poemas? —al sentarse, tratando de ser amable.

Silencio. Olor a licor viejo. Un charquito llorado sobre la mesa. Altamirano pidió también permiso para ir al baño. Y orinó, o lloró, o se apoyó en las paredes, o habló con Dios

desde el lugar maloliente que a Dios no le importan esos detalles, o arañó la cara del mundo, tan cruel, tan que no sabe, tan cruel.

—Es extraño —dijo al volver, la cara colorada— todos padecemos de igualdad esencial, todos padecemos de cruz, de sufrimiento, padecemos de estar vivos y condenados a muerte, a desvarío, a destino. En eso somos iguales. Sin embargo ninguno reconoce su vida reflejada en la de otro, el otro es siempre por definición un extraño, y lo que es peor, un rival, un enemigo potencial al que hay que destruir.

Sorbió café, se restregó las manos, como frías, como si llevara un par de guantes lullidos y una bufanda y un sombrerito semiderruido y un abrigo café y roñoso. Un mendigo, un buscador en los trastos hediondos de la basura, eso parecía. Ricardo miró bien: Camisa amarilla sucio café, sudadera de estudiante a rayas anchas café. De allí la visión: demasiado café.

—Hay un misterio en el chivo expiatorio —continuó Altamirano— en aquel que paga por los pecados de otros. Los carga durante algún tiempo para luego ser expulsado de la comunidad. El "maldito" es peligroso, no se le nombra siquiera, se lo ignora, su solo nombre contamina, trae miasmas a los éteres y a la conversación.

Altamirano. Nicanor Altamirano. Pocos hablaban así, con voz de tan íntimo de una vez. ¿Por qué se le abría aquel hombre? Sus palabras tenían eco, sonaban, transitaban de la memoria que creyó soñarlo después, a la plasticidad inmediata, pegajoza de grasa de pescado y moscas, del "Bar y Soda El Colibrí".

—¿Y no hay remisión posible para esos que no son sus pecados, no hay quien lo salve?—preguntó despacio Angeletti.

—Por supuesto —más tranquilo— y es un misterio sublime. La imaginación popular y el poeta crearon la fábula del sapo reconvertido en príncipe por un beso de amor, para explicarlo.

—Alguien que lo mire bien, supongo.

—Alguien que reconozca en él al príncipe y no deje de hacerlo ni un instante, porque, en todo caso, ¿quién podría besarlo si viese en él sólo al sapo?

—Tenés razón...

Pidió más café. Se calentaba, la cara había vuelto a sus colores. Es posible que hubiera vomitado.

—La ciudad padece de calles, amigo —otra vez aquella palabra—. Están las calles por las que circula la mayoría, en ellas no hay problema, son calles "democráticas", nadie te mira demasiado, predomina un cierto ignorarse cortés; hay otras tomadas por subgrupos, los jóvenes, por ejemplo, con sus coqueteos y sus bromas. Por ellas es mejor no pasar. O bien hacerlo consciente de ser mirado, sosteniendo el pensamiento y la expresión facial para evitar una burla o una broma de mal gusto. Porque se quiere ser mirado bonito y se teme ser mirado feo, ya se sabe. El vestido que llevés y cómo te sintás ese día es determinante; se acicala uno para pasar por ciertas calles, o no se pasa. Y, finalmente, hay otras por las que transitan aquellos que son, o se sienten, ¿no es acaso lo mismo?, apestados, inferiores, los parias para decírtelo en directo, y entre los cuales un maldito como ellos, se siente menos mal porque no destaca. Es el inframundo. . . Sus transeúntes no llegan nunca hasta las avenidas principales, si acaso alta la noche, cuando sus pasos no arriesgan a perder el hábito de pisar basura.

Aspiró suave alguna mucosidad imaginaria.

—Nadie camina por lugares a los que no pertenece, ni pasea por los que no son sus sitios, porque le verían mal —siguió—. Por el contrario, en sus propias calles hasta los "pintas" pueden darse el lujo, con suerte, de llegar a príncipes de cotarro y lucir pretenciosamente sus galas: Grandes tacones, camisa de flores, chaqueta de mezclilla, crucifijos al pecho en oro o plata, anchas pulseras de inoxidable, pantalones blancos ajustados. . . Eso sí, en sus calles: mezcla de belleza arrabalera y de rostros patibularios.

Se calló. Hasta aquí Altamirano el intelectual, aprehendiéndolo todo con la pinza erecta de su cabeza. Se echó el poco pelo hacia atrás con los dedos, no demasiado grasiento. Apoyó la cara sobre los nudillos. Al fin alzó la vista, sólo la vista, y dijo:

—He sido un imbécil, sabés. Me suicidé socialmente, y lo que es peor, sin propósito, pues ni siquiera pretendía convertirme en chivo expiatorio.

Venía el vómito, lo sabía.

—Somos muchos. Se nos puede reconocer: Casi todos

oscilando entre la concha de sus cuatro paredes y sus diablos persecutorios . . .Asustados, perseguidos por lo real o por lo imaginario, quién lo sabe, si quebramos hace mucho el espejo que separa lo imaginario de lo real. . .

Se calló. Ricardo espesó la respiración al tragar aire, despacio para no interrumpir. El no se planteaba el asunto, acaso porque los ángeles, reales o imaginarios, no tienen conciencia, o porque su mente no había quebrado sus cristales.

—¿Conocés mi poemario? —volvió Altamirano, ceñudo, cambiando de tema sólo en apariencia.

—Sí, es excelente.

—. . . ¿Lo leíste, en serio? —se le borraron las arrugas, se le encendieron los amarillos de la camisa.

—Me gustó mucho —era bueno poder decir una verdad de esas que calientan el alma. ¡Ah, el insustituible carisma de la verdad! —especialmente los aforismos, como aquel de "no es vergüenza para un árbol ascender hacia su propio fruto". Muy hermoso.

—Es un principio universal.

—¿Qué cosa?

—La homeostasis, la regla del desarrollo: ramita a ramita, brote a brote.

—Lo conozco. La paciencia, en otras palabras.

—Ajá . . . Gracias, ya me siento mejor.

—No es nada.

—Me he sentido mal en estos días—avergonzado, cálido—mi libro salió hace seis meses y nadie, absolutamente nadie, se ha dignado mencionarlo.

—Tal vez porque es muy bueno.

—No, no es eso. Es ostracismo espiritual. . . Es poseer la peste. ¿Leíste *El Pájaro Pintado?*—señaló Altamirano.

—Sí, y también aquel otro, el del ángel que visita a una familia y le da a cada uno lo que necesita.

—Pues entonces lo que necesitaban era sexo, porque con todos los de la familia se acostó . . .hasta con la vieja criada... ¡Sí, probablemente era un ángel! —se rió.

Le ayudó a reír, exagerando la gracia del chiste. Entre los dientes sintió motitas húmedas de pan.

—Yo también soy un ángel —dijo Ricardo.

Detuvo la risa un instante mientras recibía, mentalmente, el eco de las palabras.

—¿En serio? —volvió a reír, como si formara parte del chiste.

—Mjú —riendo.

—Mirá que todo me lo creo —bromeó.

—Lo soy, ¡en serio que lo soy! —insistió.

—Ah, sí, claro —no quería bajarse de la risa. Se detuvo—. ¿Y qué maravillas hacés?

—Pocas, muy pocas realmente. Saber el número de la lotería, por ejemplo.

—Entonces sos rico.

—A eso iba. No me permiten comprarla.

—¿Quiénes?

—Los de arriba.

—¡Ah! Ni decirlo a otro, supongo.

—Eso sí, pero sólo como excepción.

—¡Pues a mí me caería muy bien! —y volvió a las risotadas.

El chiste no daba para tanto, pero se aferraba con ingenuidad a la risa, porque le sacudía los pulmones y le enderezaba los músculos de la cara, agrietados de enmarcar hacia abajo.

—Pues sí, —siguió con el tema— ¿así que sos un ángel?

—Mjú.

—Jurámelo.

—Los ángeles no juran.

—. . . y hacés milagros pequeños, nada más —Altamirano sonrió, acariciando el borde de la taza—. Pues me caés bien, muy bien. ¿Cómo te llamás?

—Ricardo Montalbán.

—¿En serio? —burlón.

—En serio. Me dieron un nombre repetido.

—Y famoso.

—Para no confundirme con el verdadero.

—Está bien, está bien . . .no más bromas, me duele la cabeza, es mala cosa llorar. . . ¿Querés venir a mi departamento? —lo dijo con miedo, aprovechando la curva favorable del buen humor— está cerca —apretándose la sien con la mano derecha—.

Aceptó. Pagó, le llevó su libro, el poemario, que había

descubierto disimulado entre un cuadernillo y una revista, quizá para mostrarlo, quizá por si alguien lo mencionaba, pero —estaba seguro el ángel— nadie lo haría.

—¿Conocés la leyenda de Casandra? —preguntó Ricardo.

—La sacerdotiza, condenada a profetizar pero sin ser atendida. Sí, ¿por qué?

—Te está ocurriendo lo mismo.

—Condenado a escribir pero sin ser leído. Eso nos pasa un poco a todos los escritores ticos, ¿no te parece?

—La vida es una sucesión de mitos. Somos siempre Odiseo, a veces la Beatriz de Dante, o quizás Orestes asesinando a su madre. . .

—Tal vez yo debería asesinar a mi madre. . .—se contrajo. Era una mala broma. Ricardo no lo disculpó.

—Ya lo hiciste.

Se paró en seco.

—¿Cómo te atrevés. . .? Nos conocemos hace apenas una hora, hora y media a lo sumo. . .

—Sólo estoy hablando con tus locos interiores.

—¿En serio? ¿Y como podés saber lo que dicen? —agredido, herido.

—Soy un ángel, ¿te acordás?

—¡No jodás!

—Me sumerjo en la mente colectiva, por eso soy un ángel. ¿Soy un ángel porque leo la mente colectiva, o leo la mente colectiva porque soy un ángel? —imitó a Hamlet, otra vez bromeaba.

Pensó en él cuando llegó al puentecito. Abajo la acequia florecida de *chinas.* Imaginó de nuevo, como todos los jueves camino a su clase de Historia de la Ciencia en el edificio de Química, que aquel bosquejo de río la invitaba a bordearlo con Ricardo, a acurrucarse en algún rincón inexplorado por las parejas de amantes, en busca de paisajes escondidos y húmedos. Pensó en él, en que no le importaba, ni antes, que no la conocía, ni ahora que, como un regalo del Cielo, habían conversado en el Café de "Los Gemelos". ¿Por qué era tan indiferente? ¿Acaso era fea? Trató de verse en el espejo móvil de la acequia, pero ahondaba demasiado profunda. Apenas su silueta a lo Joan Baez se perfiló indecisa entre los platas oscuros del agua.

—¡Rosita!

Era Matilde, su amiga, no había logrado escapársele. Quería estar sola. Quince días después de "Los Gemelos", quince días sin verlo, como si lo hubiese tragado la tierra, quince días de ir creciendo en tristeza.

—¿Diai compa? La estuve buscando.

—Es que llegué tarde, y tenía que pasar a la Biblioteca.

—Ah... —Matilde la miró sin demasiado convencimiento— ¿Mal de amores otra vez?

—No —no pero sí, es que no me siento bien.

—¿Loviste?

—...

—¿Viste a Ricardo?

—No. Es lo mismo del otro día. No me ha buscado, Mati. No le interesé.

—Tal vez no sepa donde buscarte. ¿Le dijiste?

—Le dije lo que estudiaba.

—O está ocupado. El trabaja ¿no?

—Sí, pero tiene permiso. Dos tardes por semana.

—Bueno, entonces puede ser otra cosa, que esté enfermo, no sé...

—O que no le gustan las indias.

—¡Tan exagerada! En el Café estuvo muy entrador, ¿no?

—Ay, Matildita, me voy a morir. . .

—Nadie se muere de eso, chiquita. Ya verás como ahorita se aparece por ahí.

Le pasó el brazo por los hombros y la empujó hacia Química. Los taconcillos cuadrados de las sandalias resonaron sobre la madera del puente. Rosita era su mejor amiga, y ahora, y ayer, y desde hacía un año estaba enamorada de Ricardo, el barbudo, muy guapo, sí, pero no para morirse de desconsuelo como Rosita, ni para que se hiciera él tan merecido. Quiso ir a hablarle, echarle en cara el amor de su amiga, empezar la confidencia, pero se contuvo de aquel arrebato. Rosita era altiva como una princesa, jamás le perdonaría que la avergonzara. Mejor era concentrarse en la clase. Había "Quiz".

Escogieron las mismas materias optativas para estar juntas. Latín I, Deportes (Yoga), Apreciación del Teatro, Actividad Artística (Coro), Fundamentos de Sociología, Historia de la Ciencia, Matemáticas de Ingreso.

—¿Supiste lo de la reunión? —preguntó Matilde.

—Algo.

—Marcos quiere vernos.

—Hoy no puedo. Mamá llega tarde y tengo que alistarle la comida a mis hermanos.

—No sé. Dijo que le urgía.

—Sólo que a las 5. Tengo libre. ¿A usted qué le toca?

—Soda —se rió— Quería ver a "Rata" también.

—¿Para qué? Es pura boca, se compromete, habla, habla, pero no hace nada.

—No sé, él me dijo.

—No, "Rata" no.

En dos años Matilde había aprendido a tocar los puntos claves de su amiga. Uno de ellos consistía en hacer referencia a alguien incapaz, y hacer pender la amenaza de que se le encargaría algo importante. Rosita apuró el paso, el acicate había surtido efecto. La palabra "Rata" había disipado cualquier asomo de tristeza.

Pedro Montalbán González, maestro de oficio, judío errático de vocación, viudo sin hijos ya entrado en años, presionado en parte por la situación económica de posguerra, había decidido recorrer el país como vendedor ambulante, aprovechando la extensa red de carreteras construidas entre finales de la década de los veinte y principios de la de los cuarenta. Compró una camioneta Ford de segunda y se echó a rodar.

Frente a la rústica máquina de escribir de una oficina municipal, Montalbán conoció a Margarita Caputti Parma, italiana emigrada, soltera, de treinta y ocho años, de carácter difícil, y de una extraña belleza. Pelo negro, ojos ahumados, frente digna, cejas espesas, nariz un poco abultada, reflejaba en todo la sangre latina de Conchetta Parma, su madre, y del maestro constructor Vittorino Caputti, su padre.

Contrajeron matrimonio discretamente, después de un galanteo fugaz.

Haciendo largos rodeos y pequeños desvíos, buscando de paso los tramos abiertos de la Carretera Interamericana, deteniéndose en caseríos, pueblos y aldeas, Pedro y Margarita continuaron juntos el trabajo de vender y comprar. Los ingenieros y trabajadores de la Public Roads Administration —contaba Pedro— encargados del diseño y construcción de la enorme vía, fueron alguna vez sus clientes, aunque quién sabe si mentía o si confundía los nombres. El proyecto lo habían conducido desde 1930 Army Engineers, Public Roads Administration, Bureau of Public Roads, hasta 1959, fecha en que lo asumió el Gobierno.

En 1946 Pedro, aún solo, estuvo para la apertura oficial de la ya transitable ruta Cartago—San Isidro. Y en 1948 presenció con Margarita el inicio de los trabajos entre San Ramón y Río Abangares.

Los bordes boscosos, las minúsculas ciudades, las fincas ganaderas, los pueblecillos adormilados, el maíz, los altos montes, los volcanes, los ríos y los cafetales, les pedían quedarse.

Pero la comezón era mayor: ser siempre bienvenidos, ver viejos amigos, llevar y traer encargos de la capital. Y cuando el camino eterno y circular se estancó sobre el barro, estacionarse por algunos días en la casa de quien le prestó los bueyes o el Jeep para jalar la Ford, como el año anterior.

Una puerta de madera oscura indefinible, recortada contra la pared celeste, mugrosa de humo negro, a diez pasos de la parada de autobuses, enquistada en la ciudad siempre contaminada, enferma.

—Entrá —recogió un papel tirado bajo la puerta, ansioso. Era un panfleto anunciando fiestas populares en San Rafael Arriba de Desamparados. Patrocinaba el anuncio el "Salón de Baile El Albatros". Lo dobló cuidadosamente.

—Papel para un poema —se justificó mientras lo guardaba entre las páginas del cuaderno.

—Esto te hace daño, no deberías fumar —dijo Ricardo— examinando el apartamento.

—Ya vengo, voy a cambiarme —sonrisa de disculpa.

Se sentó en el suelo, recostado contra el viejo sillón de tela alguna vez crema y vino. Los tablones del piso sin pulir, limpiados a pura escoba y agua, reforzaban esa sensación de acomodo que adquiere un desorden demasiado permanente. No había suciedad, sólo el estereotipado desorden de libros y ese escaso polvo de las casas en donde todo se usa. Era agradable. A la derecha el pequeño dormitorio, y a la izquierda una puerta con salida a patio. Entró anudándose una bata de paño.

—Ahora sí te voy a atender.

—Y ¿el dolor de cabeza?

—Pasa.

—Es cansancio, sabés. Yo también estoy cansado. Desde la una metido en el Café del Teatro. . .

—¿Tenés muchos amigos?

—Bastantes.

—¿Deja las armas el hombre?

—Parece que sí, esa fue la impresión.

—Va a caer como una bomba la noticia.

—Ya cayó. Para la izquierda no es más que un traidor, o un apendejado. Para los de la derecha. . . nunca le creerán.

—Y vos, ¿le creíste?

—Se lo entendí, al menos. Matar muy escasas veces se

justifica, y hay hasta quienes prefieren morir que matar. Supongo que de pronto se le evidenció el absurdo de todo eso.

—Matar por ideas. . . por opiniones en el fondo, porque lo que es la verdad, nadie puede asegurar realmente que la tiene—ceñudo Altamirano.

—Podés estar seguro que, de tenerla, no matarían por ella.

—Y vos, ¿la tenés?

—¿Qué?

—La verdad. ¿Sos un ángel, no? —bromeando.

—Sí, soy un ángel, y no, no la conozco. Pero tengo sospechas —se rieron, cómplices.

—¿Sabés qué es lo peor? —continuó Niquita— Que al final tanta sangre no cambia nada, porque los hombres, ya en el poder, no son sustancialmente distintos.

—Cuidado. . . si te oyen hablar así vas a perder muchos amigos. No creer en la revolución en estos tiempos es casi de mal gusto.

—No tengo amigos. Además, creo en lo que todos, comparto el ideal común: hacer de la tierra un lugar "habitable". Para pensar así no necesito atrincherarme detrás de ninguna ideología. Decime, ¿qué hacés?

—Soy periodista, también escribo, poesía y cuento. Ahí lo tenés, el libro.

—¿Algo tuyo?

—Ajá, aquel: "Lo Fugaz", David Angeletti.

—Angeletti, ¿ese sos vos? ¡Qué nombrecito! ¿Sos italiano?

—No, pero no importa. . . No me voy a poner Ricardo Montalbán.

—David, David El Angélico. De veras que te lo crees, eso de ser un ángel.

—Ajá. Y el libro, ¿te gustó?

—Pues, ahora que te conozco, y todo el cuento del ángel, pues tiene más sentido el asunto ese de las peregrinaciones. Pues sí, está bien, para ser exactos. . . ¡muy bien! —le ofreció la mano, feliz, como un camarada, riéndose estrepitosamente, como en un pulso al aire que ninguno de los dos trató de ganar, ni conocer la fuerza del otro, que al fin y al cabo sabían, se comprometían a ello inclusive, no serían nunca rivales ni enemigos.

—Tu libro también me gustó, mucho. . . Claro, es una lástima que no fuera sólo tuyo. . . —miró hacia el cenicero. Contó cinco colillas de "hierba".

—No me digás nada, en serio, no me digás nada, ese asunto es sólo mío, y lo que está allí también —señaló varios originales.

—¿Y por qué no publicás, entonces?

—. . .

—¿Por miedo solamente? ¿O porque no estás seguro de lo que está escrito allí? ¿Cuánto más tenés que revisarlos?

—Son bellos. Eso es lo importante.

—Tampoco de eso estás seguro. ¿Cuánto te llevó escoger los que irían en tu libro?

—Por favor. . . dejémoslo así. Escuchame una cosa. Creo que te puedo enseñar algo, Angeletti.

Silencio.

—Has empezado bien, muchacho. Casi como todos nosotros. No lo pierdas. Aunque cualquier día tu modestia excesiva te pida renunciar, no renuncies.

—No entiendo, ¿Renunciar a qué?

—Al prestigio. Las almas puras sienten vergüenza de la sobrestima que le profesan los demás cuando hacen algo valioso. El pudor es el principio de esto.

—No debo ruborizarme, entonces.

—No debés renunciar a lo que sos, simplemente.

—Entiendo.

—Cuida tu buena fama, Angeletti. Es útil tenerla.

—Mjú.

Se aposentó el silencio. Altamirano estaba dolido, eso era evidente. En las escasas horas que llevaban de conocerse Ricardo había determinado un tema, una obsesión, un dolor. No era la soledad. Era el repudio. Altamirano había sido catalogado como escoria social, por quién, no lo sabía, pero en algún sentido "apestaba", o al menos él lo creía así. Sintió un profundo afecto por aquel solitario y supo que en algún sentido lo estaba esperando. Se escuchó hablar:

—¿Cuánto más vas a pagar, Altamirano? ¿Por cuánto tiempo? No está bien, mi amigo, no está bien. . . —algo parecido a una piedra se le anudó en la garganta.

¿Quién le hablaba así, quién se atrevía? Quiso volverse y golpear, pero permaneció inmóvil. La voz no lo avergonzaba,

no lo atacaba, fijaba un punto solamente, un secreto escosor de la conciencia que él mismo no se atrevía a llamar. Se aflojó. Ricardo siguió hablando, ¿qué decía? Se volvió. La voz, metida en un saco de luz, salía de la boca de un animal barbado, hermoso, de pelo de pronto largo por la sombra de la vieja lámpara en desuso que le quedaba atrás, de ojos claros por la penumbra, con un rostro tan profundamente conocido, consuelo de todos los consuelos, el amigo, santo Dios, de pronto el amigo, que le quitaba, porque sí, la espina, culpa de todas las culpas, de tantas voces interiores, de tanto pecado, imaginado o real. . .

Al lunes siguiente, dos días después, cuando por fin Altamirano salió a la calle, tropezó con un 33 dibujado contra la puerta. Compró el periódico. Estaba seguro de que había salido ese número en la lotería del domingo. Allí estaba, en la última página del diario, encerrado en un círculo de tinta negra. Sonrió, volvió a la casa, arrancó el 33 dibujado a mano por Angeletti y lo guardó entre la funda y la almohada.

—Hola.

Se volvió asustada, avergonzada.

—Hola—insistió— ¡hermosa, más que bonita, hermosa!

La miró de frente. Pinceladas de maquillaje apenas, el pelo larguísimo, negro, lacio, pulcro y libre; el pañuelito rojo anudado al cuello contra la sudadera oscura; los pequeñísimos mocasines de cuero virgen saliendo mínimos del pantalón vaquero. Como si lo estuviera esperando.

Para una buena educación la estaba contemplando ya por demasiado tiempo.

—¿Qué pasó? —ruborosa pero firme.

Se le sentó a la par. Era suya, lo sabía.

—Te invito a un café—dijo Ricardo.

Se montó sobre el tiempo de las princesas, ese ritmo de cosa merecida, de nunca demasiado ansiosa, aunque el amor haga siempre perder la compostura.

—¿Siempre mirás así? —preguntó Rosita.

Se puso de pie. El le llevó los cuadernos y un álbum rosado de esos que firman las colegiales con recaditos de buena suerte en los finales de curso. La tomó del brazo al ingresar al Café. Ronquidos interiores. Era la primera vez que los sentía. No dijo nada. Ella tampoco.

Sirvió en una bandejita lila. A pesar de que era tarde, 3 p.m. aproximadamente, prefirió suponer que ella tampoco había almorzado.

—Te traje de queso, ¿no importa? —al sentarse—. No me permiten. . . , no como carne, ves, y me molesta un poco el olor a muerto sobre la mesa —ella sonrió, aprobando.

Lo amaba. En la U lo buscaba por las aulas, a escondidas. De paso, siempre de paso, con amigos. Jamás una mirada para ella. Cuando apareció con aquella mujer, Beatriz, a la que presentó como su novia, se le cayeron las alas, a ella, las del alma, porque soñaba con caminar con él por las acequias llenas de ***chinas,*** allá, por la Facultad de Letras, y leerle sus poemas, largos, casi líquidos, cómplices desde el primer día, cuando

tropezaron en uno de los corredores y se golpeó la nariz, metálico seco, contra el botón del pecho de su guerrera. Y que no dijo nada, huidiza, sudorosa ante su olor de macho virgen, como ella hasta entonces, virgen.

—Sabés que me encantás con tu pañuelito rojo contra la "sweater" negra. Parecés una francesa.

Desde el primer día habla con palabras rosadas —se dice ella— y envuelve, y lima, y pule, para que nada duela.

—. . .no los deja venir —salieron los pensamientos por su boca.

—¿A quiénes? —preguntó él. Ella se rió, pero lo dijo.

—A los malos pensamientos.

Lo miró sonrosada, los ojos abiertos, alargados por espejismos flotantes, calor de las estepas, vapor de agua como de calles asfaltadas.

Estiró la mano hacia adelante para quitarle, para empujarle detrás de las orejas un largo mechón negro. Ella no se movió. No se asustó. Quería acurrucarle la mejilla en su mano no sabía por qué dorada, resplandeciente de amarillos. "Es el amor, escribió en su diario, que todo lo envuelve en oros".

—Tenías razón con lo de ALCOA —de nuevo Ricardo.

—¿Ah sí? —por qué no me hablaste después, qué ganas de decirlo por qué no me hablaste.

—No parecés.

—¿Qué?

—Tan apasionada, hablando por el altoparlante, tirando piedras.

—¿Y vos no tiraste piedras?

—Ajá, contra *La Nación* —se rieron de lo que ya conocían.

—Fue muy hermoso —dijo ella— tanta gente, los muchachitos de colegio. . .

—*Vos* estabas muy hermosa —ese día quiso conquistarla, eso no se lo dijo, ni que la andaba siguiendo, y cuidando, ni que la perdió en el tumulto porque se vio de pronto enrolado en la rabia de todos.

Lo miró hasta lo hondo. Lo miró hasta fundirle las entrañas. Lo miró con amor, con deseo, con ganas de que se la llevara. Ricardo entendió. Ahora era él el sonrojado. Se excusó.

—Perdón, se me salió el Leo. Anda por allí un poco mal puesto, y cuando menos lo espero se me sube a la cara.

Más duraba el sonrojo más se ruborizaba. Se puso en pie. Se enfureció. Pateó el suelo.

— ¡Caramba, qué necedad! —como si amonestara a niños microscópicos que hubieran invadido su cuerpo. Se puso blanco. Cambió el tema. Tomó su carpeta y se la entregó.

—Es un cuento mío. Para que lo leás. No, no ahora, en tu casa.

Siempre permanecía largo rato en el baño, y siempre a la hora en que todos dormían. Reforzó el pestillo. Abrió la carpeta. Muy aplanchaditas las hojas. Les dio un beso. Alguien la acusó de comportarse como en un pasquín rosa. Se contuvo. Las besó otra vez, rápidamente, como para no escuchar la voz interior que no la dejaba, ni siquiera en el baño, hacer las cosas como ella quería.

Toda la noche afuera. Las estrellas caídas sobre la ciudad aún parpadean. Los ríos luminosos de las autopistas se doblegan como puentes curvos. Sobre los montes oscuros, luces únicas dispersas, las cabañas de los solitarios. Siempre se descubre alguna más arriba. En la falda, ya cerca, los poblados vecinos.

El cielo azulando empuja la luna hacia el oeste, de paso hacia más blanca, aún amarilla, aún nocturna.

La casa rezuma olor a madera y a libro.

La primera noche de amor lo desvela. Rosita duerme. La almohada engañosa le permite liberarse del abrazo moreno que aún en sueños entre quejas amorosas lo reclama.

La larga entrega, aún reciente, lo aprisiona en el vaho de las memorias de infancia. Los higuerones de ramas mecedoras, los guayabales cargados, las cañas dulces tiradas como a descuido sobre la ruta al ingenio para morder y chupar azúcares líquidos.

Lo apresa la vigilia hamacado entre horcones, con la vista punteando hacia la ciudad, las oscuras cumbres y el cielo.

Le asombra descubrir de nuevo la inocencia, de nuevo la poesía. Al soltar su nudo de trenzas duras. Al besar sus pechos vírgenes abundosos como de mujer parida. Al rozar sus perfiles calientes.

Se estremeció al recordar las únicas palabras de su silencioso ofertorio: "Sólo a vos", le dijo, "sólo a vos".

Casi dejó dormido a Altamirano, casi venció su insomnio, casi viajó sobre alfombras humarascales en la sala demasiado pequeña ajena a los placeres del viento chiflonero, casi compartió su sacramental veneración por la hierba, si no hubiese sido por aquel redoble de tambores azontándolo con fuerza y su trágica cara de culpa compungida, de pideperdón y de casi todos sus dolores. Cerró la puerta con suavidad y caminó, las manos en los bolsillos, hacia el parqueo, hacia su casa, hacia el este.

(Me hubiera arriesgado a fumar, a destapar mis malentendidos de la infancia, y mis bienentendidos, mis vacíos de cueva de murciélagos, de chupasangres, de olores soporíferos. . . si no te hubiera visto arrodillado pidiendo perdón por estar vivo, confirmándote en negro con un mote más, *adicto,* otra culpa, otra humillación sobre tus hombros, otra vergüenza que buscar en el espejo, nuevos rasgos que esculpen una imagen también maldita sobre tu cara. No fumes más, no fumes).

Al bajarse a abrir el portón le revolotearon encima. Un ruidal de alas negras. Las alas blancas no revolotean así, se dijo, se posan majestuosamente, con lentitud de vuelo demasiado poderoso para correr, palean apenas a media brisa, muy tenue, y perceptiblemente perfumadas. Luna en el cenit, a diez horas de la noche subiendo. Demasiado temprano para bromistas o para un asalto. Al fondo la cabaña iluminada, los niños, la mujer esperando. Revolotearon de nuevo, encima de sus hombros.

Sintió el picotazo, duro, fuerte, en la nuca, para romper. Nada saltó, ni la sangre ni el hueso. Pensó en la rotura. No había líquido. Pesaron las alas de nuevo, posando, como dando alas negras a su cabeza. Mordieron la oreja derecha. No sangró. Firme la retuvo a puro pensar. Ni la izquierda. Todavía se le agarró, garra y pico tozudo, al cuello, tirones para desgarrar, tirones para quebrar, para romper la piel banca por la luna platina, descobijada de nubes, asombrada de luz atmosférica sobre la burbuja verde del campo.

Estiró la mano, cogió, apretó, garra cuando se necesita, "no matarás", recordó, apretó el cuelo negro, viscoso de pluma sucia, maloliente, hasta que oyó el chasquido, el quebrarse y resquebrajarse haciendo ecos en el aire. Aún aplastó la cabeza con la bota. Hasta que saltara la sangre negra, una y otra vez.

Lo dejó allí cuando estuvo seguro de que no se movería. Caminó hacia el coche, tres pasos más. Se pasó el pañuelo por la nuca. Nunca sangró. Las orejas. Tampoco allí. Sobre la cabeza y las ropas. Sintió de nuevo la brisa. Los perfumes verdes.

No volteó a ver. Saltó al "jeep" y rodó sobre el césped recién cortado los cien metros que le faltaban para llegar a casa. Atravesó en diagonal, acarició los perros. Hoy fue breve. Ellos comprenderían. Se escurrió a un lado sobre los adoquines. Se negó suavemente a las rosas espinudas que lo tiraron de la ropa. Abrió con prisa, con temblor en el pecho, con mareo. Se quitó los zapatones para entrar y los llevó al lavadero. Encendió la lamparita, todo en orden. Oyó a Rosita llamar desde arriba. "Un esfuerzo más, Angeletti", se dijo.

—¡Hola! —sonrojada por el amor, complacida.

—Hola, mi amor.

—¿Cómo le fue?

—Bien, ¿y aquí?

—También. Vino Ramón a buscarlo, dijo que volvía mañana. ¿Va a comer?

Podría caerle mal, por como venía, por lo de la criatura, pájaro o ángel negro. Asintió.

—Pero primero voy a lavarme.

—¿Y los zapatos?

—Me metí en un charco, los puse en el lavadero. Ya vengo.

Agua fría sobre el pecho y la nuca. Le pidió que lo lavara, cuerpo y alma, más al alma que al cuerpo. Se miró en el espejo. La barba se le había quemado en las puntas y parecía más rojiza que de costumbre.

El chocolate ahumaba y perfumaba, como todas las noches siempre que no fuera demasiado tarde.

—Le compré un perfume —dijo Rosita, y lo abrió y le frotó la nuca y las orejas, que ardieron y soplaron hacia afuera. El ruido fue mínimo. No hizo falta decir nada.

Bebió el último sorbo, se limpió con la servilleta, dio las gracias al Resucitado de la pared, se levantó, le dio un beso a Rosita, ella le peinó con la mano los cabellos mojados y se acomodó al abrazo suavemente.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó él al ver la luz del estudio encendida.

—Cuentas. El informe para el Banco. Es para mañana. Todavía me faltan dos fórmulas.

—¿Te ayudo?

—No, mi amor. Mejor revisa los papeles que le trajo Ramón. Acuéstese, no trae buena cara. Yo ahorita voy.

—O.K.

Agradeció que Rosita lo adivinara. Subió hasta el dormitorio. Entró al baño. Se lavó los dientes. Cerró la portezuela y de nuevo quedó frente al espejo. Se frotó el pelo. No le gustaba dormir con el cabello mojado.

Tanteó en la parte alta del guardarropa la llavecita. Abrió. Allí estaban. El par de alas de papel muy fino, blanco envejecido. "En algunos años tendrán color de té", pensó. Tomó primero la derecha. Observó el amarre, forrado en tela para no maltratar. Se la ajustó. Fuerte en la cintura. Después la izquierda. Amarró accionando cuidadosamente. Se miró en los aletones del ropero. Así cruzado sobre el pecho, con aquellas alas enormes rozando casi el piso parecía un Héroe de caricatu-

ras. "He aquí al Angel, se dijo, aspiración suprema del hombre", se dijo, habló sin pronunciar palabra.

Esa noche, recordó, en sueños, su "descendimiento": Para una procesión de Semana Santa lo dejaron, vestido de angelito, claro está, en media calle. Dos hombres que cargaban unas andas en papel morado y rosa dijeron "aquí está el angelito que faltaba", y lo subieron cerca del Resucitado. Se agarró fuerte, fuerte, y lo miró inmutable toda la procesión, que cruzó muchas esquinas. En la Iglesia llena de humo lo bajaron.

Después que se fue todo el mundo se sentó en una banquita a esperar. Eso le habían dicho, los del Cielo, claro está: esperar, es todo lo que hay que hacer.

Después llegó la señora, con un sombrero de paja amplio, vestido celeste y guantes blancos. La cartera era de paja tejida también, y los zapatos también blancos. Lo agarró de la mano y le dijo temblorosa y con lágrimas: "Santo Dios, ya te había dado por perdido".

Fue la única vez que le habló como a un ángel, las otras veces se limitó a tratarlo como a un niño: que mandarlo a la escuela, que prepararle su almuercito de pan con mantequilla y mermelada, todas esas cosas. Hasta la Universidad. Apenas ingresado, en la mecedora, frente al otro señor, se murió.

Entre ellos las cosas fueron siempre como en una misión secreta, tan secreta que ninguno se daba por aludido. Por supuesto, nunca hablaron de su encuentro de la primera vez, es decir, de cómo lo recogió, recién llegado del Cielo, después de una procesión, un Domingo Santo, un día de fiesta.

Don Pedro Montalbán González, maestro, vendedor ambulante, fijó su residencia no porque quisiera, sino porque le venía un hijo, se le cayó un diente, y porque el largo invierno lo obligó a estacionar la camioneta y a montar un pequeño bazar con la mercancía del viaje interrumpido. Negoció una modesta casa en los suburbios.

Fuera de su ombligo y de unos padres anónimos de quienes no le supieron dar referencia alguna en el orfelinato, no había nada suyo sepultado en ninguna parte. Decidió enterrar el diente, ponerlo como piedra, como ombligo angular de su nueva casa. Al irlo a sembrar, cuidadosamente acunado por terroncitos húmedos, se lo tragó una de las cluecas del vecino. Se la compró pretextando una celebración cualquiera.

Prefirió matarla él mismo. La tomó por el cuello. Retorció, tiró, crujió. No moría. Haló de nuevo, retorció, crujió, tiró. La vio patalear, alocada, pujando por salvarse, los ojos cristalinos desorbitados de dolor y de miedo. Se dijo que el terror a la muerte era común a todas las criaturas.

Acabó por cortarle el cuello de un tajo seco. La sangre escurrió, boca abajo, roja como cualquier sangre. Apareció el diente. Lo enterró en el solar al pie de un árbol de mango. Ya en la mesa su buena conciencia le pidió no volver a comer carne de gallina y con los días le exigió más, no probar carne de animal alguno. Acabó siendo vegetariano.

Acabó por plegarse a sus requerimientos, guardando sólo la previsión de que el amor no lo absorbiera todo. Separó tiempo para trabajar y algunas otras actividades fuera de casa, mínimas. La finca pasó a manos de Rosita. Con pocas palabras en la mañana, y pocas menos en la tarde, todos hacían lo que ella quería. Con él siempre habían sido tardados, como ofendidos. Con ella se apuraban a hacer. Acaso por su pelo de lujo, echado al aire, o por aquellos perfumes, mitad aroma suyo, acaso por sus enormes ojos rasgando detrás de la mirada, o por la risa, contagiosa todo el tiempo, o por la voz, que a él se le antojaba cariñosa.

El también fue dándole forma. De aquel animalito con

ojos de resentimiento había ido sacando, a sólo mirarla nada más, aquella mujer tremenda, aquella reciedumbre amparada al escudo de su deseo, de saberse con dueño.

(La Vida vuelve y envuelve a los amantes en su ceremonial repetitivo, hasta que un giro de caracol los recoge y los hace pasar a un círculo más amplio o más difuso, pero siempre el mismo, para los mismos, en la enorme espiral en donde miríadas de enamorados circulan sus esferas apretadas, amándose, pasando las edades, amplia la memoria por la repetición de nacimientos y de muertes, más transparentes quizás, más etéreos, pero siempre uno tras la huella del otro, buscando cada vez el abrazo que recomience el nido).

Cuando Rosita descubrió las alas un día domingo debajo de la cama, no preguntó lo que eran. Las sacó de allí y las puso, verticales, en el guardarropa. Guardadas no envejecieron más, fijas en su color del tiempo que hasta entonces corría.

Bajó hasta el estudio. Rosita aún no terminaba. "Ya casi", le dijo. Enfiló hacia los anequeles, a la sección de escritores nacionales. Encontró el libro de Altamirano que andaba buscando. Miró su colección. Era bastante completa. Acaso fuera de los pocos que leían con orgullo a los autores nacionales. "Si es tico es malo", parecía rezar el complejo. "El libro no puede competir con el televisor. El libro es solitario, la televisión familiar", rezaba el argumento secreto. Repasó de prisa, saltando nombres. Los conocía a todos: su estilo, sus temas, sus obsesiones, cada ángel particular cuando eran verdaderos creadores. Y, por supuesto, conocía también sus pecados capitales: los mecenas oficiales laborando en provecho propio, la envidia enquistada, la maldad anidando en la poesía. . . ¿Pero, escogían realmente las musas a sus servidores? Sorprenderse muchas veces ante criaturas defectuosas, instrumentos de alma retorcida, que escupían, sin embargo, babeaban, música hermosa.

Leyó casi hasta la medianoche.
Rápidamente anotó:

Nicanor Altamirano: Es un fuego violento. Le irrita la vida, como si fuera un suplicio vivirla. La atmósfera que proyecta es densa, comparable a un páramo de árboles embejucados, piedra y nieblas. En algún sentido es un héroe venido a menos. Toda acción le está vedada, como un castigo, como un destierro incluso de la patria a la que pertenecen los de su clase. Es oscuramente violento. Podría jurar que es su alma la que se rebela. Como un guerrero al que se obligara a ejecutar labores caseras.

Nicanor Altamirano: un soldado sin guerra que pelear ni tareas viril que lo reclame, porque todos los sitios están ya ocupados.

Altamirano escribió también, hasta la madrugada:

Nadie siente orgullo de su rostro, hasta a los bellos resiente su cara. Como si el adentro no se reconociera en el afuera. Asombro, disgusto, extrañeza en el espejo. Locura exhibirlo, reproche de multitudes al ingresar, tu cuerpo. Entras en un foso horizontal de estiércol líquido, tu cuerpo mierda de voces indescifrables; cada una enjuicia tu mal, se persigna, se espanta, se erecta sobre tu inmundez: Regresas a tu cuerpo aún dormido, sin rictus, sobre el lecho.

Lo que seas, la porquería de otros lo señala, lo apunta, ¡fuego!

En la mañana están allí, vuelven todas al unísono: las voces.

No hay *salida,* sólo *adentro.* A no ser que esperes a que tu rostro, el rostro de aquella luz apenas perceptible, voz muda, ojo puro, pura mirada, ojo interior, pensamiento sin juicio, sólo mirar, sólo mirada, se te vuelva piedra de cal, máscara de piedra caliza sobre tu cara. Porque con disfraz o sin disfraz te reconocen, apuntan y disparan a tus imperfecciones: que demasiado gordo, que demasiado grande el pie, o el trasero, o las ubres abundantes; que medianamente vulgar, o demasiado civilizado, cursi te dicen; que muy común la ropa, demasiado chillantes los zapatos. Más tarde las preguntas que nadie se atreverá a hacer pero sobre las que todos, inquisidores, piensan, las anécdotas de tu vida sexual: tus masturbaciones cotidianas, si las hay, tu cara de soltería empedernida, o por el contrario tu aspecto de demasiada satisfacción, de baba libertina, en fin, el ojo, el Santo Ojo del Maldito que siempre mira a mal.

Aquí en casa, en cambio, sólo hay la mirada de Nadie. Cierta personal e incuestionada belleza que alcanza; con el tiempo, a llegar hasta tus bordes, y aflora, y entonces, en esos días de covacha tibia, de todo el día contigo, conversando tu parición de maravillas, duermes y aterrizas temprano en el amanecer con la sensación magnífica de ser cada vez mayormente un ángel, sí, Angeletti, te entiendo, un ángel de alas enormes y extraordinaria belleza, extraordinaria, dulce, inocente, ingenua belleza. Cuando has estado así, largas horas a solas con tu propia presencia, con el don de tu hacer, hasta tu exterior cambia, te pareces más a ti mismo, te bronceas de luz

interior, esa luz blanca, te inundas de aprobación, y si sales, accidentalmente acaso un día en que asumes erróneamente, claro, la ciudad como un paseo de campo, entonces el blanco de tu rostro sorprende, la cara antes de salir, en el espejo, coincide con la que crees tener mirando desde dentro. Entonces te paseas entre amigos, sonriendo. Ciertamente es menos el estiércol líquido al amanecer esta vez.

Dolor para los ángeles interiores. ¿Podrá Angeletti. . .? ¿Tendrá él también su propia hez líquida para sumergirse en el amanecer? ¿Qué sientes, Angeletti, cada mañana al *entrar*? ¿Perfuma lilas tu cuerpo?

Vestirse, acicalarse. ¿Me veré bien, me verás bien, me verán bien? ¿Me tirarán pavas las escopetas?

Lucho contra fantasmas que aún me acosan: el lechero, el cobro del panadero, el toquido equivocado sobre la puerta, las noches de salida obligatoria, mis alumnos, el colegio. . . Pero prospero, escarabajo al que ya pocos miran, asciendo incontenible hacia mi sola presencia, ya casi fijo, sin quién sabe qué lúbricas o criminales extrañezas.

En nuestra casa establecida a 100 metros de la bomba de gasolina, justo al amanecer, con levedad de apenas la aurora, nací yo, Ricardo Montalbán, alias David Angeletti. Me persigné, taponé la nariz del alma y salté. Ya sobre los bordes abandoné la memoria, y empecé, no sin desgano, el repetitivo agravio del nacimiento, el crecimiento y la muerte.

Crecer. Años de alguna manera perdidos, pero tan importantes por la indefensión con que el alma, sin memoria, recoge los datos acerca de lo bueno y lo malo, lo que debe ser y lo que debe hacer en el futuro. "La vida es un valle de lágrimas" escucha decir a algunos, y a partir de esa oscura información empieza a buscar las lágrimas. La risa no, las lágrimas. "Un hombre digno trabaja hasta reventar", oye decir, amenazante, a su padre, y reventará, seguro que reventará, cuando crezca, si alguien no desmiente a tiempo a aquella autoridad descomunal. "Parecés una puta, sos un imbécil, ¡inútil!, no vas a llegar a viejo. . ." le dicen, le enseñan, lo programan para el futuro, las múltiples voces.

Otros con más suerte escuchan ecos parentales en sus cabezas invitándolos a ser bellos, inteligentes, buenos, felices y triunfadores.

Yo no escuché nada. Dentro de mí hay un teatro vacío. Visionarios de paisajes memorizados o imaginados, mis padres eran ajenos e indiferentes. Ellos se pertenecían. Nada podía competir con la complicidad de su memoria común.

Muy pronto alargaron el cordón umbilical hasta donde yo quisiera. El bosquecillo, el cafetal, la tienda. Ensimismados en su amor y en sus sillas mecedoras tal vez demasiado pronto para mí, no dijeron nada, no programaron nada. Nunca logré penetrar su círculo.

Antes de mi nacimiento habían vivido tres años en el viejo Ford y en la covacha de campaña que mi padre levantaba en los poblados (a veces prefería un hotelito modesto). Vine al mundo en la pequeña ciudad donde acamparon al fin definitivamente, con cientos de peregrinaciones a la espalda, algunas de un caserío a otro, otras de más amplios territorios, cruzados sobre ruedas, nunca por ríos o por mar.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Romper capítulos? —preguntó.

—No. Te voy a hacer repugnante, Niquita, voy a excretarte.

¿Es que habían hablado alguna vez de cómo lo impresionaba el mito del chivo expiatorio? ¿De cómo le dolía no haberlo sido realmente, haber desaprovechado aquel aislamiento infructuoso? Ricardo intentaba darle sentido al tomarlo para un libro, lo espurio lo voy a representar en vos, le dijo. Sería su *Tersites*.

—Me suena muy grueso... Si alguna fijación morbosa he tenido con la imagen del paria —sonrió apenas— después de esto quedará satisfecha.

—¿Querés que te lea?

—Ajá.

—No es nada nuevo, es una corrección que hice a final de capítulo, sobre nuestro primer encuentro. Lo de la lotería, el número dibujado en la puerta, ¿te acordás?

—Ah, sí, ya sé. ¿Lo cambiaste? A mí me gustaba.

—Un poquito, nada más. Conservo la imagen del ángel, sin mayor trascendencia, sólo como un arquetipo.

"Se dejó invadir por la voz atemperada del ángel, de aquel animal barbado de pelo largo —de pronto largo por la sombra de la lámpara que le quedaba atrás—, de rostro tan profundamente conocido, consuelo de todos los consuelos, que le quitaba porque sí la espina, la persistencia de las voces interiores, de tanto pecado imaginado o real.

"—¿Te gusta? —preguntó.

"—Por supuesto. Un poco quizá demasiado poético para ser prosa, pero está bien, la intimidad del momento lo permite.

"Fijó la vista. Correspondían el momento y la descripción recién leída. Magia de la literatura, de la palabra que se filtra, que invoca, que evoca lo que nombra al decir de Heidegger, porque lo que es, lo que se manifiesta y permea, no es otra cosa que materia pensante, logos espermático derramado, al decir de San Juan de la Cruz. Y la literatura los llevaba allí, a

seguir hasta donde ellos quisieran, a montarse sobre un torbellino de imágenes, o a la súbita execración del punto y aparte.

"El silencio le exigió volverse de espaldas. Recordó su fealdad mítica, como de viejo centauro alguna vez pedagogo, formador de hombres, ahora acontecido en un cuerpo maltrecho, roca encantada, habitada por él a la vera de algún camino sólo por festejarse en la vida terrena, por el placer de algún soliloquio de viajero. Su cuerpo, piedra musgosa a la que sólo se pide la mínima latencia para albergar un alma.

"Se movió sobre la alfombra, se corrió hasta quedar rozando las espaldas él en el piso, el ángel en el sofá.

"Recostó su cabeza en la rodilla del ángel. Este permaneció fijo, adivinando lo que quería, preparando su propia reacción. Largos minutos sin pedir más, fijo, embebido de aquella compañía de pronto un poquito más íntima. Ricardo no pestañeó, como si suplicara, prédica de la respiración detenida, que no fuera a más, que no cruzara puentes que él no estaba en capacidad de levantar. No cruces, por favor, no cruces, no hace falta. Quedemos donde nada culpa, donde no hay que imponerse, ni disculpar, ni solicitar permisos que nadie dará para querernos, para sentirnos bien en nuestra compañía.

"Tiempo detenido otra vez. Pensamientos que van y que se posan, y que nada nuevo traen a la barca dislocada por la novedad. No se movió. No pidió más. Atrapado el bombeo del corazón en alarma, Ricardo posó la mano sobre la cabeza de su amigo, y allí la dejó".

—¿Te gusta? —preguntó.

—Por supuesto. Un poco quizá demasiado poético para ser prosa, pero está bien, la intimidad del momento lo permite.

Fijó la vista. Correspondían el momento y la descripción recién leída. Magia de la literatura, de la palabra que se filtra, que invoca, que evoca lo que nombra al decir de Heidegger, porque lo que es, lo que se manifiesta y permea, no es otra cosa que materia pensante, logos espermático derramado, al decir de San Juan de la Cruz. Y la literatura los llevaba allí, a seguir hasta donde ellos quisieran, a montarse sobre un torbellino de imágenes, o a la súbita execración del punto y aparte.

Entre los recuerdos más queridos figura aquel de mi primera procesión como angelito repartidor de flores acompañando al Crucificado un Viernes Santo, a las tres de la tarde o más, con las canastitas vacías por el luto, angelito doliente entre incienso y aglomerados de un todo móvil, al ritmo de las andas rengas por la pequeña estatura de mi padre, quien entonaba cánticos doloridos, grises me parecían a mí, como de despedida, como de recordatorios muy tristes que se van perdiendo en pos de imágenes más alegres, la del Resucitado tal vez, la del Cristo Rey vestido de blanco triunfando sobre la muerte.

Lentamente aparecen en la memoria los paisajes, y la casa modesta, última en la sucesión de otras casas modestas, desembocando en los arrabales de una terminal de finca. Y llegan al alma el pasto, los hirsutos rincones del liquen y la tierra llovida. Las tersas curvaturas tibias, colina, monte, oquedad del valle, llano, Los guayabales, los troncos corajudos, las flores estrelladas, los mangos dulcísimos, los cases ácidos, pero sobre todo los huevecillos plateados de la lluvia arreciando contra los árboles.

Y, por último, las horas muertas de la tarde, cuando algún profesor de artes se extraviaba en el invierno de goterones rudos, y la voz de la maestra con su acento mínimo como de orador acostumbrado a la cóncava voz de las evocaciones, leía cuentos y novelas infantiles, ahuecando y subiendo las sonoridades, mínima en inflexiones teatrales, mientras las aguas, rebotando sus aceradas faldas cortas, rompían piedras de hielo en el cristal resbaloso de los corredores.

Una tarde de invierno murieron los viejos. Fueron dos también para morir, sentados uno frente al otro en sus mecedoras de mimbre, poco después de mi ingreso a la Universidad. Se apagaron de pronto y a la vez, uno frente al otro en el corredor, cual si hubiesen envejecido de repente, apacibles y conversando, impenetrables y ajenos en el pequeño círculo delimitado por su amor y por sus sillas de mimbre.

(Alguien dijo alguna vez que tal cosa no era posible. Que

nadie se muere acompañado. Que debió ocurrir un accidente o algo así. Yo les digo que los que se aman siguen juntos).

Un furgón de gasolina que llevaba combustible para la estación de servicio cercana, perdió los frenos y se estrelló contra nuestra casa. Los viejos estaban en el corredor. El enorme aparato cayó sobre ellos. No explotó. No se incendió. Murieron instantáneamente.

Un año después lo vendí todo. La tiendita, los dos caballos, los potreros. Compré un viejo "Willys" de posguerra y emigré a la capital. Con la partida rescaté una vieja sensación familiar: la de haber dejado algo atrás.

Rosita pintaba, por afición, artesanías de madera, verdaderos Gaugains primitivos, rudimentarios los platones, las cajitas, las tablitas para el pan, generalmente intocados por los compradores que los preferían como ornamento de los rincones rústicos de sus casas, quizás entre planchas tizoneras, tarros lecheros cromados, helechos en macramés colgantes, hamacas de hilo blanco de puntillosos dibujos preciosistas bordados a nudos, piedrecitas de río, ceniceros de barro en coloraciones marrón o rojinegras, y jícaras secas para alguna sed imaginaria, al lado de gigantescas flores de papel multicolor.

Cuando Ricardo pidió su mano, doña Eugenia lo juzgó demasiado flaco y hippie. No estuvo de acuerdo con la boda, por lo que no asistió a la ceremonia. Fue una especie de festival Woodstock en miniatura. Aparte de las flautas dulces, del Ave María por la mejor soprano del país, compañera de estudios, de la guitarra eléctrica lamentosa de Santana en cassette, y de Schubert soñando el amor en el piano de Jorgito Gálvez, en el atrio los camaradas de la izquierda, con tocacintas, lanzaron el arroz y "El Cóndor Pasa".

Un año después Ricardo jugaba al fútbol frente a la casa de doña Eugenia, punteando balones improvisados con los hermanos de Rosita, sin problema.

Ya casados continuaron con la militancia. El grupo no era grande, pero sí entusiasta: querían la revolución, eran sinceros. Viajaban kilómetros una vez por semana para reunirse con los compañeros a estudiar las directrices de Mao, las enseñanzas del Ché, las clarificaciones teóricas de Lenin, y finalmente los postulados, las premisas silogísticas de Marx. Pronto las demandas de la guerrilla sandinista solicitando con urgencia creciente dinero, armas, medicinas, dinero, pertrechos, armas, dinero, armas, medicinas, pertrechos, y que de paso incluían la sugerencia muy natural de que se tomara el dinero "prestado" en alguna sucursal bancaria, los hizo plantearse la posibilidad de un entrenamiento en el Caribe. Al fin y al cabo eran clandestinos. El jefe, fundador y estratega, negoció con Cuba. Años atrás él y su compañera habían hecho el curso. El potencial explosivo del grupo era evidente. De Cuba solicitaron las calidades de los propuestos. Posibilidad para seis. A vuelta de correo recomendaron a . . . y mencionaban seis seudónimos.

Rosita y Ricardo estaban en la lista. Se miraron. Se hicieron mil promesas con los ojos, mitad de amor, mitad revolucionarias.

Viajaron por Chile. Un mes allí. Se entrenaron en principios de guerrilla urbana. El malestar contra Allende hablaba de debilidad, y los moralistas, mujeres por lo común, de su vida privada. Ya en la Isla, antes de ingresar al campamento, vivieron en una pequeña casa del interior, a pocas horas de La Habana. Hasta reunirse los seis. Rudy se fundió. Lo fundió la melancolía, el recuerdo de la casa, la mujer y los hijos, y el esfuerzo de estudiar, cosa que no hacía desde niño. Beto, Dulce y Fabián dieron la talla. Beto en explosivos. Dulce y Fabián en guerrilla rural y en armas. David (Ricardo) en inteligencia. Marta (Rosita) en logística urbana. En las noches se reunían alrededor de una fogata olorosa a yerbajos y a nostalgias inconfesadas, y cantaban, cada uno a su patria, sin decir nada más de ella que la adivinanza natural de los acentos, los cantaítos andinos, los retumbos caribes, y el arrastradito de los países centrales.

Marta y David, como norma de seguridad, no dijeron nunca que eran esposos. Por allí empezaron los celos. Porque la Petiza, o la Tere o la Vietnamita le hablaban de su marido, sin saber que lo era, y abombaban de suspiros la sábana caliente. Y él, por su parte, entre pedir excusas, y sentirse el valiente, allí con aquel uniforme verde verdadero, más perfecto que el más perfecto concebido en sus fantasías adolescentes, le decía, rudeza y dulzura desorbitadas, con firmeza, que un revolucionario no anda por allí enamorando compañeras. Y es que allí se sentía en fuego, pues los ojos admirados se le embriagaban de mirar tanto guerrillero legítimo. Juan, por ejemplo, fundido, melancólico, paseando sus heridas, musculosos verdugones del cuerpo, y aquellas otras indescifrables, tan dolorosas, del alma, que lo hacían evadirse, flotar apenas sobre la mollera, sobre el pelo gastado de una boina heroica y guerrillera. O Manuel, "El Boliviano", se decía, confesaba sin tapujos y contra toda norma de seguridad, acaso porque se sentía viejo y ya no pensaba en "volver", en irse de allí. O Pedro cuyas clases lo obsesionaban por las vividas charlas sobre el frente. Y Fabio, el del pie tronchado y la espalda agobiada por las torturas. Pensaba en ellos cuando salía del baño, a secarse al aire fresco de la madrugada.

Tampoco habría servido decirle que las revolucionarias no sienten celos, porque allí sólo había el compás, pás, pás, paso, un, dos, tres. Porque ella lo era. Y limpiar las armas, y conocer los puntos mortales del cuerpo, y fabricar un arma con casi nada, y la obsesión de repente, nueva, de la sobrevivencia y a ratos el ping pong, en dobles, a ver si conversamos, a ver si no discutimos y me crees.

Regresó primero. Estaba segura de que su madre la necesitaba. Y si bien "alguien" del Partido suplía sus gastos, y lo seguiría haciendo mientras ella estuviese fuera, consideró que ya era suficiente, y por otra parte, que era mejor poner tierra de por medio entre Ricardo y ella. Que se quedara con sus matonadas de iluminado escogido, elegido revolucionario para privilegio, dicha, rescate y gloria de los pobres. Pasó a Chile. Suelta de crin y cola, envalentonada por todo lo que sabía, llena de compasión por todos, se sumó a la alfabetización de los mineros, y suavizó con exégesis personales la doctrina. Un último mes. La fueron a buscar de emergencia. Debía irse. Había rumores. Rumores de golpe contra Allende. Salió de Chile el día anterior al Tancazo. Pero se le quedó aquel dolor entero en la memoria.

Veintidós días después regresó Ricardo. Y salteados, un día sí y dos no, Fabián, Beto, Dulce, y Rudy que aprendió a esconder la vergüenza mirando sin mirar, como quien mira lejos o cerca, mientras conversaba en la acera, en las reuniones o en los entrenamientos de montaña. Se abrazaba a su mujer en las noches, zambullido entre los senos, y allí apagaba las lágrimas, que se devolvían como atemorizadas por aquellos dos gigantes. Se fue distanciando del Partido, una semana sí y otra no, y después dos no y una sí, y luego tres, y ya no volvió ninguna.

Se reconcilió con Ricardo. De allí les brotó el primer hijo. Pero antes tuvieron tiempo de organizar dos asaltos bancarios. Y dos secuestros fallidos. Siempre sostuvo, allá, en su interior, que probablemente todos eran tan sentimentales, que la política del secuestro no les funcionaba. En algún escondrijo del alma temían por la vida del sujeto, y además, aquí entre nos, entre risas, debajo de las cobijas, decime, ¿no te daba lástima?, ¿no fue una suerte que escapara?, sí pero el susto fue ayer, con la policía, y allí están Dulce y Fabián,

presos. Sí, mejor no nos reímos. Qué susto. Qué miedo. Qué risa de susto y miedo.

De los otros operativos no sabía gran cosa. La verdad es que no sólo ellos inventaban asaltos y secuestros. Proliferaban los grupos, nacionales y de combatientes extranjeros que se tomaban alguna vacación aquí y de paso organizaban operativos relámpago para allegar fondos a su causa. Cuando la revolución nicaragüense arreció la policía dejó de dar abasto, o empezó a hacerse de la vista gorda, tal vez por la benevolencia del pueblo que no exigía apresar a los culpables (¡esos buenos muchachos levantistas!), y del gobierno mismo, colaborador abierto, público y reconocido en el derrocamiento del General Somoza.

Cayó Somoza y todo volvió a la normalidad. Para entonces Rosita ya había escogido la casa y el amor, que no la Causa Armada. Dos veces se había visto en el trance de matar (¿fue en Chile, fue en Nicaragua?) y no había podido. Miró la resaca: casi todos despojo de amores desbandados. Sólo el jefe permanecía —acaso por más viejo— con su compañera, y ellos, que se habían aferrado al amor para no perderlo. Urgó en la memoria sus primeros encuentros con Ricardo, y aquel choque furtivo en el corredor de la Universidad, cuando la marcó para siempre su olor a macho virginal.

Y con todo aquel arsenal de memorias amorosas, y las muy recientes memorias de la maternidad reconstruyó su casa. Se dijo que no había lugar en la tierra en donde quisiera estar sino allí, deseosa de cumplir las más primarias funciones de la vida, su arquetipo Madre, su arquetipo Compañera, su arquetipo Amante enamorada amantísima. Y allí se quedó.

Costa Rica no necesita una revolución armada, dijo Ricardo en su discurso breve, sobrio, de despedida.

Rosita y yo nos salimos del Partido. No queremos que haya resentimientos, ni sospechas. Nada ha cambiado. Nada se sabrá por nosotros. Seguimos siendo compañeros, y esperamos que sigan siendo nuestros amigos. Algún exacerbado, después, habló de la necesidad de liquidarlos. El jefe le recordó que estábamos *aquí* en un espacio tiempo, que, quisiéramos o no (quién no lo iba a querer) nos marcaba ciertas condiciones, y que, por favor, le quedara claro de una vez que a los compañeros nadie los iba a tocar, que primero muerto él y

profanado su cadáver. Han sido honestos, dijo, antes y después han sido honestos, repitió, dolido en algún lugar del alma, escuchando aún las razones de Rosita, cuando, entre lágrimas y prisas por decir lo que la ahogaba, se despidió de todos ellos, en el sepelio de sí misma, de la Rosita que había sido, apasionada y firme y sentimental en su revolución, amorosa más que política. Porque amaba al ser humano sin grandes complicaciones filosóficas o ideológicas, y había hablado con verdad cuando decía que luchaba por darle educación y pan a todos los niños del mundo.

—Por la gloria de Dios (algunos murmullos, mínimos) nos tocó nacer en un país privilegiado —dijo en su despedida—. Y no voy a ayudar a destruirlo.

Ya en la casa agregó, a solas con Ricardo:

—Si es un premio haber nacido aquí, voy a disfrutarlo. Tal vez en la próxima encarnación nos toque nacer en un país en guerra.

Pocos años después el Partido se deshizo. Primero como opción revolucionaria armada. Entró en la arena política junto con los otros partidos de izquierda, a los que se otorgó permiso legal de existencia. Después como agrupación política fija. Algunos, los más recalcitrantes ingresaron al Partido Comunista; otros siguieron una vida normal y otros más, como Arturo Rubio Carvaca, ya habían intentado hacer casa aparte. Fabián y Dulce, en la cárcel, intentaron una carrera universitaria. Fabián lo logró, Dulce no, la depresión, una pesadumbre vieja que venía desde atrás, desde niña, como de haberse equivocado de planeta, le comía las fuerzas cada vez que empezaba algo. Años después les conmutaron la pena, y ya en libertad Dulce se casó con un ex miembro del Partido, y Fabián se fue a trabajar, de abogado, en el interior del país, donde nadie lo conociera.

Lo demás es toparse de pronto con algún excompañero; es abrazarse y preguntar ansioso cómo estás, te va bien, lo lograste. Ahora sí, ahora sí, jurarlo casi, afirmarlo con vehemencia para ser creído, después de tantos años de sentirse ave de mal agüero, desenraizados, con sensación de haber despertado grandes, y de que los años los hubieran dejado fuera. Pájaros feos, pájaros pintados, así se sintieron ellos hasta que el tiempo, el encanecer del pelo que recuerda que algún día to-

do se acaba, y pronto, los obligó a dejar la lágrima, el lloriqueo de ser distinto, conflictivo, y a buscar raigambre.

Se bajó para descapotar el "jeep", con toda paciencia. Encendió la radio. Respiró hondo. Adelantó el placer de la subida, del cielo abierto, y el aire haciendo nidos en su cara. Simon y Garfunkel empezaron la ceremonia, *Los Sonidos del Silencio,* anunció el "disc jockey"; se alegró por el augurio, sensibilidad generacional se dijo, buen humor de la mente colectiva de la que hacemos parte.

A poco de subir tupieron los árboles, los cipreses hoscos, los pinos silvadores, los eucaliptos gráciles, y los robles, gigantes esporádicos, ajenos siempre, como si estuvieran heridos. Abajo la ciudad, las techumbres plateadas o herrumbrosas y los edificios blancos. "Una ciudad religiosamente blanca", se dijo.

Aparcó a media cumbre. Esperó dos horas aún para el crepúsculo. Se quería solo. Esperó la noche para llevarse en la memoria el paisaje completo. Escribió entretanto. Miró. Olfateó. Escuchó completo el "hit parade" de la semana, música gringa, y mexicana, y argentina, y música de los españoles, Camilo, sobre todo, música de la Janis para estridencia y desgarre de los sentidos, y calma protestataria de Roberto Carlos. ¿Qué hace un poeta escuchando radio?, lo enfrentaba la Marahuí, su Rosita Cisneros, revolucionaria y amante, todo a la vez y en uno. Lo pretendía clásico, romántico debí decir, Chopiniano al menos. Y él los amaba, Brahms, Rachmaninoff, quién no, pero prefería rasgarse el alma con guitarras eléctricas, ser un hippie converso, un predicador de albas, incitar a un ciclo nuevo. Hijos de la Gran Guerra, del Apocalipsis, de un desgarre uterino, eso eran, *niños de las flores,* cómo le gustaba aquel mote extranjero, pero ¿es que había aún algo *extranjero?*

No enfrentaba a Rosita, para qué, si el amor la cegaba para otros amores. Lo quería en exclusiva, inalterable, impenetrable por amigos y enemigos, Ricardo Angeletti mío, las ideas mismas se lo roban, y la música esa, excepto las baladas cuyas letras dicen algo conocido, algo que uno puede interpre-

tar, en quién o en qué estás pensando, por ejemplo, depende de cuál canción cantes. La música gringa no, Janis desaforada menos, ni Jimi Hendrix, nunca invocado, Lennon por hábito, Morrison por impasible, por su ladrillo atado al piso inamovible, pero nada más; sí, tal vez *San Francisco,* y algún otro himno floral de cale hondo.

Pocos entendían las letras, si acaso los egresados de las Privadas Bilingües; la mayoría se sumaba al logos común por los títulos, por la melodía pura y por la voz. Pero aún y así se sabían planetarios. Los nombres de las canciones traducidos por el "disc jockey" tramaban los rituales del día, bautizándolos.

Se acomodó a la noche. Se cerró la chaqueta de mezclilla. Aspiró el olor a humedad, a cosa, a hierbas. Previó los grillos tempraneros. Apagó la radio.

Estuvo allí cuando exhalaron las *reinas de la noche.* A su perfume, y acabado el crepúsculo, concertaron los grillos. Abajo las luces, arriba y abajo, tierra y cielo en una imitación perfecta. Se dejó embriagar. Adivinó que eran muchos, que en ésta y otras colinas, muchos estarían allí por el paisaje.

Se miró ser pensamiento, mente compacta, distendida, con la palabra "yo" como escondrijo, como disfraz de la totalidad, y como nombre.

JANIS

Inmemoriam

Valió la pena
tu vida a una sola llama.
tu voz, tu flecha desatada,
tu lámpara en pedazos,
mezclando su lagrimeo de vidrios en pelea
sobre los agudos del piano.

Cuando llamas, "baby"... "baby".
Cuando gritas, hablas, "cry, baby, cry".
Cuando desgarras, "summer time..."

Sensitiva, exorbitada,
tersa en la oración de los reclamos,
bestia lúbrica en monta sobre metales
que braman su acople dialogado.

D. Angeletti: *Antología Imaginaria.*
Editorial Futuro, Costa Rica.

Arturo Rubio Carvaca buscó la clandestinidad porque el Partido Revolucionario, demasiado rosa para él, demasiado costumbrista, era incapaz, a su entender, de procurar un cambio radical y definitivo, como él lo quería.

Cambió de qué y para qué, le había preguntado el Héroe en el vestíbulo. *Cambio de estructuras,* había respondido él, incómodo por no encontrar una frase menos gastada. *Sólo la verdad tiene fuerza,* había dicho el Héroe, *las mentiras se gastan. El slogan debe expresar verdades, sólo entonces arrastra como vendaval sobre la conciencia de las gentes.* Después llegaron los curiosos y ya no fue posible conversar más con aquel espejo irascible que lo rechazó desde el principio. Se rascó el cuello. Un moscardón voló de su mollera a la nuca.

Nuevos métodos revolucionarios entraron al país con los emigrantes, peregrinos a fuerza expulsados por revoluciones perdidas o ganadas en la gran patria vecindaria. Latinoamérica hervía. Se dijo que él no iba a permanecer al margen, en una isla política que lo avergonzaba por la pasividad de sus hombres, que hablaban en estilo universitario aunque no todos lo fueran, discutían proyectos legislativos interminablemente, sobrepoblaban las instituciones estatales y se sumergían cada cuatro años en pugnas electorales intrascendentes.

Las ideas no necesitan de sangre para pesar, había dicho el Héroe.

Rubio Carvaca se había criado en un poblado fronterizo que había servido, como en realidad todo el territorio nacional, de bodega de abasto, de fundo de retaguardia, de hospital y sala de prensa, a los guerrilleros del país vecino. Cuando la Revolución triunfó en Nicaragua, Rubio viajó a festejar con los victoriosos. Entre mantas colgantes y altavoces ronquecidas gritando asperezas, se juró enardecido que haría la revolución en Costa Rica, no desde las montañas sino desde la capital, disfrazado, a lo Clark Kent, de electricista, profesión tranquila y discreta que, suerte de revolucionario, conocía bien.

Ricardo corrió por el desayuno. La granola, el queso de cabra fresco, la mantequilla de maní, la mermelada de fresas, todo se dejaba en el centro, al lado del gomásio y de las salsas oscuras de soya. Escogió granola y pan negro con mantequilla de maní y miel. Los vegetarianos nos alimentamos de postres, se dijo sonriendo.

Rosita lo abrazó por detrás, desperezándose. Se rascó las cosquillitas de la piel. La sentó en los regazos. Se durmió unos segundos más en su hombro.

—¿A qué horas vuelve? —preguntó consentida. Aún le hablaba a veces de "usted".

—No sé, permitieron a la Prensa una entrevista con Rubio. Me interesa. Morita, el de La República me va a pasar.

—¿Lo conocemos?

—Ajá. Entró al Partido justo antes de que nosotros saliéramos.

—No vaya.

—¡Al contrario! Debe hablar, la gente está furiosa. Tal vez logre explicarse.

—¿Y si voy a San José, y lo espero por ahí?

—No podemos —la besó en los ojos— hoy vienen los de Cofisa por las cabras, y Chente está en San Rafael, alguien tiene que atenderlos... Nada va a pasar, de veras.

Se le abrazó. Pensó en algún truco para retenerlo, pero nada parecía demasiado importante para hacerlo quedar allí.

Nos llevaron a una oficina improvisada, evidentemente dentro de la zona de máxima seguridad. Esperamos media hora más, aparte de la hora y media en el vestíbulo. Alguien dijo que aún se discutía la conveniencia o no de permitir declaraciones al grupo terrorista. "Una vergüenza nacional", ese era el otro lado de la moneda de la irritación pública. No había terrorismo en Costa Rica. ¡No podía haberlo! Había violadores, ladrones, estafadores, vende patrias, prostitución de diversas categorías, narcotráfico naciente. Pero terrorismo no. La brutalidad era excusable a lo sumo en bestias humanas, los crímenes sexuales, por ejemplo, pero no en hombres que en algún momento fueron capaces de pensar y proponer la justicia y el bien social para todos.

Aparecieron por fin. Demacrados. La verdad, atroz cuanto más ilusorio es el sueño, les había volado de golpe las

máscaras impuestas por sus fantasías desorbitadas. Ya no eran más los héroes representando en su teatro de aplausos mutuos megalomanías irascibles donde el derecho a matar era la soberbia suprema.

Rubio Carvaca, radiografiado tiempo atrás por el Héroe. No había dolor en él, en los otros quizá, porque durante la entrevista no aprobaron lo que dijo, no movieron la cabeza afirmativamente ni una vez. Parecían más bien buscar un aparte, una confesión de pecados, rasgar sus vestiduras, tomar por asalto un yo sin historia, sin pecados insólitos, como aquellas muertes que en una lujuria de poder Cecilia había permitido escapar de sus manos.

Periodista A: ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué ordenó esas muertes?

Rubio Carvaca: Yo no las ordené. Se atravesaron.

Periodista A: Eran guardias civiles. Civiles, ¿entiende usted lo que eso significa?

Rubio Carvaca: Lo entiendo, señor. Pero no se comportaron civilmente, portaban armas, dispararon. Mis hombres tenían que protegerse.

Periodista B: Y ellos también, señor Carvaca.

Periodista C: ¿No le parece que utiliza lenguaje militar?

Rubio Carvaca: Somos militares. No somos delincuentes, eso es bueno que se aclare. Somos revolucionarios.

Periodista C: ¿De qué revolución, de qué signo?

Rubio Carvaca: Disculpe, pero eso es tonto preguntarlo. La Revolución es la Revolución.

Periodista B: ¿A quién busca redimir, Rubio?

Rubio Carvaca: ¿Cómo?

Periodista B: ¿A quién busca salvar, digo, con su revolución?

Rubio Carvaca: A las clases populares, por supuesto.

Periodista A: ¿Y no eran pueblo los guardias civiles, señor Carvaca, dos policías masacrados?

Rubio Carvaca: Digamos que son. . . riesgos laborales.

Periodista C: ¿No le mortifica, entonces no se arrepiente?

Rubio Carvaca: ¿Vos te arrepentís, Franklin? ¿Y vos? Yo no me arrepiento, y supongo que la compañera Cecilia tampoco. Arrepentirse de qué. La guerra es para matar, no es

para otra cosa. Si a uno no le gusta matar, entonces que negocie. Pero nosotros no vamos a negociar, me entiende, no nos vamos a vender. Al enemigo se lo elimina, no se tranza con él. . .

Estuvimos allí cuarenta y cinco minutos. Rubio habló (sólo él lo hizo, Gustavo intervino una vez, Gómez se mantuvo con la cabeza baja casi todo el tiempo, los otros dos no hablaron del todo) de lucha de clases y de condiciones objetivas, de compromisos adquiridos con su conciencia, de liderazgos históricos que él había decidido asumir. . . imágenes que de pronto empezaron a verse fuera de foco, como mal digeridas por la historia.

Entonces recordé Nicaragua. Y me dolí de que hubiera perdido su oportunidad, no el pueblo, no, sino los héroes, los comandantes, mártires sobrevivientes de grandes sacrificios, de torturas. Me dolí de que hubieran arrojado al camino fácil de los manuales ideológicos la oportunidad de inventar una revolución nueva, futurista, una síntesis novedosa, sobre el sentimiento común del profundo amor a la Patria recuperada. Cuando la lejanía de la meta aún los hacía humildes, cuando la marea del poder aún no los había alcanzado. . .

Amaba a Pink Floyd y a Ezra Pound. Y amaba a Angeletti. Este lo llevó al Café, lo presentó con sus amigos. Altamirano respondió bien, aunque prefería la conversación íntima, así se lo dijo; en el departamento podían aprovechar el tiempo discutiendo sobre lo que hacían, consultar los libros, aislarse cada uno, si era el caso, en algún trabajo urgente, y reír, cómo le gustaba reír, con algún chiste metafísico, decía él, surgido por azar de entre los vuelcos de su memoria, desperdigada por la droga sobre un continuo presente. Se acostumbró a una o dos reuniones semanales en casa de Altamirano, y a sus cambios de humor. Si había fumado, eso era siempre, podía entreabrir la puerta con enorme paciencia, con lentitud de prófugo adormilado, o casi inmediatamente, por la necesidad de compartir algún giro literario encontrado en la madrugada, después de horas de vigilia, a caza, decía él, de algún sobrante angélico. Otras veces la tarde se les iba en desenredar madejas de terrores pánicos, miedos totales en los que el universo se confabulaba vestido de enemigo, cobrando, leyes ineludibles, alguna profanación arcaica. Su apostasía, su desvergüenza, era haber nacido. Hijo de madre soltera, salvado del aborto por el abuelo, no por la madre ni por la abuela, el abuelo había muerto demasiado pronto y él, abejón sensitivo, feo de por sí, había sido malvisto, maldicho y malcriado por una doble maternidad terrible.

Me decías cosas horribles porque era feo aunque en verdad creo que me hice feo porque me decías cosas horribles Nicanor Nicano-or para poder burlarte Nicano-or quién podrá quererme si tú no me querías cualquier cosa al fin y al cabo hijo de mi padre nada que valiera la pena el esfuerzo de sostenerme con vida ante quien puedo pararme erguido seguro y firme si tú me disminuías con sólo llamarme Nicano-or tuve que casarme para escapar aunque creyeras que era una estupidez reproducir monstritos dijiste para Marielos hija de una putica yo era mejor que nada pero ganaste no estoy con mis hijos mamá me entendés no estoy con mis hijos porque ante ellos tampoco pude ser un héroe poner punto. Madre. Santo

Dios. Punto. Poder controlar el estertor que me producen tus culpas, poner coma, tus acusaciones en la memoria. Punto. No puedo defender una palabra que no es inocente. Madre. Es mejor hablar para enseñanza, para cuidado. Fuerza en negro, a veces, en reverso, que destruye y conduce a la muerte, a la locura y al fracaso a los hombres condenados a la persistencia de la memoria, a la persistencia de las figuras de infancia.

Siguiendo el misterio abultado de los embarazos ya sumaban tres. Ella decía saber las noches, las horas precisas de cada concepción. El intentaba descubrir algún cabalgar distinto, interpretar en los sueños alguna imagen como de subir al Cielo, o descifrar las fragancias del cuarto. Llegó a pensar que acaso la muerte fuera silenciosa y la concepción un bullicio, una algarabía. En realidad nunca llegó a distinguir una común noche de amor del volátil precipitarse de un hijo.

La amaba. Rosita era su nido, su perímetro, el límite. Ellos eran Dios encarnado. Un Dios ya no más a la distancia. Sino el-ella repitiendo el arquetipo universal del centro y la circunferencia. Rosita lo hacía familia, grupo, sistema. Con ella toda investigación tenía un sentido inmediato y práctico. La verdad en pequeño para aplicarla a la Verdad grande.

Abrazó a Rosita. Ella se le acomodó echando empujoncitos hacia atrás. Se le pegó hasta formar dos semicírculos engarzados uno en el otro, perfectos. La envolvió. Sintieron como obedientes a un dispositivo el deseo. Lo dejaron pasar. Leve los acunó desde dentro un calorcillo de cosa sonriente.

Hizo su primer regalo a Angeletti. Un libro. No tenías que hacerlo, dijo, yo quería, respondió Niquita, y se le pusieron moradas las mejillas por el sonrojo. Angeletti le pasó la mano sobre el hombro y caminaron así, hablando él a lo Macbeth y Altamirano a lo bruja oracular y herética, ahogado de sonrojos y de risas, hasta el parqueo cercano.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa.

—¡Cuánto honor!

El camino olía a crespones, a mieles veraneras, a reguero de espermas vegetales, a líquenes de las alturas que arrojaran sus vellos púberes en la modestia de un llamar a oscuras. Aspiraron poniendo las narices en puntillas.

Empujó el portón rojo. Le mostró los frutales de la entrada. Señaló los eucaliptos, los cipreses y los pinos sembrados del lado del viento. Son árboles de aroma fuerte, le dijo, trabajan como tapaviento y de paso te perfuman la casa.

—. . .aquellos tres son olmos rojos, ya eran viejos cuando compré la finca. El dueño anterior no supo explicarme cómo llegaron aquí, él también los heredó. Son una belleza, ¿no crees? Es olmo americano, crece de México hacia el Norte solamente, en zona templada.

—Son tremedos.

—Aquel bosquecito de pinos lo sembré yo.

—Te gusta, ¿no es cierto?, digo, toda esta nota, de la naturaleza, del campo, de los árboles. . .

—El árbol está en simbiosis absoluta con el hombre, incluso con el hombre moderno. Hay que mimarlo. Si hay árboles no sólo hay aire puro y agua, sino también electricidad. Una sociedad computarizada como la nuestra, dependiente de la electricidad tanto o más que del petróleo, tendría que propiciar campañas continuas en favor del árbol.

—De total acuerdo.

Enfiló hacia la casa. En el jardincillo delantero Altamirano se desembarazó de una rosa demasiado atrevida. Angeletti

entretanto abrió con una llave negra, antigua, san pedreña. Lo hizo pasar. Olía a madera caliente.

—Voy por Rosita, ya vengo.

—Ajá, no hay cuidado. Muy bonito vos, muy bonito.

Altamirano controló la sensación de desamparo, de estorbo, de arrastrar un aura sucia que lo contaminara todo. No se atrevió a tocar, a mirar. No quería estar allí. Si pudiera dejar encendida una vela después, se dijo, al irse, al salir, para que recogiera la mugre de espasmos asmáticos que andaba con él, la legión de pésames profundos, su aura cuarteada por donde sólo lo oscuro se atrevía a entrar. Que no se altere nada por haber venido, se dijo, que no pase nada, rata emerje-jeje-gente de la alcantarilla, la luz del sol no la seca, no te quita tu humor nauseabundo, tu alrededor de porqueriza y de miseria.

—¿Qué pasó?

—¿Ah? No, nada, ¿por qué?

—No sé, tenías una cara...

—Estaba pensando.

—Puf, qué pensamientos serían, casi huelen.

Lo suponía. Su atmósfera era perceptible para cualquiera de buen olfato. ¿Lo era Angeletti? No haber venido, no sentarse.

—Ya viene Rosita. ¿Querés comer algo?

—¡No! Digo, no tengo hambre.

—Mermelada de fresas, queso de cabra, un tecito caliente... se nos resiente la mujer...

—Está bien.

—¿Qué pasa? Tranquilo. Rosita es pura vida.

No verla, no mirarla a la cara, o mirarla achinando los ojos, desenfocándolos para ver lo menos posible. No ver la muerte, por ejemplo, que siempre es un venir, más lejos o más cerca; o alguna señal decidora que tenga marcada. Un lunar dice tanto. Un rictus que se fijó en la cara. Los ojos, demasiado tirantes a veces por sostener el alma que empuja desde dentro. Y las manos, cómo dicen las manos, sus arrugas, sus manchitas cronológicas, relojeras, recordatorio de que somos criaturas con plazo, los retorcidos dedos de los viejos...

—¿Otra vez?

—¿Qué?

—Pensando.

—Ah, sí. Pero tranquilo. No hay problema, ves, no hay problema.

—Te va a gustar.

—¿Quién?

—Rosita.

—Sí, claro. ¿Hace mucho te casaste?

—Once años.

—No parece.

—¿Qué?

—Que fueras casado. ¿La querés mucho?

—Hasta el cielo —se rieron—. Si fuera de noche nos ofrecería chocolate. Dice que es algo así como el besito de las buenas noches, un sortilegio para la buena suerte, para ella y para mí. Es muy buena, muy buena.

—Vos sos muy bueno, también. Por eso todos te quieren. Te los ganás, te lo merecés.

Angeletti lo miró pestañear, como si una paja estorbosa se le hubiera atravesado en el ojo. Adivinó lo que era.

—Vos también sos muy bueno Niquita, y los que te conocemos te queremos mucho, en serio, mucho.

—Contados con una mano, sobran cuatro dedos.

—No exagerés.

—Sobran cuatro dedos —se los mostró. Angeletti se los encerró con la izquierda.

—Algún día tendrás que contar hasta con los pies, ya verás.

Entró Rosita. Altamirano sonrió. De pronto se sentía bien en aquella casa de madera que guardaba el sol del día como embarazada de velas interiores.

—Se está bien aquí —le dijo apenas al entrar.

—Es tu casa —contestó ella extendiéndole ambas manos.

Los dejó solos. No sin antes hablar, montada sobre el humillo del chocolate que adelantó en honor de Altamirano, de cabras, libros y revoluciones, mitad fiesta de bienvenida, mitad establecimiento de un trato, desembarazándolo de temores, alegre siempre, consciente de que en el cerrado núcleo familiar aquel día estaba ingresando un amigo.

Altamirano no pudo esquivar a los niños. Lo obligaron a

relacionarse. Perdió 10 veces contra José en el Atari. Tuvo que aceptar como regalo un librillo de cuentos de Adriancito pintado con lápices de colores después de que Ricardo les dijo que era escritor. Sintió el perfumillo ácido de Margarita cuando le pidió entre gestos y trotes de bebé que la subiera a sus regazos.

Te voy a enseñar algo —le dijo Angeletti ya sobre el crepúsculo, y lo llevó arriba. José, Adrián y Margarita se quedaron abajo con mamá, tomándose la sopa. Cogió la llavecita de encima del armario. Abrió.

El espejo de la puerta, al girar, le devolvió su imagen. Altamirano se estremeció como siempre que se veía en un espejo. Maldición de cara, de poco pelo hirsuto, electrizado de pensamientos negativos.

Le mostró las dos alas patinadas de té. Altamirano se preguntó si debía reír, o decir ¿y esto?, pero prefirió abandonarse a la intimidad de Ricardo revelándole sus fantasías o acaso su verdad más íntima, a aquella confesión extraña, a la virginidad de sus sentimientos espontáneos. ¡Las alas de los ángeles son de papel!, oyó a su credibilidad sorprenderse. Alzó los ojos. ¿Con qué cara lo estaría viendo Ricardo? Permanecía serio, detenido, sin decir nada en la voz o en los gestos.

—¿Te gustan?

—Sí, claro.

—Las podés tocar.

No pensó que ensuciaría nada, y menos aún alas venidas del Cielo, o simples alas de papel, que también se ensucian, todo lo blanco se ensucia. Las tomó. Eran fuertes, demasiado pesadas para ser las alas de un angelito repartidor de flores en una procesión de Semana Santa. Eran alas de hombre, para un hombre adulto.

—¿Quién te las hizo?

—Yo. Tardé dos meses. La armazón es de tela. No lleva alambres metálicos. Plástico sí, ni modo.

—Están muy lindas, vos, muy lindas.

—¿Querés que me las ponga?

—Sí, ¡claro!

Rompieron la pesantez de las sorpresas de las intimidades reveladas. De pronto eran sencillamente amigos compartiendo chucherías espirituales, piedrecillas, conchas de mar, abejoncillos secos, postalitas de fútbol o de monstruos prehis-

tóricos. . . Amuletillos todos importantes, o intrascendentes, lo mismo da con el amigo, para el calor del alma.

—¿Aló? ¿Altamirano?
—¿Qué?
—Conseguí una editorial mexicana para tu novela.
—. . .
—¿Me oíste?
—Sí.
—¿Y no decís nada?
—Sí, que Casandra será de nuevo escuchada.
—Aleluya, hermano.
—Aleluya.
—Otra cosa.
—¿Qué?
—Voy a salir del país.
—¿Cuándo?
—La otra semana.
—¿Va Rosita?
—No. Te la encargo.
—A buen árbol. . . ¿A dónde vas, si se puede. . .?
—Al sur.
—¿Al sur a dónde?
—Al sur.
—No jodás. Portate serio. ¿A qué vas?
—A un Congreso Latinoamericano de Prensa.
—Buena nota.
—A ver si me les das vueltitas. Llamar por teléfono, ver que no les falte nada, todo eso. Aquí queda Eulogio, de guarda, y mi suegra, pero siempre me preocupa. . .
—Sí, por supuesto, tranquilo. ¿Pero nos vemos antes, no?
—Creo que sí. Yo paso por allá.
—O.K. Nos vemos. ¡Hey!
—¿Sí?
—¿Lo de la Editorial es en serio?
—Como que soy un ángel.
—Gracias, maje.
—O.K.

—Muy conmovedora tu perorata sobre Altamirano, pero a nadie le interesa —Morales se volvió hacia sus compañeros, buscando el aplauso para lo que iba a decir —Nicanor Altamirano, El Sucio Altamirano, por buena educación no lo nombrés, apesta Angeletti, a-pes-ta.

Nadie se rió. Morales se apartó un moscardón de la cara y bromeó señalándolo como si confirmara su dicho sobre Altamirano. Se quebró el salón, se partió, se alucinó por las frases demasiado injustas. La barda de la conciencia de Angeletti saltó.

Nicanor Altamirano, su amigo. El hombre cuyo primer crimen fue nacer, y el segundo fumar una droga que lo hizo enemigo de sí mismo. Había quebrado un espejo, levantado puentes psíquicos, penetrado mundos no por huidizos menos reales, invadido el umbral de un templo al que no había sido invitado. El asesinato de algunas cuantas células microscópicas de su microscópico cerebro no había sido el problema: ¿a quién podían interesarle? Lo imaginó el genocida de su propio cerebro, llevando adelante el holocausto de millones de corpúsculos habitados por diminutas conciencias celulares. No. Su crimen había sido invadir el paisaje con asombros y fantasías incontrolables, arriesgar el equilibrio de formas desconocidas y de mundos poblados por seres invisibles.

—¿Qué pasa con Altamirano? —escupió Angeletti. Habría querido pegarle, pero los ángeles generalmente no aciertan los golpes. La mano agarrotada saltando a destiempo se lo había demostrado. Además, se ha repetido hasta la saciedad que el Cielo y los paraísos son pacíficos.

—Es un mafufo y un borracho, no te hagás. . .

—¡No te hagás vos!

Se callaron. Se tensaron. De pie. Se veían corvas las narices, el cuerpo entero una garra. Sordo empezó Angeletti, hacia abajo la voz, mordiendo.

—No sos vos precisamente quien puede darnos lecciones de moralidad, Moralitos. Te conocemos. *Todos* nos conocemos.

Repasó en la memoria, fugaz, personalizando, el defecto, el "pero", la carga existencial de cada uno. Bajaron la vista algunos, otros no porque estaban de acuerdo. Mario, el que mató a su hermano en un accidente, por licor, no bajó la cabeza.

—Altamirano es una buena persona. Probablemente la mitad de nosotros es más sucio en sus vicios secretos de lo que pueda ser él. Pero, claro, hemos pecado menos públicamente, eso ya es casi una suerte, ¿no crees Moralitos? ¡Dios mío! —se angustió, habló a sus amigos— ¿Cómo ha podido vivir tantos años sintiéndose así?

Se calló. Hacía rato las cosas se habían comprendido. Moralitos tenía el cuerpo huracanado sobre una silla.

—Es un apestado, querido, su lugar es la cárcel —dijo. Se levantó, empujó bruscamente la silla hacia Angeletti y salió taconeando. Se fueron dos con él. Un poco avinagrados los copetes sobre la frente. El viejo James Dean que no acababa de pasar en la íntima conciencia colectiva, espejo de su edad y de algún tipo de fuego. Los demás se quedaron. Cayó un goterón azul desde el techo, como todas las tardes veraneras. Angeletti cruzó hasta la caja registradora. Sigue con la exposición, se dijo. Gustavo se ofreció a ayudarlo.

Al ir a tomar una tablilla la vio. Sobre uno de los platones de madera, terminado apenas ayer por Rosita, tiritaba una mariposa. En el techito blanco de una iglesita de pueblo. Le puso el índice para que se subiera. No se movió. "Sería teatral", se dijo, se contuvo, "y hasta cursi". La dejó estar. "Ningún hombre, Moralitos, pensó, puede encarnar en un moscardón, pero sí puede, estoy seguro, anidar en una mariposa".

Volvía al Café, a los amigos. Nada había cambiado, sólo él, *ese* que habita en cada uno de nosotros. Así de humanamente universal, de humanamente común se sentía. Ojo pensante que se da cuenta, que reúne lo que ve, que asume la experiencia. Testigo interior que crece y que madura. Yo pensamiento, adentro, quieto. . .

Miró a los amigos. Sonrió como si supieran lo que estaba pensando, mejor aún, como si todos estuvieran pensando lo mismo, como si todos compartieran aquella extraña y nueva sensación de *saberse.*

No sabía mucho, no mucho de nada, pero la masacre del

Héroe, el contacto con el Viejo, el amor a ultranza de Rosita, los hijos con su amor de cosa aparte muy santa, la separación casi voluntaria de Altamirano de una sociedad que lo repudiaba, la muerte del Viejo empujado por la fuerza de la palabra, la locura, le habían mostrado, como piezas de una iniciación terrible, las reglas de la edad adulta, el paso de la imaginación a la dualidad inevitable (delicia y horror) de estar vivo.

Volvía al Café, a los amigos. Nada había cambiado, sólo él, *ese* que habitaba, testigo mudo, interior, en la mente de todos.

EL AIRE MENSAJERO

Este no era un Héroe de Fuego, del Motín; era de señales, de hablar a la par, silla con silla, casi hasta mezclar los alientos como almas.

David Angeletti

Treinta y seis años sin que le arrebatara la muerte, hablaba con premura de no volverse a ver, de darse prisa las palabras, y de que se las recogiera, lentas, al caer de sus largos monólogos de perseguido.

—Aquí todos quieren ser guerrilleros —dijo, innecesaria, una voz.

El Guerrillero, El Santo, El Héroe. Parecía increíble tenerlo allí, tan a la mano, tan como respuesta que diera, viniendo, a aquel desvencijarse del alma, a aquellos dolores, nocheoscuras que no acababan de clarear. Las sillas del Café, desordenadas, ellos apretados, sin atreverse a romper del todo la línea demarcatriz imaginaria que lo aislaba, intocado, entre admiración y respeto. No miraba a ninguno, amarraba al vuelo el hilo de las conversaciones ubicando un ahora exacto para atinar, para no decir rojo a quien debía decir blanco, y viceversa.

El Comandante anunció esta tarde su retiro definitivo de las armas. Grueso, encanecido casi totalmente, despojado de su traje verdeoliva, señaló en rueda de prensa "su escepticismo, el naufragio radical de su fe en las armas".

—¿Y cómo es que te imaginás ser guerrillero?—encontró, la pregunta como un escalón, el Héroe, argentino, se decía, descolorido en la leyenda el tapiz de su patria verdadera.

—Antes le daba por Los Halcones Negros, Tarzán y el Charrito de Oro— bromeó, necia, otra voz.

—Una aventura, una idea que te toma la vida de una vez— lo miró para hablar Alfonso.

—Un juego para grandes— se tocó la ceja el Héroe.

—¿Qué guerra no lo es?— casi se lamentó Sergio. No había broma con él, ni excusa. Su alma lo había llamado, y allí estaba.

Contra todo lo esperado, el Comandante escupió, con ese fuego mesurado a que ya nos acostumbra, los preceptos de una doctrina desteñida, fuera de tiempo, hippiesca como mayor mérito.

—Arriesgar la vida por un ideal es un juego más alto —afirmó el Héroe.

—Tal vez. Pero todo juego obliga a tomar decisiones. A escoger. El que combate por ideas no se libra de esta maldición, del problema de sentenciar, cada vez, quién o qué será el sobreviviente —dijo Cerdas.

Pareció agredir. Pero era como apurarlo, como señalarle así, punzante, en complicidad de cuchillo, cuánta urgencia había, cuán necesitados estaban de sus palabras.

—Busquemos un juego mayor entonces —interrumpió su prisa el Héroe— ¿Qué te parece combatir. . . porque haya más pacifistas o más sabios?

Murmullos, la palabra pacifista en boca de alguien a quien se ha ido a buscar por fuego, esparció un "qué dijo", "qué dijo" en el ambiente.

No deja de doler que la posición envidiable alcanzada hasta la fecha por el Comandante gracias a un extraordinario giro del eje histórico, se tire por la borda en aras de un adolescente pacifismo tardío, cuando bajo su liderazgo esperaba nacer, precisamente, aquella tercera buena de los intentos ya viejos de toda revolución ecléctica. Aunque su retiro, cosa que dudamos, pase desapercibido, y las razones esgrimidas sean aceptadas por la opinión pública como válidas, cosa que dudamos aún más, su negativa a continuar sólo traerá la polarización definitiva del conflicto.

—Para construir nuevamente la pirámide, unos arriba y otros abajo— señaló alguien que sí había oído.

—Pero en la cúspide estarían no los más fuertes, sino los más sabios. . . y entre éstos los más buenos, para que esté tranquila tu conciencia —aclaró, sonriendo, el Héroe.

—¿Vos sos sabio y bueno? —se atrevió Gerardo.

—Y vos también.

Miró en derredor el Héroe. A un extremo Roberto, callado a pesar de todas las predicciones, al otro Fernando, Pepe, Enrique, Eduardo, rostros que no conocía, algunos sí, o quizás eran repeticiones laminadas como fotografías, rostros viejos de andar tanteando una guerrilla, una insurgencia, pocos,

dos o tres, saludados atrás en algún congreso internacionalista.

La rueda de prensa estuvo precedida por lo que calificó de "una última conversación amistosa", en la cual el público —especialmente jóvenes, barbados casi todos como él— pujó por obtener respuestas, como si aquel hombre metafísicamente las poseyera todas. En un afán evidentemente didáctico, la charla nos pareció más una informal cesión del mando en donde apuraran las últimas instrucciones, que lo que fue en verdad para este redactor: una plomiza tarde de duelo.

—¿Sos internacionalista?— una voz de mujer. Los que sabían más de él desaprobaron la pregunta.

—¿Qué pensás? —la miró el Héroe—. Cualquier idea que se sostenga fuertemente en uno se la pretende universalmente, al menos por algún tiempo, mientras se cristaliza, o se descubre otra posibilidad mejor y probablemente más universal que la primera. El problema no está en quererla para todos —miró a los otros ahora—, sino en cómo pretendés llevarla hasta todos, los medios y el derecho que creés tener demostrarla o de imponerla universalmente. Si observás bien —de nuevo a ella— la Historia ha sido una lucha de verdades. La guerra siempre fue entre dos estandartes. En nombre de Dios y de la Verdad se han cometido los peores crímenes. ¡Ojo con eso! —amonestó, movió el índice el Héroe.

(¿De dónde sacar una Verdad para todos —pensó, acaso, solitario, el Héroe— de dónde tomarla? ¡Dios mismo tendría que hablar de nuevo a los hombres! Yo sólo tengo una pequeña verdad escalonada, apenas a mi altura, por la que no alcanzo a más que a una humildad que dejó de tener sentido cuando tuve la osadía (así dicen) de exigir un lugar para mí en primer término. La vida apura, de pronto, de sorpresa, y hay disyuntivas que se cierran, que ya no son más. Mi vida y la Causa son ahora la misma. Apurando mi Causa corro con ello a celebrar en mí la Causa de los otros).

—¿Por qué te arriesgaste a venir? —otro del grupo.

—¿Es que acaso alguien quiere el rol de Judas? —bromeó. Las risas disiparon la pregunta.

—Pero, ¿te sentís bien con nosotros? —casi sólo para él, una voz femenina, casi infantil, admirada, sofocada.

—Sí, por supuesto —gentil, caballero.

—¡Déjenlo hablar, es que todos interrumpen! —la voz

impaciente, la que pesa el tiempo y sabe que los paréntesis se cierran, que los renglones destinados a cubrir una historia se acaban.

—¡Déjenlo hablar! —insistió.

En tono grave, este hombre que ha sido el niño mimado de la prensa mundial, esperanza tal vez inconfesada del anarquismo moderno, desmintió que estuviera haciendo el juego a la oposición, y señaló que, por el contrario, su causa, hoy como ayer, "venía a reunirse con las ideas más puras del humanismo no demagógico". Ante la arremetida de algunos jóvenes enfatizó: "¡Muchos podrán entenderme, estoy seguro, porque no es posible que la utilización corrupta de las instituciones, haya arrasado con la fe de todos. Muchos tendrán que entenderme, porque no es posible que tantos años de lucha honesta no den para fundamentar de sobra la verdad que ahora estoy defendiendo. No soy un loco, ni un traidor, ni un iluso, ni un tonto".

— ¡Necesitamos armas! —otra vez, otro reclamo. Aplauso leve y gritos, ojos vacíos esparcidos, como buscando la aprobación del Héroe para aplaudir con reciedumbre. El, cristalización, ida y vuelta del sueño. ¿Qué dice mi yo traspolarizado, qué dice? Habla, apresúrate, me llaman, ¡me llaman!, me buscan, me reclaman.

—¿Por qué? —Se volvió serio, ronquecida la voz, como si alguien hubiera roto lo sagrado.

—Bueno . . . , es la onda, ¿no? —Se volvió buscando la risa cómplice de los otros. Casi pálido. Casi rojo. Nadie se movió.

—¡Las cosas piden rifle! —otro entusiasta— ¡América está reventando por todas partes!

Dejó correr el murmullo, las voces. Estaban a punto de vuelo. Abultó el ceño, la voz, el porte, sintió el rayo de la tarde, el goterón del cielo, y del techo le vino rodando la palabra.

—América *siempre* ha estado reventando por todas partes —dijo duro, frío, seco, hueco—, de quitar y poner gobiernos, de fugaces o permanentes oposiciones armadas, y sin embargo, ahí seguimos, ahí estamos, la "revolución" no acaba.

(Me hablaste entre líneas. Hablaste cosas sólo para mí. Amarré un cordel a tus palabras).

El aire se hizo el detenido, casi aprobatorio. Cuando la piedra llega a la cima inicia el descenso.

—¿Y este país? —dijo el Héroe enconando la voz, casi rencorosa.

—Aquí la cosa ya pasó —dijo alguien. "Ya pasó. . . , ya pasó. . . , ya pasó. . .", rebotó el eco en las paredes, confundiendo los tiempos. Ellos aún no nacían, o envejecían en algún lugar, esperando morir para nacer de nuevo.

—La Guerra Civil de 1948 —dijo Ricardo—, una guerra de cuarenta días, del 10 de marzo al 18 de abril, probó entre otras cosas que la sangre no nos gusta.

—¿Y entonces? —levantó un poco abiertas las dos manos, como un predicador, el Héroe.

—No entiendo —susurró uno.

—¿Qué revolución es ésta que me están proponiendo? ¿Para qué? ¿Para quién? ¿Qué es lo que hay que tirar? ¿Qué tan malo que amerite la muerte de muchos por lograrlo?

Silencio. Se sintieron mirados.

—Si me quedo mirando sobre tanta cabeza, ¿qué veo? Cabelleras al aire, al viento. No hay boina o casco que las cubra. No hay banderín, ni pañuelo. . . Sí, la Patria en paz es como una buena mujer, ¿no es cierto?

(¿Entendí correctamente? ¿Estabas haciéndote eco de esa prédica, ya cansina y dogmática de tanto repetirla entre nosotros, sobre nuestro país, sobre las maravillas de esta fortuna mítica heredada, dicen algunos que de tiempo atrás, porque los habitantes originarios, en sus tumbas, no muestran otra cosa también, que un desenvolverse pacífico? ¿Esta tierra nuestra, está abanderada de orgullos mínimos, que ignora aunque predica su secreto, filósofa nativa, acaso te alimentó, te dio a beber algún agua, por la que ya ni tu revolución la hacías en ella necesaria?)

El aire sacudió, acomodó sus esferas. Una cortina de luz de tarde o un velo flotó horizontal de la ventana al espejo.

—Cuando vine al mundo me apartaron mi rifle, y me lo dieron antes de los diez —se desanudó la corbata el Héroe, negra, imaginaria, en un uniforme de gala de sobreviviente—. Decime, vos, ¿esa barba que llevás a qué revolución pertenece? ¿A un Jesús, por tus anteojos a un hippie, por tu camisa a un conversador de Café. . . o a un poeta?

Se rieron para sacudir la apretazón de las palabras dema-

siado serias. Este no era un Héroe del Fuego, del Motín; era de señales, del hablar a la par, silla con silla, casi hasta mezclar los alientos como almas. Este era un peregrino, un anfitrión en revista. No dijo sólo "vamos pasando por aquí", sino también "estamos corriendo el domo del cielo para que todos puedan ver la pacificación de las constelaciones".

—No sé —dijo Hugo después de suspirar y mirar a los otros— tal vez mi revolución no sea más que una revolución abstracta, o quizás aquélla de donde beben todas. . . No sé.

—En todo caso —dijo el Héroe, levantó su entusiasmo, sacudió la opresión, hizo un gesto— quiero hacer un voto por el Hombre, y por un tiempo angélico en donde el Gran Ideal, el Mismo, el Unico, aquel que los reúne a todos, se pueda.

Aplauso general con pullas. En el espejo volvió a sacudirse la tarde. Siguió hablando.

—¿Han notado cómo se habla en plural de los soldados? Se los uniforma, se los numera, se los llama por nombres colectivos y abstractos. Batallones, escuadras, comandos, la vanguardia, la trinchera, el frente. Pregunto: cuando se da nombre a un cerdito, ¿quién se lo come sin remordimiento? Tendríamos que rebautizar todas las cosas. . .

Pareció divagar, alocar, apagar el Héroe. Quisieron golpearlo. Cuando una cabeza se agacha y cede su lugar de cabeza siempre hay quien busca cortarla, pisotearla, aplastarla. Levantó los ojos encendidos. Rabioso nadie quiso matarlo, ni sacarlo de su silla, ni rasgar el velo de las palabras que tejía.

—En realidad son pocos los países en donde una revolución sangrienta es necesaria —murmullos, herejía, inconformidad, escándalo. Siguió la llama blanca, la vio trepar, roja, a las mejillas. Tocaba dolores. Lo sabía.

Con lo que nos pareció una afirmación irreverente, o infantil, si es que en efecto la cree, el comandante produjo la indignación general.

—¡Pero todavía se lucha!, me dirán algunos. ¡Y con sangre!, agregarán otros. ¡Por supuesto! Pero también hay pueblos, que por siglos ya, hacen la guerra porque no saben hacer otra cosa, ¡y se aburren!

(Indignación, irreverencia, la Patria usurpada, la Patria, los desaparecidos, profanación, la sangre de los mártires, sacrilegio, el tirano repetitivo, de nuevo, uno más, otros más, el exilio, la Patria irrecuperable, irrecuperada, humillación, tan-

tas muertes, la tortura, lo imperdonable. ¡Santo Dios!, lo imperdonable).

¿Pretenderá, entonces, el Comandante que los pueblos permanezcan de brazos cruzados, ante su propia degradación, su despojo, o su exterminio?

Se paró enfrente de Arturo Rubio Carvaca. Le habló, metralla lenta las palabras.

—Podrías quemarte a fuego lento, jurándome que conocés perfectamente a "los malos", y no te creería —continuaban una conversación empezada en otra parte—, porque el problema está en vos, buscás continuamente pretextos, si no fuera la revolución sería la droga, o el licor, o cualquier otra cosa que te hiciera distinto y eje de conflicto. Personalmente tu revolución no me interesa, Rubio, porque igual pretenderías ser un santo si no te significara la vergüenza de utilizar un estereotipo pasado de moda.

Silencio. Un moscardón voló de la nuca de Rubio al espejo. No se rascó. Se le cuajaron los ojos. Ira y vergüenza de ser amonestado en público, fustigado con aquella transparencia atrevida. Pero, ¿en qué defraudaba él a este hombre admirado de quien se imaginaba copia fiel en proceso, y con quien iniciara —significativamente, se dijo— la conversación al llegar, a solas casi, en el vestíbulo, antes de que se fueran agregando los curiosos, y la volvieran imposible, y tuviera que posponer, hasta la conferencia, su caza de claves existenciales al vuelo?

—Porque uno no puede andar por allí escudado en la revolución como amarrado a un opio nuevo. Carlitos Marx habló para desmitificar, ¡no para fundar el Dogma Histórico! A él, precisamente, ¡a quien hería el gran escándalo de las verdades absolutas! Pregunto: ¿Dónde está la nueva síntesis, la que a esta altura tendría que haber sido parida por el marxismo leninismo?

Se descolgó la tarde de rojo a lila. Un goterón azul corrió fugaz por el mostrador.

Se volvió.

—Sólo una cosa más: Cuando un bombillo se enciende todo se ilumina. La justicia social es ya una obsesión en la mente de todos. No hace falta instaurar con sangre una idea en la que todos piensan.

Se calló. Nada por decir.

El Comandante, al que se le hicieron preguntas sobre el futuro de su situación política y personal, manifestó que, al menos en un futuro próximo, no participará directa ni indirectamente en ningún frente político. "Estoy cansado, —dijo— son demasiados años de presión, de odio, de miedo, la guerrilla no es un frente de batalla imaginario". Con una confianza que nos pareció excesiva en todo momento —confianza en la buena voluntad de sus enemigos, al presentarse sin protección alguna, por ejemplo— el Comandante dio detalles sobre lo que piensa hacer a partir de esta fecha: "Viviré con mi compañera en una pequeña finquita que nos ha facilitado su padre, nada extraordinario, pero sí muy tranquilo. Estamos esperando un hijo". Sin ninguna fe, y con hondos temores, debemos decir: ¡Larga vida y feliz al Comandante!

Posó la vista sobre su mujer, un espejismo grácil en la puerta. Negro el cabello, el vestido blanco, de colores el cintillo anudado en la garganta, pulseras, argollas esmeraldadas de bronce y cobre, al tobillo un cascabel, un bomboncito apenas ruidoso. Apenas llegada el Héroe le sonrió, alargando los ojos apareció la respetuosa, la sensual, la seductora, la vestida de igual, la fiel, la seguidora, la primera discípula, la que lo sabe todo antes de llegar, y por eso ni apresura ni tarda, puntual como un Maestro, ligera en sus puntas, cascabelera.

Ante la pregunta de una colega salvadoreña sobre posibles presiones, ofertas, o amenazas gravitando sobre su decisión, el Comandante respondió que "diez años de lucha insobornable me dan el derecho a que se crea en la honestidad de mis razones, fuera de toda otra rara intención en lo que digo". "¿Pero ha habido presiones de algún tipo?" —insistimos—. "Sólo las de cualquier hombre a quien, de repente, el trabajo que ha venido realizando le hastía" —manifestó.

Los ha mantenido lejos a pura tensión del alma, semejante a un círculo de protección que segregara su vigilia. Los ha estado esperando. No puede dormir, no al menos cuando Mercedes duerme, ella es el ojo a su espalda, si ella vela él a veces duerme. Pero el círculo se achica, se rasgó ayer el tendón del aire, el pleito de perros a distancia, el diálogo pensado entre él y sus enemigos. Hasta ayer lograba aún a pura resistencia mental suspender la sutil navaja, para que no cortara su poder de convencimiento. Su instinto de centinela siempre en guardia, guarda de su vida y la de sus hombres, le indicó el momento en que se rasgó el velo de ondas transeúntes, de su cuarto a la hacienda, de ésta al campo abierto, del campo al pueblecillo, y de allí a la capital y a las fronteras. Desde que declaró públicamente su renuncia a las armas su sagacidad no alcanza a cubrir todos los frentes, ni los murmurios de extrema izquierda y de extrema derecha que ahora coinciden contra él, exacerbados por su incómodo exilio en el país.

La verdad es que rompió la vigilia por cansancio, por el mismo esfuerzo mental con que los mantenía alejados.

Calculó tres días para que llegaran a partir del momento en que sintió romperse el cerco. Podía huir, escapar entre saltos de suerte y astucia, pero prefería quedarse, permanecer hasta el final en la memoria como un hombre digno. Que lo sepan sus hombres. Que no fue nunca un traidor, ni un cobarde, que no cambió de causa. Desvastada, sublimó, purificó, vaporizó, libó su licor, su verdad imbatible. La Causa. De pronto entiende su mayúscula. ¡Qué no sea más el hombre lobo para el hombre! Es tan poco y tan grande. Ahora todo proceso que exija a cambio una brizna de hierba le parece culpable. Ahora prefiere morir que matar. Así están las cosas.

Por años representó un papel importante en el escenario

noticioso mundial, y había sido uno con su personaje. ¿Acaso sobrepasó los límites renunciando a las armas? Para los propios, para los revolucionarios, era un traidor, un apendejado a lo sumo, a pesar de sus 20 años de valentía y lealtad probadas. Para los enemigos de toda su vida, su retiro no significaba más que un cambio de bando, acostumbrados, como todo maniqueísta, a dividir el mundo en dos. Por su parte, él jamás se sentará a su mesa, ni permitirá que lo confundan con uno de ellos.

Renuncié simplemente, dice a Mercedes en monólogos interminables. Me niego a ser promotor gratuito y muy convincente del todopoderoso "trust" de las armas. Renuncio al lucrativo "affaire" de la guerra. Una guerrilla por aquí, una guerrita civil por allá, un pleitecito de fronteras, un viejo conflicto inacabable . . .todo el montaje, la logística del mercado garantizada. Los ingenuos ponen los muertos. Siempre que un pacto, un armisticio, un convenio estuvo a punto de firmarse —reflexiona de pie tras la ventana, la mano levantando apenas la cortina, posada leve para no hacer sombra— alguien convenientemente asesinó a un personaje notorio cuya muerte hace temblar al más frío, o bien puso una bomba de similares efectos que alteró la muy susceptible desconfianza de los bandos, y en fin, la guerra sigue, justificada e interminable. La burla de 20 años le asquea. La guerra dejó de ser honesta, si es que alguna vez lo fue.

Hace tres meses que tomó la decisión de quedarse en el país, y que del todo no duerme. Velatorio total, hoy, la noche oscura en que lo llaman para el ofertorio, a la colecta de las víctimas. Vendrán. A la hora temida y deseada, por la que trabajó tantos años, para que fuera gloriosa. Partirá de blanco y sin un arma, con sandalias, como un pastor pacífico. Detrás, asombrados, llorarán impotentes los puros, los que vibran por el planeta irascible, prostituído y pretencioso.

Comprimido por el miedo su pensamiento hoy no alcanza más allá de la barda, de su rodeo mínimo, de la tablilla blanca cruzada, desprotegida, y del sauce llorón que hace guardia a la puerta. Vela ensimismado agarrado a la cortina de gaza,

con las luces de la ciudad de fondo, filtrando sorpresivas claridades. Se preparó para esta noche desde toda la vida, en el juego de quitarla a otros. Aunque nunca se sintió bien en su papel de justiciero, de instrumento de la ira colectiva, porque siempre fueron hombres, criaturas inteligentes y emotivas, las que murieron.

Respira su horror individual, su instantánea, abrupta nostalgia por lo que deja. Se burla de la satisfacción heroica descrita en los manuales de guerra, del final glorioso, planificado, que busca en la memoria de los otros un recuerdo eminente.

Vio rodar el automóvil, los faros y el motor apagados, recortando contra la cerca. Los perros ladraron una vez. Dos. Tres. Después se silenciaron, probablemente ávidos de comida o de hembra. Quizá los degollaron. Tres hombres. Dos más a pie, fuera del carro.

Salió por la puerta de enfrente. Oyó a Mercedes gritar mientras bajaba torpe la escalera. Lo mataron. Primero con un golpe en la cabeza. Mejor. Después con un tajo largo en el vientre. Lo mataron muchas veces. Golpearon a Mercedes. No hubo tiempo para el ultraje. La dejaron. Lo descuartizaron con saña. En bolsas de basura se llevaron los miembros. Dejaron un pozo grande de sangre a la entrada, y el entintado de un rótulo "JUDAS", escrito con el muñón de la mano que arrojaron detrás de un árbol. La encontró el perro pequeño que dormía dentro de la casa, y que no dejó de ladrar y de correr, hasta el alba, de los arbustos a la casa, de Mercedes al pozo de sangre, olfatear y correr, en pocitos de orín horrorizados.

Con los días, desperdigado en largos zigzags, por lo que la policía llegó a suponer que eran varios autos, fue apareciendo el cuerpo, Mercedes lo recogía rodeada de parientes, policías y amigos, muda, a veces sin lágrimas. El pie izquierdo, sin dedos, apareció en el portón, a la entrada. La cabeza mirando hacia el amanecer, con los ojos cerrados, en la pica, justo encima del rótulo que decía EL RETIRO. La policía la custodió en su batida macabra, vigilando de lejos, atenta a cualquier respiro excesivo en los montazales o el viento, a potreros, a largos trayectos empalizados, uranos de púas, paralelos a las

cercas. Buscó en los bordes ásperos de todas las casas de todos los alrededores (la pintura blanca húmeda verdeando líquenes secos), por si lo hubiesen tirado, y rebotado . . .Bajo las moles firmes, bajo las piedras de los caminos, en los ramos agrestes de los montazales, urgaba como Isis, enloquecida y muda. Su comprensión repentina de la maldad pura la urgía a buscar en sitios insospechados, poco decidores, menos evidentes.

Parte a parte aparecieron los brazos, el tórax, las piernas. Se escondía sólo su pene iracundo, estatuario, enhiesto, buscando sembrar alguna utopía futura. Faltaba sólo su *dorje,* su cetro, el poder de su mando. Querrían exhibir su hermosura perfecta, se dijo, querrían su última humillación, degradarlo en el nudo de su hombría, en las vergüenzas. Apareció el domingo sobre el altar, dentro del copón del vino, minutos después de que el cura abrió la ermita musgosa. La sangre seca fingía un canto negro.

Sobre hielo, en la morgue, reconstruyó el cadáver. Como última pieza de aquel *puzzle* mortuorio selló la escultura con el sexo. Después lloró sobre el Héroe ligado con trapos como una momia burlesca. Los médicos de la morgue la apartaron del muerto.

Lo vistió con su último uniforme, de manta blanca y puños rosa y malva. Sandalias. El bolso de cuero con un libro.

Las ceremonias de purificación del templo profanado que intentaban evitar el rebote de la ira, el desgarre de los elementos, el castigo, no fueron suficientes.

Seis días después la tormenta precipitó un árbol sobre el templo. El viento, como un gigante desgreñado, azotó durante tres horas la iglesita amarillo mugrosa, reventando la campana a golpes como si tocara a rebato.

El árbol se desplomó a las seis de la tarde; una rama partió en dos el altar y hendió el ara.

La lluvia invadió el templo, sucia del agua sucia de polvo y cenizas volcánicas del techo.

LAS PSIQUICAS REFLEJANTES AGUAS

La palabra es poder y es misterio. Hay que decir, por ejemplo, que fue inexcusable en Rómulo Gallegos describir aquel asunto del caballo enterrado vivo. Por cerca de medio siglo ese fantasma, creado literariamente, ha cabalgado por páginas y llanos de América. Hay que decirlo para liberarlo.

David Angeletti

Cuando lo visité por última vez, el Viejo traía el brazo derecho envuelto en una manta. Estaba triste. No me atreví a preguntar qué le sucedía.

Dentro de aquella última conversación le conté que escribía un libro. Le consulté mis dudas: no me atrevía a matar al Héroe. Tenía miedo de que ocurriera algo malo. Meses atrás, al intentar el capítulo, la seguridad de la casa se había alterado. Empezaron a ocurrir accidentes. Incluso uno de los perros había muerto. No era yo, por supuesto, el único en conocer ese tipo de manejos metafísicos de la palabra, por el contrario. Cité a propósito un librito de Oscar Alvarez, escritor costarricense, recopilación de algunas de esas coincidencias. Le hablé de Wilde, lógicamente, y de Werther (los sucesos ocurren primero en las obras de arte y después en la realidad, reza la teoría. Ejemplo: el suicidio de Werther, personaje de Goethe, desencadenó múltiples suicidios reales entre los jóvenes de su tiempo. Vale decir, que la naturaleza imita al arte, o que la realidad imita a la imaginación), recurso didáctico, simplista, claro está, pero que apuntaba al hecho.

El Viejo me escuchó esta vez sin interrumpir, acaso con paciencia de cosa repetida; acomodó el envoltorio de su brazo y suspiró como si lo obligara a salir de alguna pensativa tristeza. Después me contó, con muy pocos detalles, sin acabar nunca de decir, sobre un prestigioso escritor francés, de cómo lo había encontrado un día un amigo, *con el brazo derecho envuelto en una manta,* apesadumbrado por la muerte de uno de sus personajes.

Seis meses después, al terminar el capítulo en el que narraba la muerte de otro de mis personajes, El Viejo, la noticia del deceso de Jorge Luis Borges apareció en la prensa. Su muerte, por supuesto, no era mérito mío, ni producto del

poder de mi palabra, pues Borges estaba ya muy deteriorado; sin embargo la coincidencia no dejó de afectarme. Mi personaje tenía parecidos evidentes (y hasta premeditados) con Borges, quien constituía para mí el arquetipo del Vigía Ciego, figura antes que él asignada a Homero, Homero reencarnado, como él mismo lo vislumbró. Yo había utilizado sus caracteres más típicos (la vejez, la lucidez, su erudición, la ceguera) para elaborar un símbolo del hombre al final de la vida, soledad absoluta, pura conciencia ya, mente pura en el umbral de la muerte intentando el sentido de la existencia. El Viejo, símbolo del hombre, era el asiento del *darse cuenta.* Borges viejo había encarnado ese símbolo, no sólo por sus condiciones físicas nulas que lo obligaban al refugio puro y total en la conciencia, sino porque de hecho había sido siempre eso: un pensador, un observador, un testigo íntimo del acontecer de hombres y de cosas. Lucía, por su parte, con su amor inocente, con su amor "intelectual", brotó sola, como si el personaje mismo del Viejo la pidiera. Nadie ignora la existencia de María Kodama, la joven compañera de Borges.

Dentro de toda esta gama de coincidencias, arquetipos y premeditaciones, sucedía entonces que mataba yo a uno, y moría el otro.

Copié al pie del capítulo las palabras de Jorge Luis Borges en Las Ruinas Circulares: *No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre, ¡qué humillación incomparable, qué vértigo!*

De entre los escritores extranjeros, amigos invisibles, amaba al Viejo. Casi ciego, lo imaginaba pura conciencia ya, vigilia sobre la muerte inevitable de hombres y de cosas. El era otra razón para querer envejecer: Conocer el horror de la última espera, día tras largo día, y noche, medir fuerzas con el tiempo y sostenerse, vigía en el torreón, en el faro, símbolo insolente, delegado de todo lo que vive, pura voluntad que piensa.

—Tienen miedo a destacar demasiado —recordé al Viejo—, hacen literatura *para ellos,* deporte *para ellos,* teatro, danza y música *para ellos.* No pretenden realmente sobresalir. O tal vez, tiene usted razón, no los dejan. En todo caso es parte de la misma psicología. No es sólo por prejuicio, ve usted. Es algo peor, más dramático, menos evidente. Es por temor. Buscan un lugar en la cultura del día, en el periódico o en el café de moda de los artistas, la aprobación cotidiana, el brazo sobre el hombro. . . Pero la otra, la grande, la fama total, les asusta, puede romper la familiaridad, la complicidad del igual, la cómoda apatía de lo que no exige esfuerzo. A la hora de pensar en grandes esferas todos tiemblan. No se atreven a cruzar la raya que los separa de sus igualitarios.

Sorbió té.

—Para abajo de la raya sí, la caída, ¿ve usted? Para abajo muchos se atreven: alcohólicos, adictos, empastillados. Potenciales triunfadores que no se atrevieron. Es una forma de suicidio, ¿lo ve? Unos a escondidas, otros públicamente. Suicidio social . . . es quizás el más terrible . . . ¿Conoce usted mis libros? —sin transición, como si quisiera romper con un tema que se sentía en la obligación de abordar.

—Porque estoy viejo. A estas alturas sería una vergüenza académica no conocerme— se rió mostrando sus dientes salivosos y amarillos.

Negué con la cabeza. Exageraba. El Viejo era una gloria mundial. Se disminuía para dar peso a sus argumentos. Recordé que no me veía. Dejé de mover la cabeza. Permanecí callado. El Viejo no parecía buscar un halago.

—Cualquier viejo ha sido insistente en algún camino. El que sea. Hay huella quiérase o no.

Hizo una pausa. Casi lo oí pensar.

—Yo puedo garantizarle que muchos de ellos hacen filigranas. Pero tienen miedo al Gran Vuelo, al Salto Angelical que significaría a la postre la desconfianza de todos.

Tanteó su taza e hizo un gesto de querer más. No parecía estar ciego, sólo tener la torpeza propia de los ancianos. Me apuré a servirle.

—Latinoamérica vive aún como un pueblo chiquito. Gracias. Eso dejó la conquista, la masacre. Temor a la belleza excesiva. Temor a ser apetecibles. Vea a nuestros indios. Hilan ropajes bellísimos, arte puro, polícromo, pero los llevan sucios, terrosos, ocultados por una apariencial insignificancia.

El pensamiento no siempre cuaja en palabras, a veces se desgrana en imágenes apenas tangibles, semidormidas. Así me parecía escuchar al Viejo.

—Alguien vendrá, lo dicen sin palabras, con pensar mudo, y nos libertará de esta gran ignorancia, de este ser ignorados. Alguien que cantará rudo, recio y bello la voz nuestra. Eso piensan, eso sienten, por eso aman a sus poetas. Neruda. Asturias. Alegría. Carpentier. Borges. Aunque aquel freno de que le hablé insista en que imperar, a la larga, sea un esfuerzo inútil.

Se puso húmedo, triste.

—A la hora de competir, en una lidia internacional por ejemplo (de poesía, de fútbol, de canciones), el pueblo entero reza no para ganar, sino para que se haga la voluntad de su Dios y no la voluntad de su deseo. ¿Es increíble, no cree? Temor a reinar. Tal vez temen que la voluntad propia pueda herir, o equivocarse. No lo sé.

Parecía un patriarca sostenido por el privilegio de estar vivo. Se comió las galletitas. Sorbió el té. Las migas resbalaron por su piel blanca finísima.

—Pero he percibido cambios. Dios, por ejemplo. Ya no está lejos, sino dentro, entre cosas y hombres. Los milagros, las pequeñas ayudas enigmáticas, caminan a través de la mente colectiva, prudente y radicalmente a disposición y servicio de las partes. Dios está, pues, encarnado. Es un cambio. De la realidad o de la conciencia, no lo sé, pero la simple posibili-

dad de plantear la disyuntiva es ya un cambio, ¿no cree usted?

Afirmé en voz alta.

—La pregunta sería: ¿Estuvo Dios siempre encarnado y fue la conciencia de los hombres la que lo percibió como un Dios lejano, o bien Dios —Dios Conciencia— efectivamente estuvo lejos y es ahora que desciende hasta los seres y las cosas? Supongo que la respuesta es que ambas, conciencia humana y Conciencia Divina son correlativas y que se han acortado las distancias, simplemente. En todo caso, a esta altura, Dios se ha apropiado y ha sido apropiado por el hombre.

Me callé ante el Viejo. En realidad tenía horas de estar callado, pero con él no se hablaba, por el contrario urgía hacerlo hablar antes de su último gran Salto Imaginario. Di vuelta a la cinta aprovechando la pausa.

—A veces se calla por escepticismo, porque se duda de la trascendencia que puedan tener nuestras palabras. Y es cierto. Frente a la vida, o mejor aún, frente a la muerte, cualquier discurso resulta intrascendente. Lo mejor, parado allí, sería callar. Pero se habla porque la palabra es un consuelo, una entretención, un entretanto, un juego de descubrimiento. Tal vez porque para el hombre no haya porción más sabrosa—tocó, acarició su taza de té— que la que se bebe casi a luz de vela, entre dos que se entregan porque sí, porque son hombres, al placer de las conversaciones. Uno espera, al conversar o al leer, el asomo o el asombro, y en fin, vislumbrar en relación a la verdad al menos una pequeña certeza.

Se calló. Estaba agotado. Bostezaba. La mano temblorosa extendió la taza vacía. Me pregunté si querría más. Adivinando la pregunta hizo un gesto de está bien así. Bostezó de nuevo y se acomodó en su silla de ruedas. Haló la cobija azul. Me apuré a ayudarlo.

—Será mejor que me vaya, es muy tarde, usted está cansado . . . En todo caso le agradezco su gentileza . . . que me permitiera grabarle, en fin . . .

Seguí hilvanando frases, mitad excusa por la tardanza y la visita, mitad agradecimiento por las mismas razones. En todo caso el Viejo se había ido acurrucando, hasta quedarse dormido. Lo abrigué. Casi le di un beso en la frente. Tenía tal nobleza, tanta apostura, extraña en un hombre de tan avanzada edad.

Despacio reuní en un sólo lugar, sobre la alfombra, el cuaderno, los cables, la grabadora, el micrófono, la lapicera. Lo junté todo con cuidado. De puntillas caminé hacia la puerta. En voz baja dije a Lucía "gracias por todo". Ella había presenciado a intervalos la reunión, saliendo y entrando discretamente. Al salir la retuve un poquito y expresé mis nuevas peticiones: quería, necesitaba, ver otra vez al Viejo.

La invitación era por tres días. Un Congreso Latinoamericano de Prensa, cuyo tema "Colaboradores de la Paz", justificaba la diferencia hecha al Presidente Rodrigo Carazo, orador invitado a hacer el discurso de cierre del Congreso. El Presidente Carazo, a la fecha en sus últimos días de mandato, había conseguido, hacía poco más de un año, el 5 de diciembre de 1980, que la XXXV Asamblea General de las Naciones Unidas aprobara la Carta Constitutiva y el Acuerdo Internacional para el Establecimiento de la Universidad para la Paz, siendo el impulsor principal de la idea de su creación. El acuerdo internacional había entrado en vigencia el 7 de abril de 1981.

El Congreso, decía el comunicado, iniciativa de la Universidad de los Andes, en Mérida, Venezuela, contaba con el copatrocinio de varias Asociaciones de Periodistas, Sociedades y Agencias Internacionales de Prensa y con un especial respaldo no previsto de la Federación Internacional de Editores de Diarios (FEIJ), de Noruega. El Congreso se celebraría en Caracas.

Los ministerios y entidades autónomas, por tanto, señalaba la circular, debían ofrecer el nombre y las calidades de los periodistas encargados de sus Oficinas de Prensa que estuviesen en disponibilidad de asistir al Congreso. Tal era mi puesto en el Ministerio de Cultura, tenía entonces derecho a solicitar que se tomara en cuenta mi nombre. Me apresuré a enviar mis datos.

Visitar la tierra del Viejo ...Conocerlo personalmente... ¡El Viejo!. . . Su obra me había proporcionado arrebatos intelectuales indecibles. Durante su larga trayectoria la crítica había defendido su relativa dificultad de lectura como producto de la trasposición de planos, nunca de una complicación formal artificiosa, recurso que en su caso hubiese resultado vulgar. Lo suyo, señalaba Antonelli, era "barroquismo contextual", sutilezas de la percepción, hendijas psicológicas en última instancia. Por allí desbordaba, compleja y simple a la vez, la realidad.

Le escribí, tembloroso y audaz, apenas confirmada la designación, solicitándole una entrevista. En mi contra estaban su edad y su fama. A favor, lo humilde de la solicitud. La pulcra respuesta no se hizo esperar. Firmaba Lucía M. . . , su secretaria particular. El Viejo accedía a recibirme, y me indicaba dos posibles fechas y horas. Adjuntaba un número telefónico al que debía llamar apenas llegado. Escribí de nuevo apuntando la conveniencia de escoger miércoles y no sábado para la entrevista. Agradecí la gentileza.

Registrado en el hotel llamó por teléfono. Respondió la grabación de una voz femenina, solicitando nombre y número telefónico para atender posteriormente su llamada. Se identificó, dio nombre del hotel y número de habitación. Se permitió una frase emocionada agradeciendo la gentileza del Viejo en recibirlo.

Sacó algunas cosas del maletín de mano, peine, cepillo de dientes, ropa interior, dos camisetas, unas sandalias de cuero.

Sonó el teléfono. Hablaban de la oficialía del Congreso. Citaban en la sala de conferencias del hotel a las ocho. Las actividades empezaban mañana temprano. No, que no se preocupara. La reunión se hacía, en efecto, para informar sobre el plan de trabajo de los días siguientes.

Vagabundeó un rato cerca del hotel. A su izquierda el Monte Avila, en la misma posición que nuestro Volcán Irazú, como un gemelo quizás un poco más voluminoso o más cercano, bordeado en rosa por el crepúsculo, majestuoso, posado frente a la ciudad naranja y oro en los cristales de los edificios. Casi sintió la venosidad mineral, tirante y magnética, circulando bajo la superficie ocre y fría. A su derecha las dos torres, como símbolos verticales, como dos ejes. Apresó el olor a humillo ácido del aire.

A las ocho bajó al vestíbulo. Cuatro muchachas trataban de empujar a la comunicativa e informal concurrencia hacia el salón. Tres jóvenes, erguidos como cadetes, repartían en el interior la agenda del congreso. La leyó con detenimiento. Ojeó la del Presidente, destacada en un aparte. Llegada, viernes a las diez de la noche. Recibimiento protocolar. Conferencia de prensa en el aeropuerto. Sábado: colocación de ofrendas, visita a la Casa de Gobierno, reunión privada con el primer mandatario, almuerzo con el gabinete y firma de convenios. En la noche: clausura del congreso, discurso. Acto seguido, en el mismo e imponente teatro, función de gala de la Compañía Nacional de Danza Moderna. Domingo a las nueve de la mañana, despedida oficial en el aeropuerto. Confrontó la agenda general. Las actividades se recargaban jueves y viernes.

Varios hicieron preguntas. Yo también. Pregunté si existía la posibilidad de conseguir un camarógrafo y una cámara de televisión. Me gustaría filmar por mi cuenta algunas cosas, dije, ¿crees que sea posible conseguirlo? Hablaremos después —señaló la oficial de la prensa—. Creo que puedo conseguirte un camarógrafo —me dijo al terminar la reunión—. Lo negocié para el día siguiente, a cambio de dejarles una copia de la entrevista con el Viejo, si éste lo permitía. La reunión se alargó.

Se habían filtrado periodistas no delegados, que indagaban sobre la visita del Presidente. La oficial señaló en primera fila a nuestra directora de Información de Casa Presidencial, que hasta entonces yo no había visto, y que mi desconocimiento de los pormenores del viaje del mandatario me hacían imaginar aún en Costa Rica. La acompañaba don Rogelio Chacón, de Protocolo. Debimos esperar a que la Directora diera curso a una entrevista improvisada.

Graneaban las preguntas de doble propósito. Que si la intervención del gobierno Carazo en la caída del General Somoza había sido tan abierta y tan pública como se decía,

que si Costa Rica había servido de puente de abasto militar a la guerrilla, que si él era comunista. . . La buena señora repitió que el Presidente hablaría no más al llegar, pues estaba programada una conferencia de prensa en el aeropuerto. Pero no hubo manera. Al final preguntaron sobre la agenda. Se repartió a quienes no la tenían. La Oficial solicitó comprensión a fin de poder reunirse con los delegados.

Terminó la reunión a las diez. En el *lobby* vi un anuncio sobre cantores argentinos. Alguien me palmeó la espalda mientras leía la cartelera con fotografías en blanco y negro. Mejor te venís con nosotros, me dijo Morita, el de La República (venía como delegado). Agradecí la sugerencia. El show daba comienzo a las once. Enfilé hacia allá. Me senté en un rincón. El bar, a la inglesa, entintaba sus maderas, brillosas por algún barniz marinero, con el prestigio de los años. Siempre me gustaron los "pubs". Imaginé la neblina, como alientos confusos, precediendo a los parroquianos al abrirse la puerta. Y los pies de los transeúntes trasparentando en la ventana que daba justo con el límite de la acera. Pero aquello no era un "pub", ni era Inglaterra. Estaba allí para escuchar música regional. No sabía que aquel, mi primer contacto con el Sur, aunque los cantores fueran *del Norte,* me marcaría la nostalgia para toda la vida: la trova culta inimaginada por mí detrás de aquella prestancia de los ponchos, rojo vino bordeando en negro, los sentimientos viriles y delicados, el cantor que filosofa sobre lo que hace y ve su destino y su cara retratada en el Chivo, Poeta de la Montaña; la femineidad cantada como un plante distinto, una posesión celosa pero niña (la "china" resentida), y sobre todo aquel amar el paisaje, la complicidad de sus vastas —pobladas de invisibles— soledades. El río. El llano. Las altas cumbres. La montaña.

Llamó a Rosita. Le habló de la ciudad. De los periodistas que había conocido, no más al llegar, en el vestíbulo. De la cita para mañana, con el Viejo. De la reunión que acababa de tener. De los cantores argentinos, alta poesía, sí, de primera. De si te vas a acostar ya, si me querés todavía, de cómo están los güilas, de que te quiero sí, por supuesto, cada vez más, cada día más, y sí, que me voy a portar bien. . .

(De pronto ardo en celos, amor. No deseo otra cosa sino que estés aquí, donde todo duele: la excesiva luna en la ventana, que no he querido cerrar como si buscara una crucifixión de mosquitos; el silencio respetuoso de los grillos que hoy, sintiéndome la ira o el llanto, no han querido cantar, amenazados por mí si se atrevían a celebrar la noche, antes de tu vuelta. Ardo en amor, en dolor de partida, de este abandono que no me importa explicar, porque nada te excusa amor, de estar lejos).

Llegó temprano. La criada lo hizo pasar al estudio. El Viejo apareció, veinte minutos después, manipulando por sí solo una silla de ruedas. A un lado Lucía, joven, de pelo rubio, lacio, recogido con una prensa, traía varias carpetas. La miró entre disparos de alarma, con asombro descubrió que se parecían. Idénticos los anteojitos a lo John Lennon, y hasta el dientecillo derecho levantando la falda cortísima del labio. Se miraron de reojo y de frente. Incluso llegaron a rozarse al querer pasar por la puerta. Hasta en la turbación estúpida, temor a los encuentros se parecían. Era como mirar a un espejo.

Se atrevió a preguntarle su nombre, Lucía, a retenerla un poquito, en la puerta, y a plantearle la necesidad (así le dijo) para él de entrevistarse mientras estuviese en el país, alguna vez más, con el Viejo. Que estaba dispuesto a prolongar su estancia, si fuera necesario. Aspiraba a completar la grabación de hoy con datos recogidos en una conversación próxima, y a elaborar un reportaje que muchos esperaban, ojalá televisivo, sugirió de nuevo. Que para él, sobraba decirlo, era una oportunidad única, mezcla de profesionalismo y de carga emotiva personal. . . es muy importante podemos planificarlo juntos si usted lo desea estoy dispuesto a plegarme a todo lo que me indique comprendo lo delicado del asunto el pudor su salud pero podría interesarle digo yo tal vez quiera concedérmelo inténtelo usted por favor sí ya sé que me permitió la grabadora y le agradezco pero en televisión sería distinto el valor inestimable de la imagen una especie de ofrenda última para quienes le amamos. . .

Le gustó que dijera "amamos". Lo intentaré, le dijo, yo también estoy interesada, y acaso sea mejor que el reportaje lo haga un extranjero. Lo llamaré mañana.

No le dijo que le habían gustado las inflexiones de su voz, la extraña pronunciación de las erres, su barba evidentemente recién rasurada, su olor a ropa limpia, su cabello a la nuca, su elegancia descuidada, y sobre todo la atención fija

con que fustigó al Viejo, mitad pregunta mitad largos silencios de escuchador experimentado, exprimiendo las profundizaciones eruditas de aquella voz inevitablemente pedagógica, lenta y gangosa, que intentaba, ella lo sabía, robar tiempo a la prisa, y recoger, hasta el umbral de la muerte, sus hallazgos de imaginación concreta, como había calificado un crítico la precisa y culta imaginería del Viejo.

Estuvo a punto de indicarle "vuelva mañana", pero repitió "te llamaré mañana", sellando de paso, con el tuteo, la seguridad de su simpatía.

Ayudó al camarógrafo con el equipo, casi dormido después de esperar una hora inútil en el vestíbulo. Este agitó en el aire los videocasettes vacíos, señalando la entrada del edificio que había quedado a medio filmar.

Para el Viejo la realidad tenía hendijas. Para el muchacho también. Lo supo no más al enunciar su primer pregunta.

Lucía es amable, condescendiente más bien. Soporta sus estridencias, los maloshumores seniles de que hacía gala el personaje central de su única obra de teatro. Un bodrio. El teatro nunca fue asunto de su predilección. Nunca supo plantear las cosas desde fuera. Desde los hechos. Nunca le hablaron los sucederes, sólo sus golpes interpretados, interiores. Se autodefine como una criatura íntima; entiende que su poder, el cetro para esgrimir la palabra, le viene de un ojo avisor que husmea dentro. El alma, el agua y los espejos, sus imágenes más comunes, son precisamente eso, lugares para apresar los devenires intangibles. El teatro no, el teatro requiere de otras artes: el arte de manipular acontecimientos, de decir con ellos.

Siempre fui un testigo interior, se dice, me digo, un vórtice inamovible para quien tiempo y espacio, en literatura, fueron simples pretextos, inútiles una vez enunciados. Hay otras cosas por adivinar, me digo, se dice, no menos importantes que las que descorren los hechos. ¡Ah, quién pudiera percibir los dos estatutos! El adentro y el afuera. Engarzar sus coincidencias.

Preguntó a Lucía por el número telefónico del hotel. Le pidió que lo invitara de nuevo.

Al día siguiente calcular las palabras como sumando números de suerte y acertar, coincidir por el hilo de la reciprocidad, y decirle, casi ordenar, que venga dos veces más, que quiere discutir algunos puntos, no dice qué, no da explicaciones. Ricardo se acomodó a gustarle. El Viejo esforzó una síntesis de asuntos importantes. En realidad era poco lo que quería decirle. Dos o tres cosas, nada más. Pero debía espaciarlas. Se cansaba. Discípulo. . . Una palabra a la que había rehuído por mucho más de medio siglo todo significado. Hasta después, cuando vio sin agotar el caudal de sus descubrimientos y sintió miedo de que, una vez muerto, aquella

hendidura magistral inaugurada por él con años de vigilia sobre su mesa de trabajo —una mesa, una ventana, una lámpara— se cerrara de nuevo.

Se sintió volver al linaje de los hombres, titanes enanos pujando esfuerzos generacionales por liberarse del destino de caducidad que pesa sobre todas las cosas.

La segunda tarde en que lo visité el Viejo me dio a leer las cartas de Rilke a Rodin. El poeta revela allí lo que fue para él la clave principal ofrecida por el viejo maestro: El trabajo. Dos citas:

"El trabajo es misterioso. Se entrega a los pacientes y a los simples. Y se niega a los apresurados y a los vanidosos; se entrega al *aprendiz* y se niega al *alumno.* Y un día, la maravilla nace de las manos del humilde trabajador" (RODIN).

"Y cuando en la conversación él, con indulgencia y con una sonrisa irónica desdeña la hipótesis de la inspiración, respondiendo que no hay, que en absoluto no existe la inspiración, pronto comprendemos que para este hombre la inspiración se ha tornado permanente, que ya no la siente llegar porque en él nunca está ausente. Entonces se alcanza a comprender la causa de su fecundidad ininterrumpida". (R. M. RILKE).

Amplió sobre este tema. La perseverancia. El trabajo diario. La persistencia.

En los días siguientes tocó varios temas, verdades algunas muy simples, otras que siempre estuvieron allí pero que yo no había visto. Lo que conversé con el viejo en seis entrevistas se puede sintetizar así:

Refrenar la prisa: un libro debe madurar, el escritor también.

No se puede escribir sobre lo que no se conoce. Las etapas previas al momento creador deben ser eminentemente prácticas, concretas, investigativas, científicas, documentales. Me contó que en cierta ocasión, para un relato en que necesitaba describir el Río Orinoco había viajado hasta allá a conocerlo. Porque lo objetivo siempre debe preceder a lo subjetivo. Lo sutil debe afianzarse, anclarse, en lo concreto. ("Esto es vital que lo sepas"). Después, ya se sabe, se le da paso a la imaginación y al arte, sobrevienen las actividades propias del

espíritu: la simultaneidad y la atemporalidad, por ejemplo, que son lo propio de éste, pues espacio y tiempo no son connaturales al espíritu. El artesano se sumerge entonces, plenamente consciente, en el océano de la intuición.

Habló de la credibilidad, del honor, la palabra propia atendida por los demás. ("Imagina por un momento que hablas, o escribes, y nadie te escucha, nadie te atiende, nadie te cree, nadie confía en lo que dices").

Mencionó la cultura japonesa, milenaria cultora de la vida en común: el honor mancillado posee y obliga a un remedio definitivo: la muerte ritual. ("Piensa cuán importante es el honor, el buen nombre, que los lleva al suicidio como única forma de recuperarlo").

Destacó el tema de los contactos. Lo defendió como asunto de especial importancia. ("Recuerda siempre que el poder no es una abstracción, el poder descansa en manos concretas, en personas. Así pues, es conveniente cultivar la amistad, la cortesía, la amabilidad, las buenas maneras, tener amigos, y, ojalá, amigos eminentes").

La *excelencia* y las *cumbres.* Hizo metafísica. Veía una razón superior en la fascinación del hombre por ambas. ("Lo divino se expresa en *lo mejor* y *lo más alto,* tenlo presente a la hora de *hacer,* y a la hora de *escoger*").

Moralizó. Se apoyó, contra lo que cabría esperar, en la cultura clásica. Habló de un "confucianismo" helénico. Fustigó la vanidad, el orgullo, la *hybris.* ("La *soberbia,* en el Teatro clásico, es siempre el desencadenante de la tragedia: esa es la gran lección moral griega").

Resumió la originalidad en una sola frase: ser sencillamente uno mismo. ("Hay que abandonar las copias, la idea de querer parecerse a un modelo, estimular la vocación de sí mismo y de futuro"). Sin embargo expresó la vieja posición aristotélica, fundamento de toda humildad: el decidor por lo general no dice nada nuevo. Es nueva, a lo sumo, la forma de decirlo.

También dijo ese día, su última entrevista, que el Arte debe asumirse literalmente como un sacerdocio.

Volvió al hotel, subió rápidamente. Hoy no se había presentado a las conferencias, ni a las sesiones de trabajo. Contuvo la sensación de culpa. Tenía en la mano el grueso folleto de las ponencias. Se dijo que eso era lo importante.

Todo el material estaba a su alcance. Leyó al azar:

"Es necesario crear una psicosis de paz que contrarreste la psicosis de guerra que vivimos: la psicosis de las revoluciones armadas y de las contrarrevoluciones, la psicosis del armamentismo, la psicosis de las guerras nucleares, la psicosis de la solución de los conflictos por la vía armada. Es necesario crear una psicosis de paz, *la obsesión pacifista,* y esa sólo pueden lograrla los medios de comunicación masiva".

No sabía por qué giro de la fortuna el Viejo, huraño, autosuficiente e inaccesible, una celebridad acostumbrada a la interminable y heterogénea sucesión de visitantes: estudiosos, admiradores, periodistas, había manifestado interés en él. Por qué aquella condescendencia. Como el Viejo no le permitía tomar apuntes, sino conversar, simplemente, optó por anotar a toda prisa, al llegar al hotel o en el taxi, la memoria de los asuntos tratados, en un intento por conservar lo conversado, para él, no para ningún artículo que pudiera escribir eventualmente en algún diario, para él, para recordar y poder revivir a voluntad los largos monólogos que no le permitió grabar, salvo en dos oportunidades.

Se bañó a toda prisa. Pidió un taxi. Lo llevaron a las instalaciones de la Universidad. Buscó el salón de eventos. Cinastera, el ecuatoriano, improvisaba sobre su ponencia. Evidentemente el enfrentamiento con grupos de trabajo la habían enriquecido. Tocó el turno a otro relator, un exiliado nicaragüense, ex periodista de La Prensa, que trabajaba para la t.v. venezolana. Llevó la cuestión al terreno de lo concreto, fue incisivo cuando se refirió a la libertad de prensa, defendió, amargado, una opción democrática para Nicaragua. La voz le sonaba escasa, como de haberla forzado mucho. "La Prensa, el periódico

mártir de las sucesivas tiranías de Nicaragua. Será libre, cuando Nicaragua sea libre", señaló.

Saludó con la mano a Téllez. Se volvió también González, sentado a la par. En primera fila descubrió a la Directora de la Oficina de Prensa de Casa Presidencial. La vio levantarse y dejar en el asiento los papeles que sostenía en la mano. No regresó hasta diez minutos antes de terminar la sesión. El Presidente llegaba mañana. Se dijo que se sentía bien allí.

Ricardo le pidió esperarlo para salir juntos cuando Lucía llegó a despedirse —serían las ocho— deseándoles las buenas noches, e indicándole al Viejo, como último informe, que quedaba el artículo para *El Excélsior* sobre el escritorio, pasado en limpio, justo para que Aldo a primera hora lo llevara al correo. Te pareció bien así, le preguntó el Viejo, no crees que haga falta ninguna otra cosa, ¿segura? Le pareció una complicidad de muchos años, cuando no podían ser tantos, a lo sumo tres, a lo sumo seis, en el supuesto de que Lucía estuviera con él desde los veinte.

—Estudiaba en la Universidad cuando me contrató. . .

—Perdón, ¿qué estudiaste?

—Literatura, con especialidad en literaturas germánicas.

—¿Hablás el alemán?

—Sí, mi padre es alemán.

—Ah, qué bien.

—Papá fue su amigo por muchos años, le conozco prácticamente desde niña. Me regalaba cuentos y ediciones exóticas para mis cumpleaños. Sus conversaciones eran tan apasionadas que casi se avalanzaban uno sobre el otro cuando se veían, como si compartieran un vicio secreto.

—Perdón otra vez, ¿cuántos años tenés?

—Veintiséis.

—Parecés menor.

—Eso dicen. . . Supongo que alguna vez le contó que yo no daba muestras de mucha orientación vocacional, y hasta debe haberle solicitado que me hablara, porque una tarde papá me envió a su departamento a devolverle un libro que supuestamente le urgía, él me convidó a una taza de té que estaban a punto de servirle, pidió otra taza y golosinas, y me dedicó una hora completa. De esa conversación salí decidida a estudiar literatura. Dos o tres años después, un diciembre, me propusieron —él y mi padre— ayudarle como asistente y secretaria particular. Riveiro, su secretario desde hacía diez años había muerto. Asumí el puesto con mucho entusiasmo, y temor, claro.

¿Necesitaba ser escuchada, le inspiraba una gran confianza, o acaso apuraba la confidencia como una forma de ganar tiempo?

Mirar la taza de chocolate caliente, girarla con los dedos alrededor del borde, consultar el reloj que marca las once. Por las ventanas del cafecito del hotel abiertas al fresco de la noche llegan nítidos los sones argentinos de Los Salteños. Desde el vestíbulo interrumpe apenas el bullicio de un grupo de turistas que vienen llegando del aeropuerto. Los rincones permiten abordar temas en tonos bajos.

—¿Hace mucho que no sale?

—Bastante. La ceguera progresiva lo ha ido limitando. Además, de un tiempo a esta parte no se ha sentido bien. Prácticamente no recibe a nadie. Excepción hecha de los miembros del Instituto, que fundó y que atiende personalmente desde hace veinte años.

—¿A los setenta?

—Ajá. Lo visitan cada quince días, le traen informes sobre el Complejo. . .

—¿Qué Complejo?

—¿No conoces nada sobre el Instituto?

—Pues la verdad, la verdad, sólo lo conozco como escritor.

—¡Pero si tiene varias fundaciones! En cuenta es co-creador de un colegio a distancia cuyos objetivos no son la obtención de ningún título sino simplemente aprender por aprender.

—¿Y qué enseña esa utopía?

—De todo.

—¿Y funciona?

—Por supuesto, hace seis años.

—A los ochenta. . .

—A los ochenta.

—¿Y tiene alguna otra fundación más?

—Ajá.

—Mejor no me lo digás. ¿Y el Complejo?

—Son varios edificios, a tres horas de aquí, en una finca de siete hectáreas, destinado a la investigación científica. El país le debe al Instituto varias campañas, sobre todo en el campo de la salud. La más reciente, de protección ambiental, llevó a una euforia masiva de reforestación en todo el Estado Aragua. Se reforestó con las variedades adecuadas a cada zona, siguiendo estudios realizados por ellos mismos.

—¿Y el financiamiento?

—El es el que menos dinero aporta. Digamos que. . . él

aporta el prestigio. E incluso sus propias investigaciones. Hay una monografía suya sobre la diabetes, que recoge su experiencia personal sobre la enfermedad, y sus investigaciones, sobre todo de tipo alimentarias.

—Interesante, no lo conocía en ese aspecto. Entonces no está tan solo como parece.

—No, en absoluto. Tiene. . . tenía muchas actividades a pesar de todo. Bueno, la mayoría en el apartamento, por supuesto, pero. . .

—Ni su mundo exclusivo es la literatura.

—Es un hombre de intereses muy variados.

—No he debido molestarlo tan insistentemente.

—El está contento. Le ha hecho bien. En el fondo eres una especie de discípulo tardío. El último probablemente.

—Siempre entendí que odiaba esa palabra.

—Cierto. Pero en la práctica los ha tenido. Por centenares.

—¿Hace mucho trajabás para él?

—Seis años.

—Supongo que es difícil.

—Un poco, pero es gratificante.

—¿Está enfermo?

—Mjú.

—¿Y él lo sabe?

—Por supuesto.

—Quiero decir, ¿sabe que va a morir?

—Mjú.

—. . . como un gigante en vigilia.

—¿Cómo?

—Un gigante en vigilia. Espera la muerte. Es lo que he intuido en sus conversaciones, y que le corre prisa. ¡Santo Dios, si supieras cómo me afecta todo lo que se refiere a él! Quisiera manejar la vastedad de conceptos, de voces, de contextos, el bagaje intelectual, la erudición extraordinaria que él posee. . . a veces parece tan ensimismado, como si desde su ceguera contemplara misterios indecibles que no puede o no debe revelar. . .

Guardaron silencio. Como si hubiera pasado un ángel de decires populares o infantiles. Acaso fuera esa la magia de los Cafés: espacios íntimos donde dos o más comparten la proximidad, donde es difícil mentir, porque todo obliga a ese bie-

nestar de confidencia que sólo el temor a la deslealtad puede volver cautela. Lucía rompió los últimos resquemores. El Viejo había recogido en sus libros el itinerario de sus investigaciones existenciales y ellos, ellos o cualquiera —misterio inapelable del relevo— tendrían que tomar aquel precipitado de saberes y experiencia, beberlo en semanas, meses, años, mezclarlo con otros, y partir desde allí hasta sus propias vastedades ascencionales.

—Te enviaré unas reflexiones sobre la muerte que está preparando —dijo Lucía—. En principio se llaman "Clarivigilia de lo Real", aunque ya me indicó que cambiará el nombre, pues hay un título de Miguel Angel Asturias con una fonía parecida.

—Ajá. "Clarivilia Primaveral", poesía.

—Me recuerdan un poco a Unamuno, y quizás a Pascal... Su lucidez tiene que ser terrible, no sólo por la imposibilidad de levantarse, por la inactividad, que lo obliga al ensimismamiento, sino por su condición natural de pensador afiebrado y terco. Sócrates se envaraba, se inmovilizaba hasta no encontrar la respuesta que andaba buscando. En ese sentido él vive envarado.

—Lo querés mucho, ¿no?

—Mjú. Hay personas que asumen parentescos espirituales. En esos planos él es mi padre. Me inspira una devoción tanto o más profunda que la que me inspiraba papá.

—...entiendo. ¿Aceptarías un hermano? —dijo, temiendo ser cursi.

Lo miró. Esbozaba una broma, pero la mano, posada leve sobre su brazo, imprimía seriedad a sus palabras. Comprendió que de alguna manera ya eran amigos. El Viejo pesaba sobre ellos como una sombra blanca.

—Ya lo había pensado —sonrió, fue amable.

Los Salteños, al lado, rasgaron una samba. La dejaron correr. Era una samba ausente, samba de nostalgias, de adioses, de soledades. Hondos silencios y aplausos aislados intempestivos.

—¿Tienes ordenador? —inquirió Lucía después de los aplausos y de las pullas de aprobación.

—¿Por qué, es importante?

—Pues sí. Me gustaría enviarte cosas, documentos, páginas recientes, no sé, cosas nuevas que me vaya dictando.

Le pareció anudada en la garganta. Guardó silencio. Evidentemente no podía hablar. Ricardo la tomó de la mano. Esperó un rato.

—No morirá aún, Lucía. No morirá.

—Lo sé.

—¿Querés explicarme lo del procesador?

Contempló la ventana, más con la memoria que con sus ojos prácticamente nulos. De nuevo, una —la misma— vez más. Al fondo —impuso su recuerdo a la imagen borrosa que veía— detrás de la neblina, el dorado nocturno de las avenidas, reflejos de farolas inmunizando al tiempo de los paseítos juveniles, de algún beso húmedo apoyado contra el incómodo cañón del poste, practicado en la imaginación sobre la verborrea de la teoría repetida y vuelta a comenzar de algún amigo avispado que decía conocer a las mujeres, y embates nuevos, y trucos en el vaivén de la saliva, cuando el amor no contaba con más temores que los de una circuncisión mal hecha.

No veía, veía mal, pero sobre todo de cerca. De lejos las cosas a veces borroneaban contornos. De cerca era el castigo de no leer a solas, de tener que compartir, muchas veces en el momento del primer encuentro, los libros, sus amigos más íntimos, de obligarse al rostro imperturbable para no descubrir

una emoción exacerbada por la nimiedad de una conjugación audaz, o de alguna metáfora vuelta a encontrar, como saltando temporales históricos, en la prosa de un moderno, o el *eureka* entusiasta ante un fugaz desliz, una afirmación afortunada, capaz de sostener, como pieza de algún "puzzle" cosmológico, el engranaje analógico del mundo. No eran egoísmos de viejo, aunque tal vez sí, eran regodeos, gozos que debían alimentarse a solas, porque los espíritus caminan so-

bre la punta de sus alas, y la verdad, el rostro de lo íntimo, es celoso como flama, huidizo como presa de caza, inasible como todo lo incorpóreo.

Le empezaba a doler la espalda. Aldo tardaba. Debió aceptar la sugerencia de Lucía de acostarse antes de que el chofer se aventurara en aquella noche especialmente clara en ir a dejarlos. La ronda era larga. Cada día dolía más mantenerse erguido, y los almohadones de pluma de ganso encargados por Lucía para aligerar el peso de sus piernas de trapo, no alcanzaban a evitar el resentimiento de los glúteos, y sobre todo, el resorteo de tuerca vieja de su espalda.

Sintió llegar a Aldo. Se relajó, aliviado. Rodó la silla hasta la cama y empezó a cambiarse.

Pronto entró el chofer, con un libro en las manos, una edición de lujo preparada por la oficina turística, de información geográfica e histórica sobre Costa Rica.

—Se lo envía el joven Ricardo. Tuve que esperar a que subiera a su cuarto. Parece que lo olvidó esta tarde.

—Me había dicho. Por favor, apúrate a acostarme. No me desvistas. Déjame así. No voy a cambiarme nada más.

Aldo terminó de abrocharle la camisa de la pijama. Lo levantó sin esfuerzo y lo acomodó de medio lado, sobre el lado derecho.

—¿Así?

—Está bien, está bien. Gracias.

—¿Se le ofrece alguna otra cosa?

—No, te puedes ir. Apúrate, apúrate, ya es tarde.

—Hasta mañana.

—Mjú.

Siempre le daba la impresión de que el anciano se dormía no más al ponerlo en la cama, porque retraía las respuestas como si más allá, detrás de la ojiva del sueño alguien, urgido, lo estuviera esperando.

Un desasosiego de cosa urgida, de decisiones que no aguantan a esperar, porque no hay tiempo, y porque el poco que queda, de echarse a andar las decisiones, alcanzaría entonces para más. Y porque los peros no se le hacen de pronto tan grandes. Su fidelidad hacia el Viejo se le ha presentado siempre como una fidelidad del cuerpo. Pero hoy este embebimiento del alma le exige separar la carne, nunca hasta ahora distinta de su alma, nunca hasta hoy hablándole con rencores matutinos.

—¿Me querías hablar?

Lo había llamado por teléfono desde temprano, rompiéndole el insomnio mañanero. Le había pedido separar una cita para ella, le había avisado con tiempo. Y ahora se lo encontraba bañadito, peinadas las canas blancas hacia atrás, respondiendo así a la especialidad del día que ella había invocado.

—Sí señor.

—¿Prefieres que hablemos aquí o en el estudio?

—En el estudio, mejor.

Lo empujó con suavidad. Vio el mechoncillo de la nuca chorreando aún. Le enterneció la ceremonia del baño adelantado en un día para ella.

—Dime, pues —volvió la silla en un giro rápido. Le indicó el "puff" gigantesco. Lucía se sentó.

—Es él —le dijo. ¿Por qué llevaba tanta prisa en hablar?

—¿Qué pasa con "él", ¿te faltó el respeto?

—¡No! Anoche salimos otra vez. Nos llevamos muy bien.

—¿Y?

—Me gusta.

—Es casado, ¿recuerdas? —se adelantó el Viejo.

—Sí, lo sé —aliviada, el Viejo adivinó el sonrojo —Sabe que me he mantenido. . . virgen. ¿Lo sabe, verdad? —Lucía siempre decía las cosas de una vez, saltando diálogos innecesarios— Tal vez como una ofrenda de amor hacia usted, no lo sé. Sabe que lo amo, ¿no es cierto? —Sonrieron los dos. Le conmovió su apresurada declaración de amor. Movió la cabe-

za afirmativamente— Pero ahora siento cosas. . . nunca me había pasado. . . siempre sentí a mis compañeros muy infantiles. A su lado todos se veían disminuidos. Imberbes.

Sonrieron otra vez. La dejó hablar. ¿Cuántos años de no recibir una declaración de amor? ¿Y cuántos más de no ofrecerla a nadie? ¿Cuarenta, cincuenta?

—Y él, ¿siente lo mismo por tí?

—Estoy segura. Quiero hacer el amor con él. ¿Le parece mal?

¿Se debe frenar lo que corre? Su larga vida le había enseñado el viejo arte zen, milenario, de la no resistencia. Y su mente mágica —no la había perdido, no quería perderla— le indicaba que ninguno mejor que aquel *sí mismo* más joven, para recibir su primer entrega. Acaso cumplía también en esto su necesidad de prolongarse. Ella, su compañera en algún sentido, le había regalado seis de sus preciosos años juveniles en una lealtad a toda prueba como la más digna de las amantes, que él no había pedido, que había tomado, así, su compañía, sin cuestionársela, como una posesión natural. Pero ahora llegaba el cuerpo a pedir su parte, a individualizarla, le daba voz, deseos, urgencias propias. A decirle que había algo de ella que no le pertenecía.

—No, querida. No me parece mal. Me parece bien. Lo que me molesta del asunto es que no se trata de una relación permanente, que él se irá, no sólo porque es extranjero, sino porque teniendo esposa e hijos no querrá permanecer aquí, y tú saldrás lastimada. ¿Quieres correr ese riesgo?

—No tengo alternativa. Es eso o nada. Y prefiero tomar lo poco a lamentarme después. Para él tampoco es fácil. ¿Sabe que siempre ha sido fiel a su mujer?

—Entonces, ¿para qué?

—Por lo que yo. Porque lo lamentaríamos ambos, de no hacerlo.

—Está bien.

—¿No se molesta?

—Por supuesto que no, cariño, ¡por supuesto que no! —le acarició los cabellos. Ella le besó la mano, la retuvo.

—Bueno, apúrate. Vete, vete ya.

Todavía puedo trabajar un rato, es temprano.

—Como quieras. Pero con esa cabecita no creo que avances gran cosa.

—Lo intentaré.

Se levantó apurada, feliz, las mejillas encendidas, con un sonrojo que parecía acusar el secreto impudor de sus pensamientos.

Reconoció el departamentito aunque estaba poco iluminado, por la hora y por la impertinencia de la conserje, que obligaba a hacer silencio después de las diez, y a disminuir luces. Lucía le pidió la chaqueta. Le trajo un paño. Se secó la cara y el pelo. El extraño clima de noviembre, con sus últimas lluvias, sus primeras tardes veraneras y el anuncio de los fríos navideños.

—Gracias.

—¿Querés tomar algo?

—Un chocolate bien caliente, si no te molesta —se frotó las manos.

Se miraron y se quitaron los ojos. Se atraían y se repelían. Una voz arcaica, desconocida para él hasta hoy, una voz feminoide se atrevería a decir, buscaba descalificar a Lucía. El no la dejaba pensar. Estaba claro. No eran urgencias sexuales que tuviera que satisfacer porque su mujer estaba a millas de distancia las que lo tenían allí.

Había decidido acostarse con ella, así, desde la cabeza, sin nada que ver el corazón, ni el cuerpo. No sabía por qué. Como una hermana o una esposa antigua o demasiado reciente. Como un ritual matrimonial que debiera cumplir para sellar algo, acaso un círculo con el Viejo, no lo quiso pensar, no quiso ir demasiado lejos, prefirió la persuasión de los hechos.

—Aquí está. Ya tiene azúcar.

Puso en la mesita dos tazas de chocolate y un platito con galletitas de higo pasa.

—Gracias. Por favor, no te vayás.

—Iba por servilletas.

—Dejalo así.

Lucía se sentó. La observó: falda a media pierna de lana inglesa, entre café pálido y rosa. Blusa camisera, de manga larga, color crema. Chaleco a cuadros rosa y crema. Botas finas de cabritilla. La melena rubia, olorosa a jazmín. No excesivamente bella, pero agradable a la vista. Parecía inglesa, más

que alemana. Después de observarla le alargó la otra taza. Lucía sonrió.

—Gracias.

Hubo una pausa.

—¿Cuántos niños tienes?

—Cuatro. Tres del matrimonio, y el mayor "por fuera", de antes de casarme. Es una historia un poco extraña ésta de mi hijo mayor, algún día te la contaré. (Cuándo, si entre tú y yo no hay tiempo). Escribí un cuento sobre eso, puedo enviártelo.

—¿Y lo ves?

—No, nunca. Cuando crezca. Ahora no. Con su madre, imposible. Lo aisló del mundo. Son él y ella, nada más.

—Tal vez sólo quiere protegerlo, digo, por ser ilegítimo.

—No, es otra cosa, mucho más profunda, mucho más complicada. Ya te contaré . . . Te enviaré el cuento, ¿O.K?

Decidió serenarse. Lucía también dejó de pensar. El sonrojo era una llamita permanente. Escogió abandonarse a la noche cómplice, húmeda, neblinosa, que mantendría a cualquier amigo fuera, que quitaría a los transeúntes de la calle, que pararía el tráfico, que acallaría sus ruidos salvo por el *plás* de los charquitos cercanos y alguno que otro claxon apurando allá en las autopistas, pero no aquí, donde hasta los faroles auroleados de neblina llamaban a intimidad. No habría querido una noche más bella, ni más discreta.

—¿Qué mirás? —preguntó. Lucía se asomaba, sonriendo enigmática, a la ventana.

—Los faroles. Todo está detenido, luz y agua, luz y agua por todas partes.

Se aproximó. De nuevo un farol contra la neblina y la calle oscura reflectada de charquitos. La misma imagen repetitiva, aquí, tras la ventana del hotel, y tras la ventana del Viejo. La abrazó. Se dijo que las combinaciones de tiempo y espacio no eran infinitas, y que Lucía, allí, en aquel combinado de vectores era suya, era su compañera, completa, oficial, natural, sin peros, por aquella noche y las siguientes, hasta que tiempo y espacio cambiaran de nuevo. Este de aquí, ese recostado contra la cortina beige, bordeado por la luz tenue de un repetitivo farolito neblinoso, es otro, alguien con memorias librescas de algún barriecito ya ido enmarcado por una ventanilla de hotel. La besó ahí, en el marco de lo que le era

familiar, en aquella escenografía confluyente, en medio de las cosas que le pertenecían.

Tampoco se le antojaron ajenos los labios. Lo recibieron y se acoplaron a él en la misma forma total y propia de su mujer sólo que más delgados, más secos, encrespados y enhiestos por el gusto a razón y a palabra. No se extrañó. Ni extrañó el cuerpo, punzante excepto en las redondas caderas y en los muslos; puntiagudo de líneas rectas, casi viriles, en hombros, cuello, manos, brazos. Un cuerpo tímido, tan distinto, y sin embargo generoso, oferente pero no primitivo, primario, ecuatorial, imperioso, exuberante, pleno de redondeces como el de Rosita sino feraz de materia pensada, modelada, ofrecida desde la cabeza y no desde el instinto, con nobleza de verdes húmedos y hierbas ocultadas por la penumbra del bosque. Pensó en Gudrun, y más allá en Brunilda y pensó en las vírgenes guerreras, en el verde tierno púdico de los líquenes y de los sauces llorones.

Esa tarde disfrutó lo que sería, con seguridad, su acercamiento más íntimo al Viejo. Este quiso decirle algo, sin grandes discursos, sino demostrativamente: se colocó unas gafas enormes en desuso, y le hizo sentarse frente a la microcomputadora en que trabajaba Lucía.

"Ya yo no podré disfrutar de estos adelantos, dijo, pero es un colaborador extraordinario". Y manipuló, adelantándose casi hasta pegar la nariz con el teclado, algunos comandos. Intentaba la demostración de un procesador de texto. Acabó por llamar a Lucía. "Muéstrale", le dijo, y como para evidenciar aún más su dictamen incuestionable, reafirmó: "es extraordinario". Lucía subió y bajó el texto, borró frases enteras, las llevó de un archivo a otro, dejó marcas para localizar después, grabó, apagó la máquina, recuperó el texto, "¿Ves?, le dijo, aquí está, puedes trabajar con él cuanto quieras, e imprimirlo cuando estés seguro de que es la versión que quieres".

Al volver a la sala, el Viejo dormitaba. No se movió. Había exteriorizado su opinión y hecho tácitamente una sugerencia. "Ya yo no podré aprovechar estos adelantos" ocultaba un "pero tú sí". La apología final ponderó las virtudes de un adminículo rectangular, parecido a una pastilla desodorante, que resultó ser un convertidor de señales: con él podría, a través del teléfono, recibir o enviar todo lo que la memoria de su microcomputador almacenara. "Aproximadamente 60 páginas en tres minutos, mucho más de lo que el más hábil conversador podría comunicar en el mismo tiempo", intervino el Viejo y volvió, ceñudo, a su mutismo de durmiente. En ese momento decidió complacerlos. Compraría la micro, el *modem,* y sostendría con ellos, inalámbricamente, el más enriquecedor de los diálogos posibles.

Cumplía nueve días en el país. Cuatro más de los previstos. Había entregado una carta para su mujer a Guillermo. En ella le explicaba la necesidad de quedarse a fin de conseguir

mayor documentación para un reportaje especial que, sobre la marcha, había decidido hacer sobre el Viejo. Guillermo le daría mayores detalles. Le contaba sus aciertos: filmar al Viejo, dos grabaciones en tocacinta, y fotocopias de inéditos, autorizados por él para publicarlos por primera vez en Costa Rica.

El Viejo le envió un regalo al aeropuerto: una primera edición de sus versos. Imposible saber por qué no se lo había entregado personalmente la noche anterior, cuando le ofreció la mano en señal de despedida y Ricardo estuvo a punto de echársele en brazos. El Viejo había tirado de él casi hasta pegar cara con cara; supuso que para fijar sus facciones. Después, en un acto insólito, le había tomado de los cabellos, resbalando sobre un mechón para determinar el largo exacto de su pelo.

No le besó la mano, como quería. "Ve con Dios", había dicho, como si dijera "te echaré de menos, jovencito, ha sido bueno conocerte". Se quedó inmóvil, como diciendo "te quiero mucho, Viejo, gracias por todo, también yo te echaré de menos".

Lucía le entregó unos papeles y unas instrucciones que no entendió, pero que supo a que se referían. Le recordaban el "modem", y algunos otros elementos imprescindibles para comunicarse con ellos e intercambiar escritos a grandes distancias. Agradeció que el Viejo quisiera mantener su contacto y, lo que más le emocionaba, que hablara no sólo de "enviarle escritos", privilegio incomparable, sino de "intercambiar escritos".

Tramitó la salida. Quedaba una hora. Se sentaron en el mismo sofá. Le acarició la frente. La abrazó de nuevo. No eran grandes pasiones lo que Lucía le despertaba, era otra cosa, ternura, complicidad. Temió rechazarla, que se le volviera cargosa, allí, en el aeropuerto o después, vía "modem", como ella decía, con algún tipo de correspondencia demasiado pertinaz. Sostuvo el brazo sobre sus hombros para asegurarse, simbólicamente, que no la rechazaría.

—Ustedes dos se parecen —trató de agradar Lucía.

—El es demasiado grande para generar copias —rechazó Ricardo.

—Se te parece —insistió.

—Si tú lo dices. . .

Miró el reloj. De repente todo, el lugar, el momento, la conversación se le hicieron extraños. Empezaba a desprenderse, ya no jugaría roles aquí, a lo sumo una correspondencia mensajera, intermediaria, con el Viejo. El Viejo, gigante y envoltorio sobre su vida. Empezaba a desfasarse hacia la dimensión en que desde hoy transitaría. El visitante había sido casi sólo discípulo, arrebatado por una figura que no previó al leer. Coincidían por primera vez ante sus ojos el escritor y el hombre. El Viejo no era aquel poeta imaginado pálido y ojeroso, en la mejor tradición romántica, que a la postre descubrimos mole estatuaria y arrogante, mezcla de burgués y de orfebre. El Viejo de voz cansina y pedagógica era el mismo que el Viejo de los primeros versos, de las primeras clámides cubriendo el hombro de mancebos intemporales.

Quiso correr. Subir al avión. Revisar la memoria de tanto día disímil. La magia subjetiva de su encuentro con el viejo maestro, y los submundos o supramundos en los que en despliegues de erudición y de memoria lo fue introduciendo; la mitología del Graal, por ejemplo, años de buscarla, de pretender un conjuro que lo llevara a servir de aguatero, de porta escudos, de tira jáquimas de algún mago Merlín caballero (no de un caballero guerrero), y encontrarlo allí, disparada la imaginación cuando creyó verlo con el pelo largo, blanco, las córneas llenas de un celeste platino, y una barba espumosa imaginaria, en blanco nevado y orgulloso.

El Congreso de Periodistas por su parte, con su acopio de datos sobre la realidad, la de los hechos y los hombres, también lo había sacudido. La fuerza y tensión de los que tienen a pulso del día la perspectiva del mundo, los grandes desmitificadores. No era tan fácil no, dijeron, aunque se podía. Se barajaron ejemplos menos sutiles, el gusto del público, por ejemplo. Muchos hablaron, evidentemente, de la televisión y el cine; tanta tecnología, tanto arte, invertidos en producir cátedras de mafiosos.

Lo golpeó el escepticismo de los informadores. De los que tenían que ver con la noticia en directo. Nada parecía impresionarlos demasiado. La pompa del que asciende y la tragedia del que golpea la caída; el teatro mágico de los irresponsables y los locos; la ebriedad del poder que ataca para ser

conseguido, y vuelve a atacar, resaca e *hybris,* en la hora terrible, cuando exige ser relevado. El gran acoso colectivo, el ensañamiento, la batida, la gran cacería. El sutil, delicado, frágil mundo alucinante de lo real. Jauría en pos de presas diversas, nunca la misma, siempre la misma, el Poder, de múltiples nombres.

Aquel "tour de force" lo había enfrentado a una disyuntiva: Lanzarse a la pelea desde un medio magnífico, la prensa, o quedarse en casa, a medias agricultor y comerciante, a medias escritor, volcado en aquella conversación íntima, la del libro, la del propio rostro insinuado en la página, como el Viejo, hasta quedar entumecido sobre una silla de tanto conversar entre líneas, ciego y paralítico, íntegramente comprometido con este envés de la moneda para el que, ahora lo sabe, ha nacido.

El Congreso le había mostrado una profesión asumida por él sin mucha consciencia. Al fin y al cabo en el Ministerio no era más que un relacionista público. Al contacto con viejos periodistas de tos oscura y enfisema pulmonar, escritores de redacción veloz con dos dedos sobre la máquina, penitentes de la libertad de prensa muchos de ellos, afiebrados de compromiso, tuvo vergüenza de haber mitificado en el café universitario y en la clase de ética periodística sobre un trabajo cuya verdad concreta se le había escapado.

Necesitaba aclarar todo lo que bullía en su cabeza. El Congreso y el Viejo. Estaba por reventar.

Y encima Lucía, de repente angustiada y sensible, temiendo una ruptura en la que él no había pensado porque honestamente entendía el hallazgo de la amistad como un tesoro, y en su caso no sólo por el egoísta y muy conveniente pormenor de su relación directa con el Viejo, sino porque ella, como una virgen asexuada, le resultaba ser el mejor dialogante, aparte el Viejo, por supuesto, aunque con él no se dialogaba, se lo escuchaba, y aparte Rosita, su mujer, con la que tampoco se hablaba, se amaba.

¿Con quién haces el amor? ¿Por qué el cuerpo, "addendum" integrado por el uso, se vuelve de pronto tan importante como para determinar lealtades, fidelidades, tanto a la hora de volverse urgencia, como después, cuando se vuelve cuerpo del delito, cosa que no debió ofrendarse? Podía tanto así la conciencia culpable? ¿Había metido la pata acostándose con

Lucía? No quiso saber. Simplemente agradeció no tener que hacerlo más. ¿Cómo habrá hecho Krishna, se dijo, para poseer 16.000 esposas?

—Es hora —se apuró, se arriesgó, ya no se contenía.

Ella no miró el reloj, embebida en sus sentimientos, en una magia que él no comprendía. El sólo quería huir.

—Chao— dijo Lucía en la puerta.

—Chao, te escribiré —fue amable. La besó leve en la boca. "Dios te guarde", le dijo, mientras la soltaba.

Caminó un rato dándole la espalda. Se volvió una vez. Lucía había desaparecido.

Se apuró por el largo pasillo. Sólo deseaba llegar a casa. Ahora sí estaba dispuesto a matar al Héroe.

Se levantó satisfecho. Horas de espalda mojada y tiesa frente a la máquina, sudando, venciendo aquel temor irracional a la palabra. Se justificaba diciendo que héroes y profanos mueren todos los días, y que la potencia de su verbo incipiente no alcanzaría siquiera a una golondrina.

Al fin la muerte del Héroe había sido proclamada.

Bajó de prisa. Olía a leche caliente. A desayuno. A Rosita. Avena y melones a punto. A ciruelas. A semillas secas. Se rió de su imaginación desbocada por el apetito.

Abrazó a Rosita. La sintió inquieta. Afuera el viento decembrino rompía ceñudo contra la ventana. Temió por los pájaros y temió por sí mismo, por sus temores.

Lo interrumpió un ruido seco contra la ventana.

—¡Ay, no! —gritó Rosita, y corrió fuera, golpeando al salir la puerta de cedazo. La vio levantar una golondrina descabezada.

Su mente era analítica, graficada en pormenores de telarañas simétricas. La oyó desmoronarse en campanas. Estalló la cordura. La goma del pensamiento, hecho de percepciones fragmentarias, dejó de sostener sus cristales.

Todo ocurrió tan rápidamente que no alcanzó amantener el control. Había dejado filtrarse el temor, a descuido de lo que estaba seguro no iba a suceder, y ahora lo arrastraba la magia atribuida a la palabra. Ahora habían estallado los cristales.

Se sintió en alma viva, como piel de serpiente que mudara, con mareos, con alejamientos, con ganas de sentarse a esperar, de subir.

—Una silla de ruedas o la cama permanente— sentenciaba la voz del más alto —te lo advertimos.

Retuvo para la memoria su gesto de mayordomo inglés. Estaba solo frente aquella luminosidad feminoide como ante un juicio de luz que viniera desde arriba.

—Haremos un trato, muchacho. Confinamiento es lo que te piden, así pues, *¡no salgas!*

Lo vio meterse el poco de pelo que le colgaba debajo de la gorra blanca, brillante, como de raso.

—¿Sabes por qué, muchacho? —siguió torturando— Porque todo lo dices. A tu lado hasta lo más oculto habla. ¡Como si hiciera falta decirlo todo para hacerse entender!

Por primera vez notó la presencia que lo acompañaba, el dialogante, el interlocutor, el otro-para reflejar las respuestas. Tal vez esté fuera el que apagó el reflector.

—Exigimos confinamiento real, no un asilo. Podría escurrirse —explicó a su vecino.

Sonrió a su derecha y a su izquierda, como posando, como oficiando, leve, condescendiente.

—La bata floreada está bien, puedes usarla, ¡total! no la lucirás en la calle —se rió. Ahora era cruel. ¿Puede un verdugo ser cruel, se preguntó, disfruta el verdugo al ejecutar los castigos?

—Redúcete a tu cuarto, circula por arriba, por los pasillos, pero no hables con nadie. ¿Entendido? Con nadie. Si te veo salir, volverás a la cama.

Cuando se apagó el segundo reflector, los ángeles feminoides habían desaparecido. Era su cuarto y el de Rosita que seguía dormida. Afuera ni brisa ni perfume de hierba.

Subió resmas y resmas de papel sobre los últimos escalo-

nes de su lucidez. Cerró las ventanas, las cortinas, sobre la mesa redonda encendió la lamparita interior. Cubierto por una bata de colorines esperó sentado sobre su ya imaginaria silla de ruedas, inmóvil, fijo, alucinado, mirando a la ventana, atento a los ruidos nunca antes notorios y a la flotante toda luz del alba, toda de energías fulgentes irrumpiendo sobre las páginas blancas, vacías primero, como de letras borrosas después, páginas cegadoras, días después amarillentas, como escurridas de carpetas antiquísimas, escritas en apretadas tintas chinas, páginas para recolectar que fueron cayendo sobre la mesa sin prisa, polvo reposado sobre polvo reposado, sobre el piso, achicando las resmas, cambiándolas de sitio, él sí rasgando con premura.

Acaso fuese mejor preguntar a la memoria: ¿Es que alguna vez fui un ángel, que perdió su angelidad y la explícita sapiencia de los ángeles? ¿Quizá por ser un peligro alado, violento? ¿Es que se puede cambiar tanto con sólo cerrar los ojos y perder la memoria? ¿Quién soy, quién que de pronto me descubro aquí, empobrecido de piernas, con batón de mujer, mirando a una ventana? (Arriba un ángel lanza improperios).

—Aló. ¿Rosita?

—Sí, ¿quién?

—Altamirano.

—Ah, sí, ¿cómo estás?

—Bien. Para preguntar por Ricardo.

—Sigue igual.

—¿Cómo?

—Sigue igual.

—¿Y eso que significa?

—Que no me reconoce. No sale del dormitorio de Adriancito. No se baña, no se muda. . . No camina. Que confunde el sillón con una silla de ruedas. . . El cuadro no ha variado.

—¿Pero sigue algún tratamiento?

—Sí, claro. El médico dice que saldrá de la crisis. Cuando acabe el libro que él cree que está escribiendo.

—¿Y no ha pensado en internarlo?

—Jamás.

—¿Está segura?

—Por supuesto.

—¿Y usted, cómo se siente?

—Mal, cómo quieres. . . Niquita, un favor.

—Sí, por supuesto.

—No le has dicho nada a nadie, ¿verdad?

—No tengo amigos, a quién se lo voy a decir.

—Por favor. A nadie, Niquita, a nadie. Perdería toda credibilidad, pasaría a ser el loco o el pobrecito. Se va a recuperar. Es un shock, simplemente, me entiendes, por exceso de trabajo, desde que vino del viaje no ha parado de escribir, me entiendes. . .

—Me ofende Rosita. Ricardo es mi amigo. Jamás haría nada que lo perjudicara. Por favor, confíe en mí.

—Gracias.

—¿Y los chiquitos?

—Ayer los llevé donde mami.

—¿Están bien?

—Sí, en realidad sí. Han entendido. Me ayudan. José y Adriancito, sobre todo. La bebé, pues no se da cuenta de nada.

—Por favor, si necesita algo no dude en llamarme.

—Gracias.

—El sábado subiré a verlos, si no le molesta.

—Por supuesto que no.

—Hasta luego, entonces.

—Hasta luego.

El viento arrecia. Largos mechones plateados golpean invisibles contra el alcázar. Vigilante Ricardo espera los designios celestes. Son certezas las que llevan ahora los aconteceres. No perderá ni la vista ni el habla, de eso está seguro. Se proyecta hacia el futuro imbatiblemente viejo, volcado, curva de su escritorio, sobre páginas blancas.

En el Sur, el Viejo también espera. ¡En su noche tremenda ha ido adivinando tanto! Porque su muerte *la presintió,* la anunciaron los libros que se cayeron sin temblor de tierra ni ratón de biblioteca que los empujara. Si viviera al aire libre probablemente recibiría sus mensajes de vuelos de pájaros, de carnecillas y huesos de codorniz sacrificada, de ramas quebradas o de trozos de alambres de púas herrumbrosos, traicioneros sobre el camino como serpientes secas. Pero aquí sólo pueden hablarle las cuatro paredes. Y cuatro fueron los libros que cayeron. Siente prisa, prisa por apresar los últimos mechones, las ráfagas, las últimas páginas de sus libros. ¿Cuántas más, se pregunta, cuántas y hasta dónde alcanzará la vigilia?

Porque no cederá aún. Sabe a quién heredarse. En el bodegón de la mente guardó claves de reconocimiento para cuando él llegara: pormenores de cierta información, peso y medida de sus talentos, percepción de los murmullos y de las potencias del aire, hasta cuánto conocía los dialectos de las cosas que hablan . . . todo eso.

Ventana, mesa, lámpara, silla, resma, Ricardo espera. El Viejo Espera. Ambos se esfuerzan, apuntan derramadas líneas lapiceras sobre el desván blanco de las hojas, garabateando los tesoros de sus descubrimientos. Pero siempre es mucho mayor el murmullo que acontece. Todo llama, todo exhibe su sonoridad, exige su retrato en tinta china y blanco. Ambos escriben, el Viejo y él, torres que se apuntalan contra el ruidoso viento.

Desde hace sesenta años empezó a mirar a todos como condenados a muerte, y no es que fuera existencialista, no, y al mundo como una enorme sala de espera, disimulada por lo enorme, a punto tal que muchos —demasiados quizás— ignoran que están allí aguardando sólo a que se los llame por su nombre. Al holocausto diario. Nada más.

También imagina al mundo como una inmensa Isla. Bonito lo que se construye en ella, muy ingenioso. Pero absurdo y dramático como una bomba de tiempo. Por la acumulación de basura —dónde tirarla, dónde— por la contaminación y sequedad de los ríos —de dónde tomar el agua, de dónde— o por el exceso de población —con tanto edificio, dónde sembrar, dónde—.

Porque un día, de repente, amaneció comprendiendo que era mortal. Que él también moriría. Que los viejos no fueron siempre viejos, y otros, ni él desde y para siempre joven. Que envejecería, y que el don más preciado sería hacerlo entero y sano. Que la tragedia no era tanto la vejez, como la enfermedad y el dolor. Que irse apagando saludablemente era un don del propio cuidado y del cielo.

Eso fue hace muchos años. Suma ya cincuenta de esperar la muerte. Sabiendo que morirá. Y al fin llega. El horror de la fosa. El horror de no saber a dónde irá el alma, este darse cuenta, a dónde, a qué oscuridades, desvaríos incontrolables, presentidos, infiernos de la imaginación desbocada, irrefrenada, a qué ausencia de los propios, de los que se ama, de la agradable compañía, irá a parar.

Y en caso de volver en otro cuerpo, pereza y horror de los años inútiles, de la larga, añosa, espera de la preparación y el crecimiento, para llegar a ser de nuevo, a poder de nuevo, retomado de nuevo, otra vez maduro, pleno, por cuánto tiempo, por qué período esa vez, si casi empieza con él, de nuevo también, el deterioro. . . y así ad infinitum, ad vitam aeternam, gira y gira la rueda de nacimientos, de crecimientos, y de muerte.

Buscó ansioso, encendió la lámpara, revolvió papeles. Sensación extraña ésta de pensar hoy y ayer no haber pensado. Miró en derredor. Un cuarto pequeño. Afuera neblina. Podría ser un sanatorio, y un segundo o un tercer piso. Buscó de nuevo en los papeles sobre la mesa. Leyó: "Una silla de ruedas o la cama permanente —sentenciaba la voz del más alto— te lo advertimos".

Se puso en alerta. Revolvió de nuevo. Leyó otra vez: "Haremos un trato, muchacho: Confinamiento es lo que piden, así pues, NO SALGAS".

Miró a su derecha. Sobre una silla hojas limpias, acomodadas a su altura. Se empujó hasta el armario. Abrió. En alto, arriba, más hojas. Reventó la puertecilla. Se asustó. Ahora vendrían, ¿quiénes? Miró hacia la puerta. No tenía pasador. Se veían las viejas marcas de haber sido arreglada y cambiados los pestillos por una simple cerradura de paso. La bloqueó con la silla. Esperó. Alguien empujó la puerta. No cedió.

—¿Qué pasa? Ricardo, abra la puerta. Abra, por favor —una voz de mujer, tirante pero tierna.

La voz del diablo es meliflua, se dijo.

—¡Ricardo! Abra, ¡abra, le digo!

Cambiaba de tono. Ahora era autoritaria. Tuvo miedo. Voz de mujer regañando.

—Sí, sí, claro, ya voy —se corrió para dar paso.

—¿Qué pasa mi amor, está mal? —mirando alrededor, como buscando el origen del ruido.

—No, no, estoy bien. ¿Quién está abajo?

—Eulogio y los muchachos con las fresas, nada más.

Se le acercó. Semanas hacía que no la miraba, que no le hablaba, que sólo tenía ojos para la ventana, para el aire, para las hojas blancas. Pero ahora parecía estar de nuevo allí, preguntaba. Olvidó el olor a tiempo visitado de alas, de presencias. ¿Cuánto más resistiría? Le peinó el cabello con las manos. Le quitó el miedo.

"Una sola mujer no podría hacerme mucho", pensó. "Aunque sí los hombres de abajo". Miró hacia la puerta. Ella creyó entender. La afirmó con una silla. Empezó a desvestirlo. Lagrimeó cuando ella le quitó la bata de flores. Abajo apareció su orgullo intacto, y la camisa azul, raída. Le besó el

pecho velludo, llamando al auricular del corazón: "¡Que venga!" Apresúrate, todo te espera, y estos cinco varones son peor que diez mil pretendientes homéricos. La miró. Tenía ojos de no obedecer más que al amor. Y lo llamaba. Arrodillada, sin decir, abandonada de todas las palabras y agarradita a las orillas del alma, lo llamaba. A lo lejos, sobre los ojos negros le pareció ver lumbre de paisajes conocidos. Se acurrucó en su palma. La sintió florecer, ramita tierna, flor de la ladera, buscándolo. Se enamoró otra vez de su persistencia. "Me seguirá a donde vaya. No querrá otro señor, otro amor".

Le soltó los cabellos. Entonces, sólo entonces, regresó la memoria dormida.

Hicieron el amor deseando que el fuego del deseo no acabara, para seguir toda la tarde así, sabiéndose, el alma tomando del cuerpo su fiesta. Cuando terminó la vieja batalla —amante contra amante, amado con amada— se abrazó a sus piernas. Ella lo envolvió como a un niño pequeño.

Dos días después murió el Viejo. La noticia corrió por todos los periódicos. Lucía no se comunicó más. Respeté su silencio, aunque seguí encendiendo la máquina los martes en la noche como habíamos acordado. Entre los últimos textos enviados por ella, aún sobre la mesa de trabajo, había uno especialmente significativo. Me pregunté si sería una traducción o un inédito del Viejo, porque firmaba el escrito un tal Angel Vieille Leverrier. Quizá, me atreví a pensar, fuera una trasposición temporal, fácil para un poeta experimentado como el Viejo. Estuve atento a cualquier temblor en el crespón del aire.

Retomé el texto. Leí despacio: El personaje oteaba la noche desde una ventana o desde un faro, con algún mar golpeando fuera enfurecido rasposas lenguas de arena. Aparte de aquel sonido sólo había silencio, el vacío de nada por decir, la palabra agotada y sin importancia, como si sólo valiera pensar, sumirse en un desenvolvimiento de caracol que desenroscara vértebras fijas.

Leí más. No adiviné aún, sino años después, cuando, como Zarathustra y como el Viejo descubrí la necesidad de encontrar discípulos, recolectores, formas de parecerse y de heredarse, que aquello era un regalo para mí, un mensaje postrero, un enlace, mi heredad, su testamento. Casi al final decía:

> *Todo poder en manos viles es mortal. Por ello a un ángel débil, vanidoso o violento se lo reduce a nada, a hombre, o al encierro, se lo arrincona, hasta que domeñe locos y demonios interiores. Cuando ha vencido, y sólo entonces, se le devuelve la memoria, y la locación mental de sus poderes.*

Describía además, acaso para el editor, lo que debía ser un dibujo a plumilla: un hombre, una mesa, una ventana, una lámpara. Entendí de pronto que, por algún extraño misterio, era de mí mismo de quien hablaba, de mis días de enferme-

dad, de la locura, y, por qué no, de algún tipo de coincidencia entre él y yo: dos hombres frente a sus mesas de trabajo, afuera la tormenta, el horror, tratando de llenar páginas blancas.

Nuevamente me asaltaron las palabras de Jorge Luis Borges: *No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre, ¡qué humillación incomparable, qué vértigo!*

INDICE

El aguerrido fuego 11

La amorosa tierra 57

El aire mensajero 123

Las psíquicas reflejantes aguas 139

Este libro se imprimió en el mes de julio de 1990, en el Departamento de Publicaciones de la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica

900438-P. UNA

ROSIBEL MORERA AGÜERO, costarricense, obtuvo con esta colección el Premio de Cuento "Universidad Nacional" 1989; ya en 1983 había obtenido este mismo Premio en la rama de ensayo, y en dos ocasiones, en 1986 y 1988, el Premio Latinoamericano de Poesía "Alfonsina Storni", en Buenos Aires, Argentina. Ha publicado: *La Proyección Escénica: hierofanía y mana del arte del actor,* sobre teatro; *Resurrecciones y Reencarnaciones de Lázaro Fuentes,* cuentos; y *Cartas a mi Señor,* poesía. Tiene en prensa *Yo sólo se decirme a los amantes,* poesía. Impartió durante varios años las cátedras de Historia y Teoría del Arte en la Universidad Nacional, institución en la que trabaja desde 1974.

HISTORIAS DE UN TESTIGO INTERIOR —cuatro historias, y una más, entrabada por todas ellas— es un canto al desarme, al último guerrillero, a la amistad, a la música rock, al matrimonio, a la relación maestro-discípulo; es también la protesta de los ex-hippies cuarentones relegados por una sociedad que nunca acabó por aceptarlos o que ellos nunca aceptaron del todo. A medias mágico, a medias guerrero, *Historias de un Testigo Interior* es un apasionante libro inmerso en los más recientes episodios de la historia centroamericana, elaborado —según palabras textuales del Dictamen del Jurado—, "con un gran dominio del lenguaje en diferentes vertientes, buen manejo de técnicas literarias y el acierto de relacionar los cuentos a través de una vigorosa unidad interior".